CÓMO ESCRIBÍ EL LIBRO SOBRE BLASCO IBAÑEZ

ADVERTENCIA PRELIMINAR

El 5 de enero de 1920, vino a sorprenderme una carta de Niza. Iba dirigida a «Monsieur Camille Pitollet, *Mercure de France*, 26 Rue de Condé, 26-París VI». Decía así:

«Villa Kristy. 46 Boulevard Carnot. Nice. Enero 7, 1920.

»Distinguido amigo y compañero de letras: Hace muchos meses que deseaba escribirle. Estando en París intenté averiguar varias veces su domicilio, pero nadie supo [corregido de: pudo] darme sus señas.

»Hoy se me ocurre que lo mejor es escribirle al *Mercure de France* y espero que tendrán la bondad de enviarle mi carta.

»Mi deseo era solamente felicitarle por los valientes y justos artículos que lleva publicados en el *Mercure* sobre las cosas de la España actual y de sus gobernantes.

»Como en París, por regla general, nos ignoran y hasta ensalzan a Alfonso XIII como un grande hombre, resulta consolador que haya un literato como Vd. que diga la verdad, y la diga con toda la autoridad de un exacto conocedor de nuestro país.

»Cónstele a Vd. que le leo y le aplaudo.

»Cuando vaya a París (en primavera) nos veremos y almorzaremos, para charlar largamente.

»Escríbame para que yo conozca sus señas.

«Si acaso viniere Vd. a Niza durante el invierno, avíseme. Yo paso los inviernos aquí y luego voy a París.

»Feliz año nuevo y afectuosos saludos de su amigo y compañero

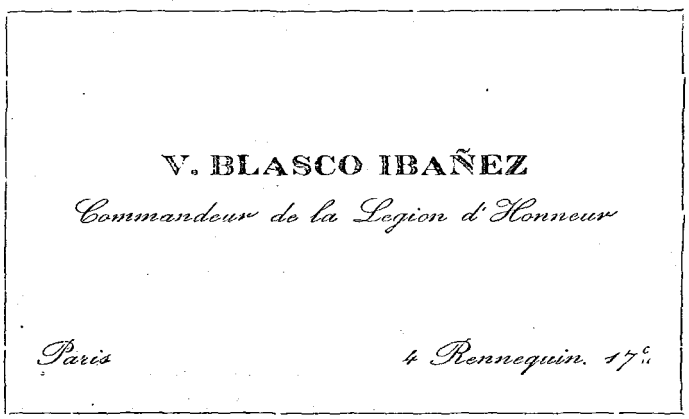
Vicente Blasco Ibáñez.

Me ha conmovido su artículo sobre el simpático y original Pompeyo Gener, al que conocí mucho.

Sr. don Camilo Pitollet.

París.

A la carta acompañaba la siguiente tarjeta de visita:



En mi respuesta del 7 de Enero, le contaba a Blasco lo que hiciera en Alemania para divulgar su obra, y en otra del 14 del mismo mes, le enviaba un artículo suyo sobre la famosa espía holandesa Zelle, alias «Mata Hari». La contestación que sigue es de 16 de Enero de 1921:

«Querido amigo Pitollet: Su carta me ha proporcionado una gran alegría, porque renueva las relaciones con un antiguo (corregido de: viejo) amigo.

»No haga usted caso de esas persecuciones por decir la verdad. Todos hemos sufrido contratiempos de tal clase. ¡Imagínese los míos! Pero al final triunfa uno siempre.

»Celebro mucho todo lo que me cuenta sobre mis obras en Alemania. Yo no sabía nada y le agradezco muy de veras todo lo que lleva hecho por mí.

»Sabrá usted tal vez mi enorme y hasta absurdo triunfo en los Estados Unidos, donde he estado unos diez meses.

»He ganado allá una fortuna, y continuo ganando.

»Después de *La casa de l'onde Pomy* (*sic*), la novela que se ha vendido más allá es *The four horsemen of The Apocalypse*. Van vendidos de *Los cuatro jinetes* cerca de millón y medio de ejemplares.

»Yo nunca llegué a soñar esto, ni aun en los momentos de mayor ilusión.

»Como bien pagado, he batido allá el record.

»*Chicago Tribune* llegó a pagarme 2.000 dólares por un cuento.

»Esto es una excepción; pero corrientemente me pagan los cuentos a 1.000 dólares.

»En fin, casi estoy (corregido de: me siento) avergonzado de este éxito demasiado grande y fructífero.

»Ahora estoy escribiendo mañana, tarde y noche mi novela *El águila y la serpiente.* Tengo que entregarla el 15 de Marzo a un gran Magazine de Nueva York que me ha comprado el derecho de publicación en 95.000 dólares. Pasado el 15 me descontarán 1.000 dólares por cada semana que tarde en entregar el original. Imagine si tendré prisa en cumplir mi compromiso.

»Cuando yo vaya ahí en primavera, nos veremos, almorzaremos juntos, haremos excursiones en automóvil, le contaré cosas de América, muy interesantes.

»¡Lástima que usted no pueda venir por aquí unos días!

»Ya sabe que cuenta (corregido de: puede contar) conmigo como afmo. amigo agradecido,

Vicente Blasco Ibáñez

«Le he enviado mi último libro *El militarismo mejicano.* Con el prólogo encontrará la historia del libro. Ha metido mucho ruido; como toda verdad, que por serlo resulta cruel.»

En otro pliego:

«Querido Pitollet. Después de cerrada esta carta, vuelvo a abrirla, pues recibo la suya con el artículo sobre Mata Hari.

»*Mare Nostrum* es el primer libro en el que el público creyó ver a esa bailarina. No recuerdo la fecha exacta de su aparición; pero salió dos o tres meses después de su fusilamiento.

»Esto se explica. Mi protagonista no es Mata Hari. Es otro tipo de mujer qne vive en otro mundo, más elevado que el de una bailarina, aunque igualmente aventurera.

»Cuando yo empecé a escribir el libro, nadie conocía a Mata Hari. Lo fuí desarrollando sin pensar en ella. Cuando estaba ya hacia el final

fué cuando la juzgaron y la fusilaron. Yo entonces pensé fusilar a mi heroína; proyectaba [corregido de: pensaba] matarla de otra manera.

»Fuí a ver al abogado Clunet, amigo mío y defensor de la bailarina y éste me contó la escena del fusilamiento que había presenciado.

»Yo la he transcrito tal como me la contó.

»Es lo único de mi libro que es *Mata Hari*. El resto, o sea casi todo el libro, no tiene nada que ver con *Mata Hari*. Ni yo, ni casi nadie, la conocía cuando escribí las tres cuartas partes del libro.

»Conozco la novela de mi amigo Hirshs (sic), que es posterior [de, rayado] dos años lo menos. Esa sí que es *Mata Hari*. Hasta el protagonista se parece a Maître Clunet.

»También hay una novela inglesa sobre *Mata Hari*.

»Pero debe Vd. saber que *Over Sea* (*Mare Nostrum*), traducción inglesa, es el libro mío que se ha vendido más en los Estados Unidos, después de *Los cuatro jinetes*. Debe estar entre los 400.000 y los 500.000 ejemplares. En cuanto a la edición española, va en los 60.000 ejemplares.

»En este momento echo mano a mi biblioteca y encuentro un ejemplar que me trajo el otro día una amiga americana para que se lo firmase. Se lo envío a Vd. hoy. Ya pediré a Valencia otro para ella. Este ejemplar lleva en la portada el n.° de tiraje: 59.000. Debe haber más tirados. Al final, en la última página, va la fecha de la novela: *Agosto-Diciembre, 1917*. Pero recuerdo que la empecé en enero en Niza y luego tuve que interrumpirla por trabajos de propaganda, continuándola en agosto. Léale y verá, como le digo, que no hay *Mata Hari* más que en el último capítulo. Todo lo anterior es una espía cualquiera y, además, espía *acuática* y que no baila. En fin, la fecha de la novela en la última página lo dice todo. Suyo B. I.»

Tras estos prolegómenos, apunta el verdadero Blasco.

Qui legitis flores et Rumi nascentia fraga,

Frigidus, o pueri ¡fugite hinc! latet anguis in herba...

le era totalmente indiferente a D. Vicente el pedagogo del Boulevard Saint-Michel, n.° 48. Lo que no le era indiferente, era su pluma, que por aquel entonces gozaba de algún prestigio, en Lutecia y fuera de ella. Léase, si no, su siguiente epístola:

«Enero 26/1921.—Querido amigo Pitollet: Muchas gracias por el envío del Boletín norte-americano que contiene su artículo sobre la Pes-

te de Aviñón. Lo guardo, porque es de Vd. y porque me interesa mucho. Le advierto que tengo el proyecto de escribir una novela moderna, pero que evocará al [corregido de: el] papa Pedro de Luna y luego a los Borgias. Esta novela empezará en Aviñón y luego seguirá en Marsella, Peñíscola, Valencia, etc. Comprenderá Vd. que me interesa todo lo de Aviñón. Cuando termine en abril *El águila y la serpiente*, me iré unas semanas a España en [corregido de: por] automóvil, pero pienso pasar por Aviñón para quedarme allí unos días.

»También le agradezco mucho el envío de la *Revue des Langues Vivantes* y lo que en ella dice de mí.

»No sabía lo del amigo Onís. No me extraña, es director literario de una casa editorial de New York para la publicación de libros de escuela en español. Le dí gratuítamente permiso para que publicase un libro con capítulos de *Los cuatro jinetes*. Al principio fué muy amigo. Luego, cuando vió que yo marchaba solo sin necesidad de él—¡figúrese usted!—ya no lo ví más. También le dolió que yo diese a otra casa editorial de New York—la más importante de todas—el permiso para que formasen con novelas mías el libro que Vd. conoce: *Vistas sudamericanas*.

«Además, lo que Vd. dice en la nota: ha visto Vd., como siempre muy justo.

»Todos estos pobres filólogos hacen allí una propaganda española liliputiense; metidos en su quiste, hablando con otros profesores americanos del talento de Alfonso XIII, de las cosas viejas de España, etc., etc. y soñando con condecoraciones españolas.

»Llegué yo como un huracán. La gran masa, que no sabía ni dónde estaba España, se ocupó de España por primera vez (una ofensa para ellos). Celebré miles de entrevistas con reports (sic), y cada vez que me preguntaban sobre el rey, les decía que era un majadero, declarando la verdad sobre la monarquía española: otro motivo de indignación.

»En fin: usted los conoce tan bien como yo. Es una de las cosas que más admiré en sus artículos del *Mercurio*: cómo nos conocía perfectamente.

«Le advierto una cosa. El venerable y simpático William D. Howelle (sic), del que habla Vd. como si aun viviese, murió estando yo en New York. Creo que fué en marzo o abril de 1920.

»He dado orden a la *Editorial Prometeo* para que le envíen encuadernados como el *Mare Nostrum* las otras dos novelas: *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* y *Los enemigos de la mujer*. Las tres se completan: forman el tríptico de la guerra.

»*Los cuatro jinetes* es la novela de la guerra en el frente durante los primeros meses: los decisivos.

»*Mare Nostrum*: la guerra en el mar.

»*Los enemigos de la mujer*: la novela de los que vivieron al margen de la guerra, por egoísmo e indiferencia.

«Creo que le dije el gran éxito de estas tres novelas en [España: rayado] los países de lengua española y especialmente en los Estados Unidos, donde fué algo gigantesco la venta de *Los cuatro jinetes*.

»En francés se han publicado *Los cuatro jinetes* muy amputados por exigencias editoriales. Ahora la *Revue de París* va a publicar *Les ennemis de la femme*. Creo que empieza este mes próximo. Después publicará *Mare Nostrum*.

»Yo deseo que Vd. lea las tres novelas en español. Si quiere, se las enviaré también en inglés, pues la edición de New York es muy elegante y vale la pena el guardarla.

»Lo que yo agradecería de Vd. es que algún día, cuando haya ocasión, publicase en el *Mercurio*, o en otra parte, un artículo sobre estas tres novelas, en lo que representan como obra de propaganda a favor de Francia y sus aliados. En los Estados Unidos, en Italia, en todos los países de lengua española han hablado con entusiasmo de mi esfuerzo como propagandista... menos en Francia. Mi esfuerzo lo conocen en los centros oficiales; lo conoce Poincaré y todos los que gobernaron bajo su presidencia. Pero el pueblo francés apenas lo sabe, porque lo he hecho en silencio y para el exterior, sin buscar quien se encargase en París de decirlo, una vez terminada la guerra.

»Durante esa guerra, he llegado yo a escribir hasta 18 horas diarias. Escribía para muchos periódicos de España y América y no me pagaban, porque mis escritos eran de propaganda *y suponían que me los pagaba Francia*.

«Escribía la *Historia de la guerra*, un cuaderno todas las semanas de 32 páginas a dos columnas. Tres cuadernos representaban un volumen como cualquiera de mis novelas. ¡Y esto ha durado cuatro años!

¡Y mi *Historia de la guerra* consta de 10 tomos [1], que deben pesar algo así como 50 kilos, pues son en 4.º!

»Como obra histórica, no vale nada; pero como obra de propaganda, la creo única. En el prospecto de la obra, que lancé en las primeras semanas de la guerra, cuando todo el mundo era alemán o miedoso, cuando aun no se habían decidido muchos que después fueron francófilos, cuando en toda España sólo dábamos la cara Lerroux como político y yo como escritor, dije brutalmente, poco más o menos: «Todos los historiadores prometen ser imparciales y la imparcialidad es una mentira. Yo seré más franco. Mi *Historia* será parcial. La escribo contra Alemania. En mi *Historia*, los franceses vencerán siempre y los alemanes serán derrotados, porque deben serlo. El tiempo me dará la razón. *Ya está advertido el lector.*»

»Esto fué a mediados de 1914. Y continué mi *Historia* hasta el armisticio. Algo para matar al más fuerte. Y todavía tuve ánimos para escribir: *Los cuatro jinetes*, *Mare Nostrum*, *Los enemigos de la mujer*. No creo que escritor alguno haya hecho más por Francia; a lo menos, que yo sepa.

»Cuente Vd. algún día esto.

»Será el primero.

»Si quiere más detalles, se los daré.

»Un abrazo de su afmo. amigo,

Vicente Blasco Ibáñez.»

Extrañaba yo algo esos *abrazos* de un hombre que no me conocía personalmente. Mas tardé aún mucho antes de convencerme de lo que valían tantas manifestaciones de cariño. Blasco, él, sabía lo que se hacía. Necesitaba de mí para un libro sobre su vida y sus obras. Un libro que, firmado por mí, fuese escrito por él. Es lo que se verá en la segunda de las cartas suyas que van a continuación:

»Febrero 13/1921. Querido Pitollet: He estado algo enfermo de *grippe* y todavía me hallo convaleciente.

»Agradezco mucho su cariñosa carta.

»Creo que la *Editorial Prometeo* le habrá enviado ya *Los cuatro*

[1] En realidad de 9 tomos, que se vendieron a 25 pesetas cada uno, lujosamente encuadernados en Valencia.

finetes y *Los enemigos de la mujer*, que encargué le remitiesen encuadernados.

»Me complace mucho su idea de traducir *El águila y la serpiente*, pero aun tardaré algo en terminar esta novela. ¿No le gustaría traducir *Mare Nostrum* inmediatamente? La colocación es segura, pues Calmann quiere publicarla. Le gusta mucho, y eso que él sabe poco el español. Bengoechea quiere traducirla, pero yo todavía no me he comprometido con él. Este amigo vivía antes en París y podía ayudarme, evitándome el visitar al editor, hacer correcciones, etc. Pero ahora, desde hace algún tiempo, pasa casi todo el año en San Juan de Luz y soy yo el que tengo que ayudarle a él. En lo de *Los enemigos de la mujer*, soy yo el que he tenido que entenderme con Calmann para los cortes, etc.

»Yo necesito un traductor que viva en París y que vaya en mi nombre a tratar con la *Revue de París*, con Calmann-Lévy, con los hermanos Fischer, representantes de Flammarión—en fin, con todas las personas y los centros que me editan. Tengo para esto (desde hace poco) a Mme. Reneé Lafont, pero yo doy trabajo para dos.

»Tengo mucho que aun no está publicado en francés, por descuido mío, por la vida vagabunda que he llevado durante los últimos años, por todo [rayado y substituído por: casi todo] el planeta. Y además por el trabajo de [rayado y substituído por: que me dió] la guerra.

»Si Vd. quiere encargarse de *Mare Nostrum*, hablaríamos de las condiciones materiales. Además le indicaría los cortes que deben hacerse, pues estos editores franceses desean ahora novelas muy cortas [rayado, sustituído por: breves], casi homeopáticas. Balzac, V. Hugo, Zola, etc. pensaban de otro modo y todos los grandes novelistas extranjeros, también.

»Afectuosos saludos de su amigo

Blasco Ibáñez.

«De la novela inglesa sobre *Matta* (sic) *Hari* no recuerdo nada. Sólo sé que es una mujer la autora y que la novela pertenece al género cursi inglés. Salió al mismo tiempo que *Mare Nostrum* y sin quererlo la maté, me dijo mi editor.»

Lo que sique viene en hoja aparte:

«Amigo Pitollet: Vuelvo a abrir la carta para manifestarle lo mucho que me gustan sus dos artículos, especialmente el de Cáceres. ¡Parece mentira que un francés pueda escribir así en español!

»Mi enhorabuena.

«Suyo afmo.

V. B. I.»

Preparado así el terreno y juzgándome maduro para la operación, desembucha Blasco. Dicho sea de paso, lo del primer capítulo retirado a la Lafont es burda mentira, pues —como se verá al leerlo— evoca recuerdos que de ningún modo podían concordar con el pasado de la infeliz hija del catedrático del Liceo Louis-le-Grand, anteriormente del Liceo de Lille, Charles Lafont, antiguo alumno de la Escuela Normal Superior, de la que saliera en 1874. Era ella licenciada en letras, sabía griego y alemán, así como castellano. Comunista, había pasado al partido S. F. I. O. para el que había ido a España cuando la guerra civil, encontrando la muerte en las filas de los *rojos*, en los primeros días de octubre de 1936, creo que en la carretera de Buitrago. Mas dejemos esto y pasemos a la oferta del *Aguila de la contaduría*, según le llamó el profesor Romera Navarro (citado por Alfredo Elías, del *College of The City of New York*, en *Hispania*, vol. IX, n.° 6, diciembre de 1926, p. 343):

«Febrero 19/1921.—Querido Pitollet: Su última carta pidiendo la traducción de *El águila y la serpiente* me ha sugerido una idea. Además, yo le quiero mucho, aparte de (sic) su talento, porque es muy trabajador. Los que son productores me inspiran el mismo afecto que si perteneciésemos a la misma familia.

»Vamos al asunto.

»Dutton, mi editor de New York, *Prometeo* de Valencia y el mismo Calmann-Lévy, notan la falta de un buen libro, abundante en datos, sobre mi persona y mis obras. Me han hablado de esto muchas veces, pero yo andaba errante y lo dejaba siempre para mañana.

»Ahora tienen prisa y yo me veo obligado a ocuparme de ello [corregido de : esto].

»Todos los extranjeros que quieren escribir sobre mí y mis obras, piden datos a *Prometeo* y de allá sólo les pueden enviar el libro que escribió el novelista Eduardo Zamacois sobre mí y que publicó la librería Hernando, de Madrid. Pero este libro sólo llega hasta 1909, antes de

irme yo a la Argentina; de modo que carece de la parte más interesante de mi vida.

»En fin: que quieren hacer un libro de 300 páginas, de forma elegante, ilustrado con unas 30 láminas, representando diversas escenas de mi vida en América y otros lugares, retratos en distintas épocas, etc.

»Este volumen será del tamaño de una novela mía, pero con láminas añadidas.

»Su título es:

Blasco Ibáñez: Ses romans et le roman de sa vie.

»Verdaderamente mi vida tiene mucho de novela —tal vez lo mejor de mis novelas es mi propia vida. Anatole France decía un día, comiendo conmigo y con Calmann, que mi vida era una novela vivida más intensamente que muchas novelas.

»Volvamos al libro.

»Se publicará en francés y se traducirá inmediatamente en español, en italiano, en ruso y, sobre todo, en inglés. De modo que el que escriba este libro tiene asegurado que su nombre va a dar la vuelta a la tierra y que se ocuparán de él en los más grandes diarios. Allá donde entre yo, entrará él. Y yo estoy entrando en muchas partes.

»En *Prometeo* le han encargado el libro hace poco tiempo a Mme. Renée Lafont [1]. Le advierto que el libro es cosa fácil. No se trata de alta crítica, de algo profesoral, que aburra al lector. Es para el gran público y para que lo utilicen los periodistas de toda la tierra, cuando quieran hablar de mí. Un libro en el que se cuente mi vida y cómo hice mis libros, además de algunos de los juicios sobre mí. Y yo ayudo enviando las notas sobre mi vida y mis libros (¿quién puede saber la verdad mejor que yo?), pero dejando al escritor su entera libertad, una libertad anárquica, para que quite, añada y me llame *perro judío* si se le ocurre. Yo sólo leeré el libro cuando salga impreso, ¡si es que lo leo!

»No crea que estas notas no me dan que hacer. Yo no guardo, ni he guardado nada de cuanto se ha escrito sobre mí. Para hacer estas notas, he tenido que pedir el libro de Zamacois (que había olvidado) y unas cuantas cosas más. Yo soy el que hago la labor difícil, esforzando la memoria, resucitando imágenes, recordando palabras.

[1] Superfluo es advertir que *Prometeo* era el disfraz de que se valía Blasco para tapar sus maniobras, ya que aquella casa editorial valenciana era propiedad suya, si bien bajo otro nombre.

»Con mis notas en español, el autor no tiene más que ir escribiendo en francés a su gusto, interpretando los datos como mejor le parezca, o anulándolos, o poniendo otros de su cosecha. ¡Entera libertad! Puede bordar como quiera. Yo, lo único que hago [corregido de : he hecho] es facilitar el cañamazo para el bordado y esto a ruego de mis editores para facilitar la operación.

»Vamos por fin al asunto.

»Como yo veo que está Vd. dispuesto a trabajar y que se interesa por mí, le propongo que se encargue de este libro.

»Si le parece bien le quitaré el encargo a Mme. Lafond *(sic,* con la *d).* Ella tiene otras cosas mías que hacer: traducción de una novela, traducción de muchos cuentos, etc.

»Parte material del asunto.

»La edición francesa, no creo que dé ni para los gastos de impresión. Usted conoce esto y no necesito insistir. Los ejemplares franceses serán para regalar y sólo se venderá alguno que otro. Pero la *Editorial Prometeo* dará *dos mil francos*, moneda francesa, por la traducción [corregido de : obra] española de la obra.

»Pero, esto no crea que es cuando salga la traducción española. Yo he intervenido en este punto para exigir que los *dos mil francos* sean a toca teja y que el autor los reciba tan pronto como haya terminado el libro.

»De la edición inglesa, no sé. Tal vez la compre algo el público. Pero, en fin, si no se vendiese, es un libro en inglés magníficamente presentado y que sirve para popularizar en medio globo terráqueo el nombre de su autor.

»Lo positivo, lo inmediato, es que hay *dos mil francos*, a tocar inmediatamente, en un cheque de *Prometeo* sobre París. Y de esto yo respondo.

»El libro no exige grandes esfuerzos de rebusca. Sólo hay que escribirlo. Con las notas que le enviaré, tal vez Vd. tendrá que separar y suprimir, por ser demasiadas.

»La labor consiste únicamente en escribir. Y como yo le conozco y sé que es usted un trabajador valeroso y titánico, tengo la certeza de que este libro lo haría en 20 ó 25 días.

»Dos mil francos *inmediatamente* no es una mala retribución.

»Si a Vd. le gusta esto, yo le retiraré a Mme. Lafont el primer en-

vío de notas (primer capítulo) que le hice no hace muchos días. Creo que aun no se habrá puesto al trabajo. Aquí tengo ya muchas notas o datos [corregido de : informes]. Es en lo que me ocupo ahora.

He tenido que interrumpir *El águila y la serpiente* para dedicarme a esto. Dutton me da prisa desde New York [1]. De *Prometeo* también tienen prisa. Les piden un libro sobre mí de todas partes; un libro que no sea el de Zamacois, y no saben qué enviar.

»Yo le ofrezco esto porque creo que es un buen negocio y sobre todo una publicidad para su nombre, casi universal.

»*Mare Nostrum* podrá traducirlo cuando termine.

»Le repito que [corregido de: creo que] considero que este libro puede hacerse en un mes, trabajando como nosotros acostumbramos a trabajar.

»Afectuosos saludos de su amigo,

Vicente Blasco Ibáñez».

Ne he de repetir aquí la lamentable historia de la composición y publicación de aquel libro. Lo hice en 1931, en las páginas 59-143 de mi libro —publicado sólo en 1933 – *Gloses*. El 19 de febrero de 1921, me escribía: «Hará Vd. un gran libro. Ya verá. Con lo que Vd. escribirá y con lo que yo le enviaré, producirá Vd. una obra famosa y que dará la vuelta al mundo». El 21 del mismo mes, me advierte que, en su manuscrito, todo lo que se refiere a su vida no tendré «más que traducirlo, lo que le facilitará un adelanto en el trabajo». Y me repite: «Tiene Vd. una libertad absoluta». Y añade: «Va a tener Vd. mucho que trabajar. Pero hará Vd. seguramente un gran libro. Sobre todo, será un libro de resonancia en toda la tierra civilizada. Vd. verá en un par de años cómo le traducen a toda clase de idiomas». El 22: «Acuérdese poco de los eruditos de España, de la escuela de Pidal, etc. Este libro no es de los que ellos aman. Es un libro para el público; un libro para ser leído, no para que lo conozcan por el lomo en una Biblioteca y sólo lo abran para buscar un dato. No; yo quiero que haga Vd. algo de escritor y de artista».

[1] Según carta que me escribió aquella casa editorial, no habían hablado nunca a Blasco de esa biografía. En cuanto a *Prometeo*, ya he dicho en la nota anterior quién estaba detrás de aquella empresa.

¿Libertad anárquica? Ni siquiera condicional. El 25 de febrero, me prohibe terminantemente que hable de sus obras de juventud: *Historia de la revolución española*, *Azaña negra* y todo lo demás. «No quedan ejemplares; nadie se acuerda de ellas; son indignas de mí». El 26, que cite a González Blanco y a Cejador. «Son amigos míos y han querido escribir varias veces el libro sobre mí que está Vd. haciendo. Pero yo he escurrido el bulto. Son unos verbosos que hablan y hablan con la pluma en la mano sin decir nada. Tienen interés con alargar los libros». En cuanto a la Argentina: «... debo decirle que yo me acuerdo poco de la Argentina. Los de allá me buscan ahora y yo no quiero nada con ellos. Me han dado menos que yo a ellos. Para mí en América sólo hay los Estados Unidos. Estos me dan más que yo les he dado y sería un malvado si no les guardase gratitud». Y aparece *Andrenio* como otro autor fracasado de la biografía. «Tenía el plan de escribir el mismo libro que Vd. escribe y habíamos convenido por carta en que yo le iría enviando datos de mi vida. Pero esto fué en los últimos dos años...» Todo vino a parar en agua de borrajas, mas el pobre Gómez de Baquero «aun está esperando mis notas». Sin embargo, no está perdido todo, ya que «al ver su libro de Vd. tal vez aproveche la parte biográfica y escriba otro».

Y ahora, lo mejor. El libro se imprimirá en los talleres de *Prometeo*. «En nuestros talleres, me escribe el 28 de febrero, han impreso muchas cosas francesas durante la guerra y están dispuestos a imprimir este libro». Así podrá Blasco leer pruebas y se verá más abajo con qué resultados. Pero estamos todavía en la era de los cumplidos: «No conocía lo de Llorente sobre mí. Usted es un duende. Gracias a Vd. conozco muchas cosas que ignoraba». Había desenterrado su *Voluntad de vivir*. ¡Malo! «De la Voluntad de vivir, lo mejor es no dar mayores detalles, pues viven todas las personas interesadas y creerían que yo deseaba resucitar el asunto. Lo mejor es dejarlo así. Algo misteriosamente». Viene lo de México: materia quisquillosa si las hay. Carta de 2 de marzo: «No dé Vd. importancia a todos esos artículos sobre Méjico. Algunos son de desconocidos e insidiosos, guayabas americanos que ven una ocasión de medirse con Blasco Ibáñez. Pero los más son de aventureros sin vergüenza que ven una ocasión de ganar unos pesos. Usted no conoce más que unos cuantos artículos. Se han publicado centenares. Se han publicado miles. Cuando yo lancé los artículos míos en Nueva York,

hasta se cotizaron varios bohemios de Venezuela que andaban hambrientos por los Estados Unidos y se quitaron el pan de la boca para pagar la impresión de un folleto que habían escrito contra mí. El gobierno de Méjico —sea el que sea— ha pagado, o ha hecho creer que iba a pagar, los escritos en su defensa. Además, parece que Obregón pagaba bien en los primeros meses todas las apologías de su persona y su revolución. Ahora creo que ya cerró la bolsa y por eso escriben menos. Por esto le digo que no vale la pena ocuparse de tales microbios». Como si no bastase esta prohibición, añade en posdata: «Usted comprende que la gloria, para todos esos microbios hispano-americanos, sería verse mencionados en un libro que va a vivir muchísimos años. ¡Qué barbaridad! Piense que está escribiendo algo que será permanente y por lo mismo hay que evitar lo que sólo es circunstancial». El 4 de marzo, se desencadena Blasco contra Ernesto Bark. En mi afán de escribir una biografía de Blasco que no fuese la pura auto-apología que él deseaba que vertiera al francés del español de su manuscrito, me esforzaba en señalar y utilizar los más diversos escritos acerca de su persona y sus obras, escritos que, con gran sorpresa suya, conocía, y él no. Prohibición absoluta de mentar a Bark y a su opúsculo sobre Blasco. «Era Ernesto Bark —me escribe el 4 de mayo—, del que yo no me acordaba y del que no se acuerda nadie, un mal sujeto», y llena dos cuartillas para convencerme de que era un espía doble. «Además (y esto es *confidencial*), gentes del Gobierno me confesaron que este Bark cobraba de ellos para crear conflictos y divisiones entre los republicanos. En realidad se ganaba bien el dinero, pues no hizo otra cosa en su vida». Lo de Carretero es típico también. Había conservado su entrevista con Blasco, de *La Esfera,* durante la guerra, que Carretero reimprimió en el t. 2 de su serie *Lo que sé por mí,* y la quería aprovechar [1]. ¡Pues no, señor! Dicha entrevista —cuyo texto había enviado desde Valencia, el

[1] Tengo copia de las 5 cartas que Blasco dirigió al *Caballero Audaz* desde abril de 1915 hasta marzo de 1922. Me comunicó los originales el mismo Carretero en París, en enero de 1925. En la entrevista de *La Esfera,* mayo de 1915, dice Blasco (*Lo que sé por mí,* p. 134): «Nací en enero de 1868». Pues bien, almorzando con Gómez Carrillo en la cervecería Verzel, rue Scribe, en París, el jueves 12 de febrero de 1925, me aseguró el célebre cronista que sabía de ciencia cierta que Blasco había falsificado las actas del estado civil de Valencia y era de edad bastante superior a la por él proclamada. Asistían al almuerzo aquel varios literatos, en particular André Ibels.

mismo Blasco a Carretero en Madrid a fines de abril de 1915— es un tejido de errores. «Lo del *Caballero Audaz* no le servirá de nada. Es una simple interview; pero este amigo confundió las cosas y dijo al revés la mayor parte de lo que había dicho. No sacará Vd. nada nuevo». No es menos típico lo de Unamuno. En el manuscrito de mi obra, aludía yo a la condena —en el verano de 1920— de D. Miguel a dieciséis años por el Tribunal de Valencia, a causa de dos artículos periodísticos que citaba, añadiendo: «Mais cette condamnation n'avait, d'avance, aucun caractère effectif». En carta certificada de 26 de marzo se me manda que suprima aquel paso. «Quite lo de Unamuno, se lo suplico... Además, ese *Mercantil Valenciano* a quien Vd. alude, es un periódico que siempre fué enemigo mío. Yo me batí en duelo con su fundador... Por eso le ruego que, en lo referente a mi vida, no se salga de las notas que le envié...» Ahora bien ¿cómo exponer la actividad politica de Blasco en Valencia sin aludir a sus luchas con Rodrigo Soriano? ¡Crimen nefando! «Es como ese canalla de Soriano, agente de los alemanes, que decía: «Yo tengo segura la celebridad, porque en lo futuro, cuando hablen de Blasco Ibáñez, tendrán que hablar de mí y de mis luchas con él. ¡Figúrese Vd.! Por eso, ni la menor alusión... Yo creo que toda mi vida política debe Vd. dejarla tal como aparece en las notas». Y, en otra carta, *ecce iterum Crispinus:* «...Otra cosa más grave, ¿por qué sigue Vd. aludiendo a Soriano, sin aludirlo por su nombre, lo que aun resulta peor? Todavía hace Vd. la cosa más misteriosa y atrae la atención del gran público extranjero, que ni lo conoce, ni ha oído hablar nunca de él. Comprendo que esto ha sido una distracción, pero le ruego a Vd. que borre esos dos pasajes inútiles. Precisamente es lo que él quiere o ambiciona: que hablen de él, sea como sea. Es su única esperanza de publicidad, como ya le dije. Hoy, que está más caído y despreciado que nunca, le proporcionaría Vd. el gran gusto. El mayor castigo para él es el silencio. ¡Ni una palabra, ni la más remota alusión en todo el libro! Déjese guiar por mí y verá cómo no se arrepiente de ello. Suprima lo que yo le digo, pues es para que el libro resulte mejor y no tropiece Vd. ante el público español, ni pierda el tiempo ante el extranjero, aludiendo a personas que no le interesan».

Otro delito, de diferente índole, fué el comparar las ganancias de Blasco con las de los grandes escritores españoles de su tiempo, en particular D. Benito Pérez Galdós. He aquí lo que me escribe Blasco, ya

puesto el pie en el estribo para su viaje a España y las fiestas de Valencia en honor suyo. «Abril 22, 1921. Querido Pitollet: Vd. va a oirme con calma y sin nerviosidades (sic) impropias de su talento y de su posición. Los hombres deben hablar con serenidad, dando a las palabras el valor justo que tienen, sin añadir ni quitar. Después de escucharme, Vd. hace lo que juzgue mejor; pero yo, a lo menos, le habré advertido lo que creo oportuno.

Tras de estas precauciones oratorias, viene la cosa de bulto:

»Todo el libro de Vd. está escrito con un espíritu de cariño hacia mí que no sé cómo agradecerle. De esto no hay que hablar. Pero usted sabe que muchas veces escribimos con una intención y ciertos lectores malvados procuran extraer una intención distinta. A mí me ha ocurrido muchas veces esto. Yo leo las pruebas de su libro con una mentalidad de público, es decir, como si fuese un lector que no conociese a Blasco Ibáñez ni de vista. Pues bien: del pasaje que le acompaño y de todo lo que sigue después referente a mis ganancias, se desprende una gran piedad para el *pobre* Galdós que vivió en la miseria y cierta antipatía para mí, injustamente rico.

»Le repito que Vd. no ha escrito esto, ni remotamente, ni está en las líneas; pero créame que se desprende esto para el lector bruto, y yo me fabrico esta mentalidad cuando juzgo un libro desde el punto de vista del público, y rara vez me equivoco.

»Además, su juicio sobre la vida económica de Galdós es completamente falso. En España, como nación católica aficionada a los piojosos santos y a la pobreza del ermitaño, es de moda que el escritor sea pobre y los que no lo son, lo fingen [corregido: fingen serlo], pues da envidia serlo a los que ganan su vida. Galdós ha tenido siempre más dinero que yo y ha vivido con más desahogo que yo, antes de mi viaje a América. Eso que dice Vd. de los 16.000 ejemplares podrá ser verdad en lo referente a sus últimos *Episodios*, pues el público no quiso seguirle a través de tantas series. Pero sus novelas *novelas* han llegado a 60.000 y 70.000 ejemplares. Otra cosa: fué hombre de teatro. Vd. olvida *Electra* [1], uno de los éxitos de dinero más grandes de nuestro teatro,

[1] La olvidaba tan poco que, estando en Hamburgo, le dediqué todo un folletín del *Siècle*; acerca de él me escribió D. Benito una carta que publiqué allá. (Fué cuando se representó *Electra* en París)

que le dió de 200.000 a 300.000 pesetas. Y otras obras que se representaron bastante.

«El secreto de su vida es que gastó mucho. Vivía a estilo madrileño antiguo, sin grandes comodidades, pero gastaba mucho. Sostenía a muchos parientes y sostenía además a varias mujeres, según contaban sus íntimos. Todo barato pero abundante.

»Esta es la verdad *verdadera*. Pero lo que dice Vd. referente a revistas y diarios es muy justo y exacto. Pero en lo que se refiere a la novela, no es cierto. Son exageraciones para halagar el espíritu miserable y frailuno del público español, que sólo admira a los escritores cuando viven en la miseria y tienen piojos. Y no hablemos del teatro, que da en España verdaderas fortunas. Claro está que un novelista joven tira 2.000 ejemplares de sus libros. ¿Tiran más en Francia? Es la misma historia en todas las naciones. Además, menos tiraba yo cuando empecé. *La Barraca*, creo que apareció en una edición primera de 800 ejemplares o 1.000, y lo mismo *Flor de Mayo*... Antes de ir a los Estados Unidos, yo no ganaba lo que ahora, pero ganaba para vivir, pues mis novelas en español, desde hace años, llegan con facilidad a 30.000 ejemplares. Galdós llegaba también a esto en sus novelas...»

Esta apología *pro domo* vale... lo que valen las autodefensas de Blasco. Precisamente por aquellos meses había hecho imprimir en Nueva York el documento siguiente, que excusa comentarios de mi parte:

Y en un artículo que publiqué en *Le Courrier de la Plata*, de Buenos Aires, recordé que, en su última permanencia en París antes de su muerte, Blasco había declarado que Hearst le había pagado ya 20.000

dólares para la publicación de su novela, no terminada: *En busca del Gran Khan*, y que había recibido otros 50.000 dólares para la adaptación cinematográfica, en los Estados Unidos, de esta novela...

Dejemos esto. Sólo apuntaré aún dos sabrosos detalles más. Blasco me solicitó para que interviniera a favor suyo a propósito de su Legión de Honor. «En 1904, me escribió, el primer ministro de Clemenceau me dió la Legión de Honor. Actualmente soy, no Caballero, sino Comendador. Aun previan ascenderme por mis trabajos durante la guerra. Pero me han olvidado, encontrando sin duda que una categoría superior sería impropia de mis años y que ya me la darán cuando sea más viejo. Vea si puede hacer algo...» Lo de las ediciones rusas es más picante. «Antes de la guerra—me escribe en abril—, yo era en Rusia el novelista extranjero más leído. Como no existe tratado de propiedad literaria entre España y Rusia, se dió el caso de que hubo novela mía que, al aparecer en Madrid, la publicaron dos meses después en Rusia cinco editores diferentes con cinco traductores distintos. Mis obras se publicaron en todas las formas, ediciones de gran lujo, ediciones económicas, por entregas, etc. Hasta existe en Rusia lo que no existe aún en España: una *Colección de Obras Completas de Blasco Ibáñez* en 18 volúmenes, es decir: lo que yo había publicado antes de irme a América del Sur. Casi todos mis traductores eran mujeres. Resultaba yo tan popular en Rusia, que los rusos me escribían centenares de cartas. No encontraba uno solo en mis viajes que no me hubiese leído. En América, todos los rusos residentes allá venían a verme. Todo esto ha desaparecido con la revolución. No sé qué es de mis traductores, editores y lectores. Tampoco sé nada de mis libros. Todo ha desaparecido, como si hubiese pasado un huracán o un temblor de tierra...»

No me ahorraba Blasco los elogios, hasta por escritos en que no creyera yo pudiera encontrar pasos de interés, como fué el caso de mi monografía sobre las andanzas españolas del espeleólogo francés, Abbé Breuil. «Su folleto —me escribe el 8 de abril— sobre el Abate Breuil me gusta muchísimo y ha servido para que tome aún con más entusiasmo mi viaje por Extremadura.» Mas salió el libro y no cesaron las alabanzas. Había propuesto una cubierta sencilla, esta:

(1) *Blasco Ibáñez el Zola*, a día 14 de Julio de 1928.

CAMILLE PITOLLET

V. Blasco Ibáñez

SES ROMANS ET

LE ROMAN DE SA VIE

(OUVRAGE ORNÉ DE ∞ ILLUSTRATIONS)

C. L.

PARIS

CALMANN-LÉVY, ÉDITEURS

3 RUE AUBER, 3

Encontrándola demasiado austera, exigió otra. Esta:

CAMILLE PITOLLET

V. Blasco Ibáñez

SES ROMANS ET

LE ROMAN DE SA VIE

(OUVRAGE ORNÉ DE ∞ ILLUSTRATIONS)

PARIS

CALMANN-LÉVY, ÉDITEURS

3 RUE AUBER, 3

y, en la *Advertencia Preliminar* de la traducción española [1], dirá: «El profesor Camilo Pitollet, que es una autoridad indiscutible en materia de crítica y de erudicción, se ha distinguido siempre por lo documentado y concienzudo de todos sus trabajos...; amalgamando la densidad de una cultura sólida con la ligereza de un estilo fácil, ha conseguido hacer asequible a los más distintos públicos, este volumen. .; conocedor profundo de nuestro idioma [2], de nuestra patria y de nuestra sociedad, Pitollet ha traído a este libro numerosas observaciones y revelaciones acerca de España que están llamadas a influir bastante en la opinión sustentada con respecto a nosotros allende las fronteras...» Pero con esto y todo, no se percató el falso *Tulio Moncada* de la tentación de suprimir o modificar varios pasos del libro francés, ya por él tan gravemente estropeado, en manuscrito y en pruebas. Sin embargo, bastaría un leve cotejo entre el texto de dicho libro francés y el de las notas autobiográficas que van a continuación para disculpar a su autor del reproche, que se le ha hecho tantas veces, de no haber sido más que una pluma al servicio de Blasco Ibáñez [3].

CAMILLE PITOLLET

---

[1] La hizo él mismo, atribuyéndola a un *Tulio Moncada* que no existía, siendo el protagonista de la novela de José Francés: *Como los pájaros de bronce*, analizada por D. J. Casares en el tomo II de su *Crítica Efímera* (Madrid, 1919), p. 153 y sig.

[2] Cuando publiqué, en 1933, mi *Grammaire Espagnole*, la juzgó así el *ABC* (20. XI. 1933):

Una nueva Gramática Española al uso de los franceses, por Camille Pitollet.— Monsieur Pitollet es uno de los hispanófilos más eruditos y que mejor conocen nuestro idioma y nuestra literatura. En su obra en cuestión, cual la diligente abeja, ha libado la miel de las más puras doctrinas en toda clase de libros, en los de antaño como en los de nuestra época. Cita a César Oudin al lado de D. Julio Casares, y a Christian-Heinrich Postel junto a D. Ramón Menéndez Pidal. (Varias veces cita también artículos de A B C.) Pero lo hace sin ningún afán de pedantería y siempre muy a propósito. Su Gramática es un compendio de todo lo esencial, y en sus doscientas páginas de apretado texto, no omite nada de lo verdaderamente importante en la morfología y sintaxis de nuestro idioma. No cansa al alumno, sino que casi, casi llega a divertirle y hacer amenísima una lectura que, por lo común, suele ser árida, y, como dicen nuestros vecinos, *rebutante*. Monsieur Pitollet merece tener éxito con su nuevo libro, por su incansable actividad y su honradez científica.

[3] Blasco, en su versión, suprimió lo que decía de las críticas de *Oriente* (p. 88), de viaje de Chateaubriand y el de Blasco a Oriente (p. 95), de Blasco en América (p. 122), así como rehizo del todo el paso relativo al toreo. Suprimió también lo relativo a los editores (p. 118). Mas dejó sin corregir la *ridícula errata de la p. 62*, donde en vez del

NOTAS AUTOBIOGRÁFICAS

I

El hombre —Sus distracciones.—Su amor al libro y su odio al papel suelto.—Sus numerosas casas y Bibliotecas.—El olvido del pasado.— El desconocimiento de sus propias obras.—Eternamente joven. — Siempre pensando en la obra próxima.

Hace mucho tiempo que me siento atraído por la personalidad original y vigorosa de Blasco Ibáñez tanto como por sus obras.

En 1903 empecé, autorizado por él, la traducción francesa de una de sus mejores novelas, trabajo que no pude terminar, desgraciadamente, porque lo cortó un viaje profesional. Actualmente estoy traduciendo algunas de sus últimas obras.

Lo conocí hace años en Madrid y París, pero el novelista se me ha movido mucho en el mundo, y no resultaba fácil someterlo a una larga observación.

Durante toda la guerra ha permanecido en Francia, trabajando ardorosamente por la causa de los aliados, como diré más adelante. Este ha sido el período de mayor fijeza sedentaria en sus últimos años. Pero entonces yo, por mi deber patriótico, estaba lejos de París como todos los franceses llamados al ejército.

---

la hija de María Cristina, se imprimió: *la otra María Cristina*. La traducción española, Valencia, *Prometeo*, constituye un libro de 311 páginas. Sobre esto (y otras cosas más) me expliqué en el *Bulletin Hispanique* de Burdeos, en varios artículos, particularmente en 1928 (t. 30. pp. 235-249; véase *Hispania*, t. 12, pp 421-425, artículo del profesor C. E. Anibal.)... Por lo que es de los *dos mil francos* que me reportó el libro, no fueron siquiera pobres céntimos, pues Blasco exigió que hiciera copiar mi manuscrito a máquina, lo cual me costó 600 francos, y me hizo comprar varias publicaciones extranjeras, etc. y cuando, a sus instancias, fuí a verle a Niza, los gastos de viaje y del Hotel —*Hotel de Luxemburg*, Promenade des Anglais— pasaron, en mucho, de los 1.000 francos. Fué esto en Julio de 1921.

Antes de la guerra, el novelista vivía en la América del Sur, entregado a una empresa colonizadora que tuvo mucho de novela de aventuras llevada a la realidad. Pero algunas veces abandonaba los desiertos de la Patagonia o del Gran Chaco para pasar rápidamente por París.

Estos viajes resultaban tan extraordinarios como la vida que llevaba en las pampas sudamericanas, roturando la selva virgen o fundando pueblos. Hasta una vez vino a París por sólo diez días; y después de estos diez días de vida intensa que le costaban muchos miles de francos, se volvía en el mismo vapor que lo había traído. Veinte días de Buenos Aires a Boulogne y otros veinte en sentido inverso: total cuarenta días de travesía oceánica para permanecer sólo diez en París.

Para Blasco Ibáñez el Atlántico era en esa época una especie de boulevard azul, y el trasatlántico algo así como un tranvía. En cuatro años hizo siete viajes redondos de ida y vuelta entre América y Europa; o sea, catorce travesías.

Hay que advertir que el novelista en su juventud hizo estudios para ingresar en la marina de guerra española, y que ama el mar con un amor de ribereño del Mediterráneo, que se refleja en muchos de sus libros.

El carácter de Blasco Ibáñez, hombre olvidadizo, incapaz de coleccionar nada que se refiera a su persona y a sus obras, y para el cual no parece existir el pasado, me incita a escribir el presente libro sobre su interesante individualidad y sobre sus novelas conocidas en casi todas las naciones de la tierra.

Ningún escritor se preocupa menos que él de su obra literaria y de su vida pasada. Cuando los críticos extranjeros o los grandes diarios de Europa o América le escriben pidiéndole datos biográficos y bibliográficos, o referencias sobre artículos anteriores hablando de sus obras, Blasco Ibáñez, que ordinariamente es de una actividad nerviosa, muy pronto siempre para la acción, se queda vacilante ante tales demandas.

—No sé —dice—. Habrá que buscar. Han escrito mucho sobre mí, pero ¿dónde encontrarlo?...

El novelista no guarda nada... Pero no: esto en realidad es inexacto. El novelista lo guarda todo. Como está arrepentido de sus descuidos anteriores, va dejando sobre su mesa de trabajo y sobre los estantes de su Biblioteca, todo lo que recibe: cartas, impresos, hasta prospectos, de

librería, considerando que alguna vez lo puede necesitar. Pero la ola de papel invade hasta los últimos rincones, amenaza con sumergirle, y entonces una mañana se levanta con un ardor acometedor y lo rompe todo, absolutamente todo, aterrado ante la enorme tarea de escoger en esta inmensidad. Y todo desaparece al mismo tiempo, lo importante y lo frívolo, lo útil y lo insignificante, cesando únicamente en su tarea destructiva cuando la habitación queda limpia de papeles.

Se le puede escribir sin miedo. No guarda ninguna carta. Se le puede exigir que pague por segunda o tercera vez la misma cuenta: jamás encontrará el recibo.

Conserva un agradecimiento inmenso por todos los que han escrito bien de él, y reconoce gran talento a todos los que le han tratado mal; pero no archiva los artículos de unos ni de otros.

—Los debo tener ahí —dice señalando sus mesas cubiertas de libros y papeles—. Recuerdo perfectamente el día que los guardé.

Su recuerdo es exacto. Pero olvida que después que los guardó, ha destruído un sinnúmero de veces todos los papeles que llenaban su habitación de trabajo.

La vida algo errante que ha llevado siempre y su afición a los libros, contribuyen a este desorden. Blasco Ibáñez respeta devotamente el volumen, aunque esté desencuadernado y roto, mientras atropella sin piedad en sus fiebres de limpieza, el papel suelto, manuscrito o impreso.

Ama los libros, pero es para leerlos. Necesita todos los días tres, o cuatro horas de lectura. Y lo lee todo, dedicándose a veces a los estudios más extravagantes y menos en armonía con sus gustos literarios.

—Un novelista no debe ignorar nada— contesta cuando alguien se ríe de tales lecturas.

Así es; pero a mi juicio las últimas novelas de Blasco Ibáñez se resienten de esto. Lee demasiado, sabe demasiadas cosas aprendidas por pura voluptuosidad intelectual, y sin darse cuenta las deja caer en sus libros, obstruyendo el relato novelesco que en sus obras anteriores es más ligero y alado.

Semejante a ciertos moluscos que al perder su caparazón se fabrican inmediatamente otro nuevo con las secreciones de su propio cuerpo, este lector infatigable, que es al mismo tiempo un inquieto viajero

allá donde se establece, aunque sólo sea por unos meses, se rodea enseguida de una Biblioteca.

Llegó a París desde la Argentina sin un libro. Al poco tiempo los tenía a miles. Ahora a pesar de que vive solo y viaja mucho, necesita conservar un departamento en París, sólo para sus libros.

Recientemente se ha instalado en una villa de Niza para pasar los inviernos, y ya tiene allí su Biblioteca, de varios miles de volúmenes, que es lo primero que crea al establecerse en un lugar nuevo.

Tiene otra Biblioteca considerable y olvidada en Madrid, otra en Valencia, otra en su villa de la Malvarrosa a orillas del Mediterráneo, y hasta tuvo otra más en Buenos Aires, que se perdió.

Este hombre posee actualmente cinco casas con cinco Bibliotecas, y todavía dice:

—Tendré que construir una sexta vivienda a mi gusto, donde quepan todos mis libros. Si los junto, tal vez serán cincuenta mil.

Pero mientras llega la hora de reunir por primera vez los regimientos y divisiones de este ejército de volúmenes, el novelista vive en la mayor confusión por culpa de la variedad de sus domicilios. A veces busca un libro en su Biblioteca de París y resulta que está en los estantes de Madrid. Otras veces ha creído tener su frac en Niza y lo dejó en Buenos Aires. Por esto tiene ahora repetidas las obras más necesarias en sus diversas Bibliotecas, y posee un guarda-ropa, más o menos completo, en cada uno de sus domicilios.

¡Júzguese qué orden puede guardar en sus papeles un hombre que vive de tal modo!...

Por esto escribir un librito sobre *Blasco Ibáñez, sus novelas y la novela de su vida* no resulta empresa fácil. Con más prontitud se pueden encontrar los documentos sobre un suceso ocurrido hace siglos, que los artículos y estudios que en España, en Francia, en otras naciones de Europa y en América, han aparecido sobre el novelista.

No solamente Blasco Ibáñez deja de guardar lo que se refiere a su persona y sus obras, sino que además se ve en la imposibilidad de dar detalles exactos sobre la fecha y los lugares donde aparecieron dichos estudios.

Dotado de una maravillosa retentiva para recordar los paisajes, las personas, o las palabras, no necesita tomar notas cuando observa la vida preparando sus novelas. Pero esta confianza en su memoria, le trai-

ciona cuando se trata de hechos de la existencia ordinaria. Cree poder acordarse de fechas, de títulos de publicaciones, de nombres de autores, sin tomar nota alguna, y luego lo olvida o lo confunde todo.

He tenido que buscar por mi propia cuenta en España, en Francia, en Italia, en Rusia, en Inglaterra, en los Estados Unidos, allí donde la obra novelesca de Blasco Ibáñez ha sido comentada y celebrada; pero tengo la certidumbre de que sólo he conseguido descubrir una pequeña parte de tales comentarios.

Yo abrigo la sospecha de que Blasco Ibáñez ignora la mayor parte de lo que han dicho acerca de sus libros.

Siempre vive con una idea fija que le mantiene al margen de la realidad ordinaria.

En otros tiempos su ideal era hacer de España una república, acabar con los reyes, y escribió libros como *Flor de Mayo, La barraca, Cañas y barro* y otros, al mismo tiempo que trabajaba en los diarios radicales y era diputado, y pronunciaba discursos subversivos públicamente, mientras en secreto preparaba movimientos revolucionarios. Sus novelas las escribió como pasatiempos literarios entre un encierro en la cárcel y un motín en las calles.

En esa época el ilustre traductor H. Herélle que había leído *La barraca*, recién publicada, escribió a Blasco Ibáñez pidiéndole autorización para verterla al francés. El novelista no contestó. Siempre quería hacerlo, pero en el momento preciso llegaba un partidario o tenía que escribir un artículo de periódico, o pronunciar un discurso en un «meeting».

M. Herélle le escribió no sé cuántas cartas y al fin pudo conseguir una breve respuesta: «Conformes. Traduzca usted mi novela». Y así se publicó *Terres maudites*, y fué conocido en Francia y empezó a ser leído en toda Europa Blasco Ibáñez. Mientras tanto el novelista español continuaba entregado a sus entusiasmos revolucionarios, sin prestar gran atención a la naciente gloria literaria.

Ahora, retirado de las luchas políticas y de sus aventuras colonizadoras en lejanos países, se preocupa por primera vez en su existencia de los asuntos literarios, concediéndeles una atención continua. Los traductores y editores que tiene en diversos países pueden escribirle sin miedo a que deje las cartas por contestar durante meses y meses. Sus admiradores, de varios idiomas, que le envían postales y álbumes

para que los firme, ya no se quedan sin ellos, por olvido del novelista como les ocurría antes. Pero en esta situación tiene también su idea fija que le hace olvidar el presente y sobre todo el pasado. El pasado no existe para Blasco Ibáñez. Quiere ignorarlo. Recuerda el pasado de los demás, pero el pasado propio no tiene lugar en su memoria.

Él sólo vive en el porvenir. Piensa siempre en lo que hará, jamás en lo que hizo. Como todos los grandes productores, jamás se deleita contemplando la obra realizada; toda su atención la concentra en lo que producirá al día siguiente.

Cuando le preguntan cuál de sus novelas prefiere, contesta con verdadera convicción:

—La que voy a escribir.

Es de los que caminan con la vista puesta en el horizonte, sin volver la cabeza atrás.

Sus libros una vez lanzados al público no le inspiran interés y los olvida.

—El escritor—dice—no debe estar como uno de esos Budhas que tienen la vista fija en el ombligo, contemplándose. Lo hecho ya está hecho. Hay que ir siempre en busca de algo nuevo.

Este afán incesante de producción y de olvido para el pasado le hace incurrir en errores de un carácter cómico.

Creo que se le podría relatar el argumento de cualquiera de sus novelas, escritas hace ya algunos años, dándosela como obra de otro, y él escucharía sin adivinar su origen.

En Buenos Aires asistió a la representación de una comedia lírica, sacada de su novela *Cañas y barro* (en francés *La tragedie sur le lac*). Uno de los personajes secundarios le interesó mucho, creyéndolo invención de los autores de la comedia.

—¡Y no habérseme ocurrido a mí!—decía lamentándose.—¡Tan bien que hubiera resultado en mi libro!...

Sus amigos le escuchaban extrañados y acabaron por decirle que este personaje pertenecía a la novela, lo mismo que los otros.

—¡Si lo sabré yo que he escrito el libro!—contestó Blascó Ibáñez algo ofendido—. Apuesto lo que quieran a que ese personaje no es de mi obra.

Buscaron un ejemplar de la novela y el novelista perdió la apuesta,

El personaje que se empeñaba en no reconocer como suyo, era un hijo olvidado de su imaginación.

Otra vez en Méjico, leyendo un libro sobre los templos mejicanos y las antiguas órdenes religiosas, se interesó por un capítulo sobre San Francisco de Asís.

—Eso es—decía entusiasmado —. Si yo escribiese alguna vez sobre el poeta místico de Asís diría lo mismo. Es asombroso cómo este autor escribe cosas que yo he pensado muchas veces. Todo esto me suena a música conocida y olvidada... Tal vez lo he leído en otra parte.

Continuó su lectura y al volver la última hoja, se encontró con esta indicación del libro a que pertenecía el citado capítulo: (V. Blasco Ibáñez, *En el país del arte*).

Si alguien ríe de tales equivocaciones, él se muestra satisfecho de ellas.

—Un novelista debe saber olvidar—dice—. El olvido es una cualidad necesaria para todo el que empieza una obra así que termina otra.

Si no se puede olvidar, todas las obras resultan iguales.

Como vive siempre con el pensamiento puesto en lo futuro, ignora el paso de los años y habla de los trabajos que piensa hacer lo mismo que si fuese inmortal.

Muestra la arrogante tranquilidad de un vencedor del Tiempo y de la Muerte.

Hablando de sus obras futuras, cualquiera diría que sólo tiene veinaños de edad y que cuenta con sesenta más para realizar todos sus ensueños.

Su capacidad y su energía para el trabajo, le proporcionan una inalterable juventud de espíritu.

Siempre tiene cinco o seis novelas completas dentro de su cabeza, y está dispuesto a escribirlas.

A veces son diez, quince, veinte. Necesitaría varias vidas humanas para terminarlas. Pero él no piensa en esto. Parece seguro de que no morirá mientras no haya realizado todos sus proyectos.

Uno de sus amigos íntimos me dijo hablando de el:

—Su juventud resulta asombrosa. Nunca descansa. Jamás piensa que existe la muerte, o si lo piensa cree que ésta sólo puede presentarse cuando él le dé permiso. A los ochenta años proyectará obras que

exigen mucho tiempo, con la certeza de poder realizarlas. Se hallará en la agonía y tal vez diga a los que le rodeen en esta hora suprema: «Se me ha ocurrido una novela. Mañana me pongo a trabajar...»

Un novelista español, Eduardo Zamacois (primo del poeta francés Michel Zamacois), publicó hace diez años la más exacta descripción que a mi juicio se ha hecho sobre la personalidad física y moral de Blasco Ibáñez.

Es un libro, titulado *Mis contemporáneos. Vicente Blasco Ibáñez*, en el que relata la vida algo novelesca de nuestro autor (en todo lo que Zamacois pudo conocerla) y además examina las novelas que llevaba publicadas hasta entonces.

El retrato que hace de Blasco Ibáñez en 1910, ha cambiado muy poco. El hombre es el mismo. Sólo ha desaparecido de su rostro la barba que menciona Zamacois, y el cigarro que antes parecía clavado eternamente entre los labios del novelista.

He aquí cómo describe su entrada en el pequeño hotel que Blasco Ibáñez posee en Madrid, junto al paseo de la Castellana.

»Es mediodía.

»Encuentro a Blasco Ibáñez escribiendo ante una amplia mesa cubierta de papeles; las carnosas mejillas un tanto congestionadas por la fiebre del esfuerzo mental, la enérgica cabeza nimbada por el humo de un cigarro habano. Al verme el maestro se levanta, y la expresión belicosa de sus manos cerradas y la prontitud elástica con que su recio cuerpo se echa atrás y se yergue sobre las piernas rígidas, dan una sensación rotunda de voluntad y de vigor físico.

»Acaba de cumplir cuarenta y tres años. Es alto, ancho, macizo; su rostro moreno y barbado parece el de un árabe. Sobre la alta frente, llena de inquietudes y de ambición, los cabellos que debieron de ser rizados y abundantes, resisten todavía a la calvicie; entre las cejas la reflexión marcó hondamente su arruga imperiosa y vertical; grandes son los ojos y de mirar rectilíneo y franco; la nariz, aguileña, sombrea un bigote que cubre frondoso el misterio de una boca epicurea y risueña, en cuyos gruesos labios de sultán, tiembla la mueca de una sed insaciable.

»Un momento, el autor maravilloso de *Cañas y barro*, permanece en pie delante de mí; me observa y yo siento en mis pupilas la expresión de las suyas, registradoras y curiosas. Calza zapatillas de paño gris y viste una tosca pelliza de pana, abrollada sobre el cuello hercúleo, corto y rollizo, desbordante de sabias vitales. El apretón de manos con que me recibe es amable y simpático, pero rudo, como el que cambian los atletas en los circos antes de luchar. Su voz es fuerte —voz de marino —; su hablar copioso, brusco y generosamente aderezado de interjecciones.

»Parece un artista..., también parece un conquistador; uno de aquellos aventureros de leyenda, que necesitando servirse simultáneamente de la lanza y del escudo, sabían gobernar un caballo con sólo las rodillas, y que, aun siendo muy pocos, «bastaron para aclarar con su sangre —como él dice— el cobre americano». Nacido en la presente época, la blandura de nuestras costumbres desarmó sus manos, que tienden, atávicas, a cerrarse para herir o para retener lo conquistado.

«Nacido a fines del siglo XV hubiera vestido la coraza y seguido la estrella roja de Pizarro o de Cortés».

II

Su juventud.—Los ascendientes.—El cura-guerrillero.—Entusiasmo por la vida en el mar.—El horror a las matemáticas.—Un estudiante revoltoso.—La bohemia en Madrid.—Fernández y González.—El primer discurso.—Fervor revolucionario.—Los primeros versos y el primer proceso.—Seis meses de prisión por un soneto.

Vicente Blasco Ibáñez nació en Valencia el 29 de enero de 1867.

Su nombre de bautismo es Vicente, nombre que abunda mucho en Valencia por haber nacido en dicha ciudad el famoso San Vicente Ferrer, gran predicador y político de la Edad Media, que tanto intervino en la formación de la España actual, así como en las postrimerías del gran cisma de Occidente, y que murió en Bretaña, durante sus predicaciones por Francia.

Blasco es el apellido de su padre e Ibáñez el de su madre. Los españoles, para evitar confusiones, acostumbran a usar juntos sus dos apellidos, el paterno y el materno. Nuestro novelista empezó firmando sus

ensayos literarios de muchacho, simplemente V. Blasco. Pero en aquel tiempo vivía en España un autor dramático y escritor satírico de nombre Eusebio Blasco, que fué durante algunos años redactor de *Le Fígaro,* en París, y el joven Blasco se añadió el Ibáñez para que sus obras de principiante no fuesen atribuídas al homónimo ilustre.

El público español empezó a conocerle con este doble nombre y así ha quedado consagrado por la fama. Esto no es una novedad. Casi todos los novelistas modernos españoles han llevado un apellido doble: Pérez Galdós, Palacio Valdés, Pardo Bazán, Octavio Picón, etc. Raros son los que firman con un apellido solamente.

He creído necesario dar esta explicación porque en Francia muchos lectores creen que su apellido es Ibáñez y su nombre de bautismo Blasco. Algunos, para demostrar que conocen el español, le llaman en sus cartas don Blasco, sabiendo que el don únicamente puede anteponerse al nombre de bautismo.

En los países de lengua inglesa es más general este error. En los Estados Unidos, donde el novelista tiene un número enorme de admiradores, todos le llaman Mister Ibáñez. Y lo gracioso del caso es que cuando hablan del novelista Ibáñez a un español, éste se queda perplejo, como ante un nombre desconocido, hasta que al fin exclama, adivinando el enigma:

—¡Ah! ¡Es Blasco Ibáñez de quien usted me habla!...

En las últimas traducciones inglesas de sus novelas, así como en las traducciones italianas, los dos apellidos del novelista aparecen ahora unidos con un guión en esta forma: V. Blasco-Ibáñez. Así su nombre resulta más claro. De América ha recibido miles de cartas preguntándole cómo debe escribirse su nombre. Se han publicado varios artículos sobre este asunto y hasta se han cruzado apuestas. Algunos han querido saber si San Blasco fué un santo español y en qué consistieron los milagros de su vida.

Los padres del novelista eran de Aragón; el padre de cerca de Teruel y la madre de Calatayud, la antigua Bílbilis, patria del desenfadado Marcial, el poeta latino.

Muchos volencianos ilustres son, como Blasco Ibáñez, descendientes de aragoneses. El padre del pintor Sorolla fué también un aragonés establecido en Valencia. Los hijos de Aragón se dedican al comercio y bajan de sus montañas a las costas del Mediterráneo para buscar fortu-

na. Es más en pequeño una emigración semejante a la de los europeos que se dirigen a América.

Estos aragoneses son una raza brava, dura para sufrir las contrariedades y tenaces para vencerlas. Sus generaciones, desde hace siglos, abandonan la pobre aridez de sus montañas para marchar a la conquista de las ciudades mediterráneas. Especialmente se dirigen a Valencia, donde la vida es fácil por la riqueza de las tierras irrigadas de su famosa huerta y por sus inmensas llanuras de naranjos, que hacen de esta región la California española.

Muchos críticos que explican el carácter de los escritores por sus orígenes étnicos, se equivocan fundamentalmente al ocuparse de Blasco Ibáñez. Como ha nacido en Valencia, hablan de su mentalidad de levantino, de sus condiciones de meridional, de la concepción de la vida que se forman los mediterráneos, blanda y voluptuosa... Y Blasco Ibáñez sólo es levantino por el nacimiento. Indudablemente el medio en que se ha desarrollado, ha hecho de él un meridional soñador, pero desconoce la pereza y la flojedad de carácter de los hijos de los países cálidos. Por encima de su nacimiento, está su origen, y en realidad es un aragonés con todas las bravas condiciones de su raza original.

Los aragoneses son los antiguos celtíberos, tenaces de carácter hasta la tozudez y con una voluntad indomable. En España dicen que tienen la cabeza tan dura que clavan los clavos con ella, a guisa de martillo. Con esta imagen quieren expresar una voluntad tenaz que no descansa ni se acobarda nunca, que no se rinde a razones, que consigue lo que desea o muere. Yo creo a Blasco Ibáñez capaz de clavar también los clavos con la cabeza. Todo el que le trata de cerca lo primero que reconoce es su admirable voluntad; una voluntad sin límites, tranquila y segura de su poder, que no necesita manifestarse con ruidosos alardes, que funciona automáticamente sin que su poseedor tenga que hacer ningún esfuerzo para ponerla en movimiento, y sólo es capaz de descansar después de vencer el obstáculo.

Cuando a Blasco Ibáñez le piden algo extraordinario para él, dice francamente: «No sé hacerlo», y añade con sencillez: «Pero que me den tiempo y lo aprenderé seguramente». No duda ni un instante de que conseguirá lo que se proponga. Está seguro del arma de su voluntad. Lo que falta saber es si alguna vez, a este hombre complejo y fuerte, se

le ha ocurrido desear cosas que estuviesen más allá del amplio radio de su voluntad.

Zamacois ha visto también esta influencia de los progenitores celtíberos. «A ellos —dice —deben referirse las excelentes aptitudes físicas de luchador y las bizarrías increíbles de voluntad que distinguen al gran novelista. No de otro modo pueden explicarse las desusadas complejidades de su carácter, carácter extraño y movedizo, que a veces parece el de un artista puro, desligado de toda finalidad práctica; y a ratos vuelve a la realidad y sabe esclavizar la fortuna y mostrarse como un domador extraordinario de hombres».

Entre los ascendientes más notables de Blasco Ibáñez figura un clérigo aragonés —del que han hablado mucho sus biógrafos— llamado *Mosén* Francisco, hermano de su abuela paterna. Este sacerdote de fuerzas hercúleas y carácter violento, hizo la guerra en 1833 por el restablecimiento de la monarquía absoluta, y mandó un batallón a las órdenes de su amigo el terrible general Cabrera, antiguo seminarista, que fué jefe carlista. La familia paterna del futuro agitador republicano se distinguió como furibunda carlista durante la primera guerra civil. Este cura, gran cazador, que aprovechó sus conocimientos del terreno para hacer la guerra durante siete años en Aragón contra los gobiernos liberales (como los vendeanos la hicieron a la República francesa), es un personaje que dejó una emoción profunda en la memoria impresionable del futuro escritor. Blasco lo conoció de niño, cuando *Mosén* Francisco estaba ya en una avanzada pero vigorosa ancianidad, y no ha olvidado el porte belicoso de aquel gigante, unas veces sacerdote y otras guerrero, cobrizo como un marroquí, con unas manos semejantes a las zarpas de los osos y que marchaba bajo su sotana con un ritmo marcial.

Este tío-abuelo disfrazado de modos diversos, asoma como un recuerdo tenaz en el transcurso de las novelas de Blasco Ibáñez. «Su lejana influencia —dice el autor citado— se nota en la figura del «padre Miguel, con gorra de pelo y carabina» que en *Cañas y barro* arregla a culatazos las cuestiones de sus feligreses; en el temible «Don Sebastián» de *La catedral*, ambicioso y soberbio que vive desenfadadamente con una hija suya en su palacio arzobispal de Toledo; y un poco quizá en «don Facundo», el cura bonachón y caballista de *El intruso*, y también en el «Priamo Febrer» comendador de Malta, mitad guerrero y

mitad sacerdote, que pasa con el ruido bélico de sus espuelas, por las páginas de *Los muertos mandan*.

«Sin duda el escritor que tanto ha batallado como paladín ardoroso de la libertad y de la república, recuerda con simpatía a *Mosén* Francisco, el fanático defensor del absolutismo. ¿Cómo?... Acaso porque la intransigencia de aquel Hércules con sotana que tantas veces sacrificó su tranquilidad y expuso su vida por un ideal, guarda una belleza, merced a la cual, el novelista, con la indulgencia divina del arte, comprende al guerrillero y le estrecha las manos.»

Los padres de Blasco Ibáñez no fueron ni ricos ni pobres. Pertenecieron a esa pequeña burguesía sin aspiraciones, y amiga de la tranquilidad, que apenas obtiene una modesta renta para vivir, se retira de los negocios. El novelista fué durante toda su infancia hijo único. Solamente en la pubertad, cuando ya empezaba a mostrar sus aficiones literarias, tuvo una hermana.

La niñez de Blasco fué un reflejo de su carácter. Unas veces se mostraba tumultuosa, con más afición a los juegos de agilidad y de valor que a los libros. De repente huía del bullicio, entregándose durante meses y meses a la lectura y a esa tristeza sin objeto del niño melancólico. Después, cuando estudió en el Liceo y en la Universidad fué un muchacho indócil e inteligente, refractario a cuanto implicase método o disciplina y con gran facilidad para aprender... en el último instante.

Había en su temperamento un exceso de rigor, un revestimiento descarriado de actividad que le obligaba a vivir en rebeldía perpetua.

Quiso ser marino. Aun hoy muestra una afición irreflexiva por los hombres de mar, por los buques, por la vida sobre los océanos. Su madre se opuso a que siguiese esta carrera de peligros. No pudiendo ingresar en la Escuela Naval, estudió, sin que lo supieran en su casa, la carrera de piloto mercante, lo único que podía estudiar en Valencia. En la novela *Mare nostrum* la infancia del capitán Oliver Ferragut tiene mucho de la del autor. Además, Blasco Ibáñez tropezó con un obstáculo invencible para ser oficial de la flota. Él es capaz de aprenderlo todo si le dejan tiempo.... todo, menos las matemáticas. Lo que le hizo desistir fué la tabla de logaritmos, la trigonometría, cosas misteriosas que aun hoy le harían huir si se las pusieran ante los ojos.

El álgebra le cerró la carrera del mar y su familia quiso que escogiese otra carrera. ¿Cuál podía ser?... En España dicen así: «Todo espa-

ñol es abogado mientras no pruebe lo contrario». La abogacía allá, como en otros países, conduce a todo y a nada. El jefe del gobierno es siempre un abogado y muchos pordioseros son abogados también. Todo el que desea cursar una carrera para no ejercerla, estudia para abogado. El título universitario representa un honor para las familias, deseosas de que su vástago suba en rango social. Y Blasco Ibáñez, para contentar a sus padres, se hizo abogado, olvidando a continuación su título.

Él afirma con orgullo que fué un mal estudiante. Sólo entraba en la Universidad los días de motín escolar para incitar a sus compañeros a la insurrección. Los bedeles le llamaban «el pájaro anunciador de la tempestad». En los días tranquilos huía de las aulas para remar en el puerto o se tendía a soñar en los cañaverales de la huerta. Los libros de texto los vendía para comprar novelas. Los profesores sólo le veían al final del curso, cuando el vagabundo se dedicaba a estudiar febrilmente; y tal era la fuerza de su voluntad y las habilidades nemotécnicas de que se valía para recordar lo más indispensable de cada materia, que al fin conseguía verse aprobado y pasar al curso siguiente. De este modo llegó al término de su carrera, como un mal estudiante, que todo lo aprendía provisionalmente; pero que no perdió un solo curso.

A los dieciséis años, cuando estudiaba el segundo curso de Derecho, huyó de su casa para trasladarse a Madrid y hacerse conocer como escritor. Su viaje fué en un vagón de tercera, llevando por todo equipaje una capa y un paquete de papeles escritos con lápiz; el original de una novela histórica, para la que buscaba editor.

¡Los meses de miseria que pasó en Madrid!... Él cuenta muchas veces los gestos de asombro y escándalo de los editores a la antigua, cuando le veían entrar con su paquete en la mano.

¡Qué tiempos! —exclamaba uno de estos editores, con gorro de terciopelo y mangas de lustrina— ¡qué juventud atrevida! Hasta los mocosos escriben novelas.

Vivía miserablemente en un cuartucho de un caserón ruinoso del siglo XVII en la calle de Segovia, junto al puente llamado «el Viaducto». Una pobre mujer le tenía en pensión, junto con otros bohemios tan necesitados como él, por unos precios de inaudita baratura, que eran pagados muy irregularmente. Blasco Ibáñez recuerda a veces a esta pobre pupilera que realizaba las más asombrosa suertes de prestidigitación

para convertir dos huevos fritos en cuatro y un solo beefsteak en media docena. También recuerda una Noche Buena de frío y nieve en la que se divertió mucho con otros camaradas, pero sin bajarse nunca el embozo de la capa. No era por el frío; era que debajo de la capa iba en mangas de camisa. Había empeñado la americana para tener un poco de dinero en esta noche de fiesta.

En este período sirvió de escribiente al célebre novelista popular, don Manuel Fernández y González.

Todos los que conocen la literatura española del pasado siglo, saben que Fernández y González fué el Alejandro Dumas de España. Productor infatigable y dotado de una imaginación portentosa, produjo muchas novelas, muchísimas, demasiadas; llegando, como Dumas, a escribir tres o cuatro al mismo tiempo, pero sin necesitar colaboradores, como el novelista francés. Ganó mucho dinero, tuvo caballos y carruajes, se instaló en casas lujosas, pero pasado su período de gran popularidad, se vió en la pobreza, como el autor de *Los tres mosqueteros*.

La mayor parte de las novelas de Fernández y González han caído en un olvido absoluto, pero siempre quedarán *Martín Gil* y *El cocinero de Su Majestad* como una prueba del talento de su autor y de lo que podría haber hecho trabajando con más reposo.

Blasco le conoció en los últimos años de su existencia, viejo, cansado y casi ciego. Este gran productor estaba exhausto y dictaba trabajosamente. El viejo novelista se juntaba con su amanuense al cerrar la noche en el Café de Zaragoza, situado en la Plaza de Antón Martín; un café popular, frecuentado en aquel entonces por toreros, chulas de mantón y obreros que hablaban de política. Cenaban juntos y el beefsteak con abundantes patatas servido en el Café, era la única comida importante del joven bohemio, y la única retribución que podía darle el novelista en decadencia.

Luego se trasladaban a la modesta casa de don Manuel, situada en los llamados barrios bajos, no sin que el viejo escritor se detuviese en varios establecimientos del camino para tomar una copa de aguardiente. Allí trabajaban hasta el amanecer, dictando Fernández y González y escribiendo incansablemente su amanuense. A veces el maestro se quedaba dormido en su sillón y entonces Blasco, empujado por el interés de la fábula y por una fuerza que iba encendiendo en su inte-

rior, seguía escribiendo. Cuando el novelista despertaba, leía lo escrito, y a pesar de su orgullo algo pueril, semejante al de Dumas, decía:

—No está mal... La verdad es, muchacho, que tienes un poquito de talento para estas cosas.

Así compusieron los dos varios libros, pues Fernández y González estaba obligado a una producción continua. La mejor obra en la que colaboró el futuro autor de *Sangre y arena* fué una novela de manolas y toreros, *El mocito de la Fuentecilla*, cuadro de costumbres de principios del siglo XIX, pintoresco y caliente como un lienzo de Goya.

Una aventura heroico-cómica dió final a este primer período de vida aventurera.

Este muchacho envuelto en su capa, que cuando no trabajaba con el viejo novelista, «vagaba por las calles como un noctámbulo, hablando con las pobres mujeres que exhiben su belleza en las aceras, las cuales, atraídas por su juventud y sus cabellos ensortijados le buscaban con el más generoso desinterés», empezó a mezclarse en la vida del partido republicano.

Cierta noche debutó como orador, hablando tribuniciamente en un *meeting* de barrio, ante un público entusiasta de carpinteros, zapateros y albañiles. Centenares de manos callosas le aplaudieron con vehemencia. Fueron los primeros aplausos que recibió, y siempre los recuerda. Al terminar el acto volvió a su pobre tugurio rodeado de unos cuantos obreros y jóvenes que empezaban a admirar como un futuro jefe, al que llamaban *el estudiantito*.

Al llegar a su casa, le salieron al paso dos policías.

—Queda usted detenido.

Sus acompañantes iban a protestar y a defenderle, pero Blasco los contuvo. En realidad se sentía entusiasmado por este debut. ¡Ir a la cárcel por su primer discurso!... Al día siguiente toda la prensa hablaría de él. ¡Qué triunfo a los dieciséis años!

Y con una altivez de héroe se dejó conducir por los dos policías. No le llevaron al comisariato del barrio. Un personaje político como él, sólo podía ser conducido a la Dirección General de Policía. Y efectivamente, allá lo llevaron; y lo introdujeron en el despacho del director. Este alto funcionario se tomaba el interés de interrogarle...

Pero al entrar, vió al lado del personaje, a una señora que pugnaba por mantenerse rígida y con aire iracundo, pero que acabó por correr

hacia él con los brazos abiertos... ¡Su madre! La pobre señora, cansada de esperar durante varios meses la vuelta del hijo pródigo, había acabado por ir a Madrid, consiguiendo que se encargase la policía de encontrar al vagabundo.

Volvió a Valencia para continuar sus estudios en la Universidad en la forma que ya hemos mencionado. La política republicana de protesta y de conspiración contra el gobierno, le ocupó mientras era un simple estudiante. El jovenzuelo andaba entre hombres de acción, hablaba de barricadas y sublevaciones militares con los viejos republicanos, servía de emisario, incapaz de inspirar sospechas, para llevar y traer documentos revolucionarios o esconder depósitos de armas. Algunas veces le ocurrió tener por la noche como compañero de conciliábulo revolucionario a alguno de los graves profesores que veía por la mañana en la Universidad.

Al mismo tiempo escribía, pero siempre con una finalidad política. El futuro novelista vivía como un Don Quijote, y su Dulcinea era la República. Así como al hidalgo manchego le habían sorbido el seso los libros de caballerías, a este joven le habían vuelto algo loco las historias de la Revolución francesa y quería vivirlas en la realidad, como Don Quijote las aventuras de las novelas heroicas.

—Me acostaba con *Los Girondinos* de Lamartine —dice sonriendo Blasco al recordar aquel período. — Luego almorzaba Luis Blanc y comía un tomo entero de Michelet. El programa de mi vida estaba hecho: ser Danton y luego morir.

Para mayor originalidad este revolucionario juvenil escribía sus cosas más tremendas... en verso.

Blasco Ibáñez ha sido poeta, antes de los veinte años. Escribió muchos versos de amor, que no ha publicado nunca. Como diré más adelante, este español es un verdadero hidalgo, de caballerescos escrúpulos cuando se trata de mujeres, y muy discreto en lo tocante a su vida pasional. Jamás ha hecho literatura, como otros, con sus propios amores. Tiene cierto pudor instintivo que le impide entregar al público la personalidad, más o menos velada, de las mujeres que se fijaron en él. Considera que es una acción indigna de un caballero introducir en las novelas los seres que han embellecido la existencia del novelista. Si en alguna de sus obras se transparenta algo de su vida pasional, es siempre contra su voluntad.

Sus versos de amor ni siquiera los conservó. Sólo los conocen las mujeres que los recibieron; si es que aun los recuerdan.

Pero al mismo tiempo escribió versos políticos, versos revolucionarios; pocos, pero buenos.

Antes de los diez y ocho, fué procesado por un soneto publicado en los diarios republicanos, y tuvo que comparecer ante la Audiencia Criminal.

Esta obra poética incitaba al pueblo a sublevarse contra la monarquía, recomendándole además con la mayor sencillez que cortase la cabeza a todos los reyes de Europa, empezando por el de España... ¡Y todo en catorce versos! Imposible mayor concisión.

Los magistrados no pudieron contener su asombro al ver al terrible poeta sentado en el banco de los acusados; un estudiante al que empezaba a apuntar el bigote.

Un Jurado lo hubiera absuelto recomendándole que aprovechase su juventud y dirigiese sus versos a una costurera bonita. Pero entonces todavía no existía el Jurado en España; los magistrados sólo podían juzgar estrictamente con arreglo a la ley, y para no molestar al fiscal que había pedido contra Blasco las más terribles penas, lo sentenciaron a seis meses de cárcel.

Pero a continuación, le aplicaron un *sursis* a causa de sus pocos años, pues aun no tenía la edad necesaria para delinquir intencionadamente en asuntos políticos.

Esta fué la primera condena de Blasco Ibáñez.

—Mi carrera poética —dice el novelista— fué corta pero brillante. Nadie llegó jamás con tanta rapidez a la gloria. ¡Seis meses de cárcel por un soneto! ¡Trece días de encierro por cada verso!... Desde Homero hasta la fecha, jamás poeta alguno ha inspirado tanto miedo como yo.

III

El revolucionario.—Su emigración en París.—«El grande hombre número 52».—Su vida alegre y batalladora en el Barrio Latino.—El diario «El Pueblo».—Su enorme trabajo como periodista.—Persecuciones y encierros en la cárcel.—Su fuga a Italia.—Es condenado a presidio por un Consejo de guerra.—Del presidio a la Cámara de Diputados.—Su triple tarea de diputado, de conspirador y de novelista.—Sus desilusiones políticas.—Su romanticismo republicano.

Desde los diez y nueve años, época en que salió de la Universidad, dedicó su existencia por completo al partido republicano.

Hay que decir cómo era entre 1880 y 1890 la política radical española. Actualmente, existe allá un fuerte partido socialista, y mucho más numeroso y temible es aún el llamado sindicalismo, dirigido por los anarquistas. En la época mencionada existían estas dos tendencias, pero en estado embrionario, sostenidas por escasas agrupaciones. La gran masa popular estaba todavía en el partido republicano, aunque éste se hallaba dividido en diversos grupos que se combatían para unificarse momentáneamente, y volver a hostilizarse al poco tiempo.

Ser republicano significaba entonces, de un modo confuso, ser al mismo tiempo anticlerical y partidario de toda clase de reformas sociales. Después la gran masa republicana se ha dividido para siempre, pasando en gran parte al socialismo y al anarquismo.

Blasco Ibáñez fué partidario de una república federal, a imitación de los Estados Unidos de América. Su maestro y jefe era Pí y Margall, el íntegro patriarca del republicanismo español.

En aquel tiempo había en el ejército muchos oficiales partidarios del régimen republicano, que se acordaban de la breve República española de 1873. Estos militares formaban una asociación revolucionaria unida a otras agrupaciones civiles, y Blasco, que pertenecía a una de éstas, se mezcló en varias intentonas de sublevación que fracasaron en el último momento, por la vigilancia de las autoridades monárquicas.

En 1889, después de un intento de revolución en Valencia, Blasco Ibáñez tuvo que huir a París, donde permaneció año y medio. Las an-

teriores sublevaciones militares habían arrojado sobre París una emigración de oficiales y de periodistas republicanos. Ruiz Zorrilla, el jefe de los republicanos de acción, vivía desterrado en una avenida inmediata al Arco de Triunfo.

Se instaló Blasco en el barrio latino, viendo sólo de tarde en tarde a sus compañeros de emigración. Vivía en la plaza del Pantheon, en un Hotel que todavía existe, titulado *Hotel de los grandes hombres*, por la inscripción en honor de «los grandes hombres» que figura en el friso del monumento. Casi todos los huéspedes eran estudiantes y extranjeros y se llamaban por los números de sus cuartos.

—Yo fuí el grande hombre número 52 —dice el novelista.

Durante su vida en París le preocupó la literatura más que la política.

En años anteriores, mientras se mezclaba en las conversaciones republicanas, había escrito tres novelas y muchos cuentos. ¡Bizarra anomalía de su carácter!... Este revolucionario que ansiaba la desaparición de las instituciones antiguas, sólo sabía escribir inspirándose en el pasado. Sus novelas eran siempre históricas; sus cuentos eran leyendas, muchas veces fantásticas, que tenían por escenario la Edad Media. Todos los trabajos de los diez y ocho años aparecieron en publicaciones ilustradas de Madrid y Barcelona y hasta encontraron un editor que los publicó en volúmenes.

Blasco Ibáñez ha negado siempre el permiso para la reproducción de estas ediciones hace tiempo agotadas. Poco antes de huir a París, teniendo veintidós años, escribió sus dos primeras novelas de ambiente moderno: *El Adios de Schubert* y *La señorita Norma*. Fueron dos novelas cortas en las que se fijó un poco la atención del público e hicieron que algunos críticos hablasen por primera vez del novelista Blasco Ibáñez. Pero éste las ha condenado al olvido con todo el fárrago de las otras novelas históricas, prohibiendo igualmente su reproducción.

Durante la permanencia en el barrio latino escribió poco. Leía mucho y *se dejaba vivir*. Tenía veintitrés años, se hallaba en la plenitud de una juventud exhuberante y vigorosa, y se sentía deslumbrado por la vida alegre y desenfadada de los estudiantes en la orilla izquierda. Su familia le enviaba 300 francos todos los meses: lo que significaba en aquellos tiempos mucho más que ahora. Además todavía se ganaba unos cien más enviando correspondencias de París a diarios españoles.

Todo este dinero le hacía pasar casi como un potentado entre la juventud del barrio.

Pero nunca vivía solo, y él y sus amigos despilfarraban en los primeros días del mes todo el dinero recibido.

Además sufría en aquellos tiempos la manía del valor y de las querellas. Consideraba que como español tenía la obligación de ser un Don Quijote, pero un Don Quijote ruidoso y alegre y de costumbres poco virtuosas.

Al frente de una banda regocijada de habitantes del barrio, españoles e hispano americanos, tuvo muchas veces que ver con la policía. Del baile de Bullier se vió sacado más de una vez por lor guardias republicanos encargados de guardar el orden.

Cuando el novelista pasa ahora por la plaza del Pantheon sonríe con cierto rubor mirando el comisariato de policía enfrente de la Escuela de Derecho.

—¡Las veces que nos han traído aquí, de noche! —dice.

Un viejo empleado de la comisaría, que era sin duda un republicano del tiempo del Imperio y conocía los antecedentes del joven español, le echaba siempre un sermón cuando le veía entrar mezclado con amigos y enemigos y numerosas muchachas del barrio, después de una pelea en la calle.

—¡Un hombre que está desterrado de su país por la noble causa de la libertad! ¿No le da a usted vergüenza llevar esa vida escandalosa?

A Blasco le daba vergüenza realmente, pero no tardaba en mezclarse en nuevas aventuras, que degeneraban en combates; unas veces en el jardín del Luxemburgo, otras en los cafés y bailes nocturnos. Su manía era redimir a las muchachas de la esclavitud y la explotación que les hacían sufrir ciertos individuos.

En 1891 el gobierno español dió una amnistía por delitos políticos y Blasco pudo volver a su patria.

Su vida cambió completamente, tomando un carácter de austeridad y continuo trabajo.

Se casó y se dedicó otra vez a la propaganda republicana, pero concentrando en ella toda su poderosa voluntad.

Hoy el novelista está retirado de la política, ha olvidado sus triunfos de orador y sus polémicas de periodista; no gusta de recordar este período de su existencia, el más difícil y el que le ocasionó mayores pe-

nalidades; pero sería injusto no hablar de él, pues jamás demostró Blasco Ibáñez mayor tenacidad y desinterés por la consecución de un ideal.

Fundó el diario *El Pueblo*, que aun existe hoy y es uno de los diarios radicales más antiguos de España. Se lanzó a esta empresa sin contar con el apoyo pecuniario de nadie, y por sostener este diario perdió todo lo que había heredado a la muerte de su madre, así como otros bienes de su familia.

Sabido es lo que ocurre con los diarios de partido político, especialmente cuando sostienen ideas avanzadas. Los anunciantes rehuyen el hacer su publicidad en estos diarios y no cuentan con más ingresos que el de la venta pública que rara vez llega a cubrir los gastos.

Además de los apuros económicos, Blasco Ibánez tuvo que sufrir la continua persecución de las autoridades, que no podían tolerar su campaña contra la monarquía.

Esta situación angustiosa de luchador preocupado, unas veces por falta de dinero para seguir sosteniendo su publicación y llevado otras veces a la cárcel por sus artículos o sus escitaciones a la revuelta, se prolongó durante varios años.

Tenía que escribir diariamente uno o dos artículos. Como sus compañeros de redacción eran jóvenes entusiastas que trabajaban gratuítamente, el director les ayudaba escribiendo también para las otras secciones de *El Pueblo,* no cesando en su tarea, que empezaba a las seis de la tarde, hasta después del amanecer.

Un amigo mío que vió de cerca la vida de *El Pueblo* en sus primeros años, me decía así:

—Menos componer y tirar el periódico, Blasco Ibáñez hacía todo lo restante. Muchas veces hasta ayudaba a los reporters a escribir las noticias más insignificantes.

Es lástima que se haya perdido toda su producción periodística, que fué intensa durante ocho o diez años. La mayor parte de sus artículos fueron políticos y en realidad no merecían quedar conservados, por ser obra de circunstancias. Pero revueltos con ellos aparecen estudios literarios y artísticos, artículos de crítica y toda una labor de propagandista que al mismo tiempo que deseaba la libertad para las masas populares quería darles también el goce de la Belleza, que parece únicamente propiedad de los privilegiados.

Blasco Ibáñez no conservó ninguno absolutamente de estos trabajos. Es más; con su odio y su miedo al amontonamiento de papeles, ni se cuidó de conservar una colección de *El Pueblo*. Este diario sólo empezó a guardar coleccionados sus números cuando Blasco Ibáñez dejó de ser su director.

Es lamentable que se haya perdido toda esta producción. Su autor no muestra el menor arrepentimiento por ello. Recientemente en el prólogo de su último libro *El militarismo mejicano*, compuesto de artículos publicados por los principales diarios de los Estados Unidos, al explicar por qué motivo da al público en un volumen estos artículos de diario, cosa que no había hecho nunca, dice así:

«Yo he considerado siempre el trabajo periodístico como *flor de un día*, que no merece ver prolongada en un libro su existencia, circunstancial y efímera. Sólo he coleccionado en volúmenes mis cuentos (no todos) y algunos artículos literarios (muy contados). Nunca consideré dignos de ser reunidos bajo una cubierta editorial mis trabajos sobre política, sociología, historia, etc. He sido periodista durante muchos años, y escribí un artículo o dos todos los días. Imagínese el lector que me distingue con su benevolencia de qué peligro se ha librado por mi falta de fervor coleccionista... Si yo fuese de los autores que creen defraudar a la posteridad cuando se olvidan de juntar en un volumen hasta las cartas enviadas a los amigos, a estas horas existirían treinta o cuarenta libros de artículos de Blasco Ibáñez, pues llevo producidos miles y miles, completamente olvidados y que no sabría encontrar ahora, aunque me lo propusiese».

Lo asombroso es, que apesar de este trabajo periodístico verdaderamente anonadador y de las persecuciones que le hacía sufrir el gobierno, tuviese tiempo y voluntad para dedicarse a la verdadera literatura. Y sin embargo en este período empezó a producir sus obras más conocidas y más vigorosas. Primeramente dió a luz en su diario muchos cuentos que después formaron los dos volúmenes titulados *Cuentos valencianos* y *La Condenada*. A continuación escribió *Arroz y Tartana*, que es su primera novela literaria, pues antes, como ya dijimos, había publicado otras, de las que no quiere acordarse.

Su segunda novela fué *Flor de mayo*, que apareció igualmente en el folletón de *El Pueblo*. Y también pasados algunos años y después de

la aventura revolucionaria que le condujo a presidio y de la que hablaremos más adelante, escribió *La Barraca*, para que apareciese en el mismo folletón.

Todas estas obras, que están hoy traducidas a un sinnúmero de idiomas y muchos consideran como las más frescas y atractivas de su autor, fueron escritas entre el bullicio de la redacción de un diario popular y sin más pretensiones que la de entretener a los lectores de dicho periódico.

Algunos de los compañeros de Blasco Ibáñez en este período de pobreza heroica, me han contado cómo vivía y trabajaba el que ellos llamaban *el jefe*.

Como únicamente se acostaba varias horas después de haber salido el sol, su vida normal empezaba a media tarde. Al anochecer se instalaba en la redacción de su diario. Hay que advertir que esta redacción se halla instalada todavía en un viejo edificio del siglo XVI, con un salón enorme, cuyo techo está sostenido por columnas salomónicas. En su interior, desprovisto entonces de toda calefacción, temblaban de frío los fogosos redactores. Blasco Ibánez escribía en un ángulo del enorme y destartalado salón, interrumpiendo continuamente su trabajo para escuchar a los partidarios que solos o en grupos venían a consultarle. Únicamente después de media noche empezaba a verse libre de esta afluencia entusiástica. Todavía trabajaba hasta las tres de la madrugada redactando las noticias telegráficas llegadas a última hora. A partir de este momento, cuando quedaba solo en el inmenso salón casi sumido en la oscuridad, era cuando podía escribir sus cuentos y sus novelas. Así produjo sus primeras novelas, *Arroz y Tartana*, *Flor de Mayo*, *La Barraca*, *Entre naranjos*, sintiendo bajo sus pies el ruido de la máquina, que empezaba la tirada matinal del diario, mientras la aurora iba tiñendo de rojo los ventanales del viejo caserón.

Su vida no se desarrollaba siempre con esta monotonía laboriosa. Abundaba en incidentes y éstos eran los frecuentes viajes que hacía a la cárcel el director de *El Pueblo* por los artículos que aparecían firmados con su nombre, por los discursos pronunciados en los *meetings* y por los intentos de sublevación armada. Sus viajes de propaganda política terminaban también con encierros. En Madrid y en Barcelona fué llevado a la cárcel a causa de ciertos discursos.

Vivía en la mayor pobreza; todos sus bienes los había perdido en

el sostenimiento de su diario, disponía de poco tiempo para escribir y le era imposible ganar dinero con su pluma. Y encima de estas privaciones, se veía conducido con frecuencia a la cárcel y además tenía frecuentes duelos con sus adversarios políticos.

En 1895, con motivo de la guerra que España sostenía en Cuba contra los partidarios de la independencia de esta isla, Blasco Ibáñez pasó por la más penosa aventura de su vida política.

Él era partidario de que cesase la guerra, reconociéndose la independencia de Cuba. Su maestro, Pí y Margall, defendía esta solución. Pero el discípulo, como más joven y más acometivo, no se limitaba a exponer la doctrina con una serenidad filosófica, sino que se valía de ella para crear dificultades al gobierno.

No satisfecho de su labor periodística, hablaba en los *meetings* para inculcar sus ideas a la muchedumbre. «Toda la América que habla español —decía— se separó de España hace un siglo; y sin embargo, la guerra que sostuvimos con todas las repúblicas actuales hispano-americanas ha quedado olvidada y todas ellas son amigas de la vieja madre. Cuba no se marchó entonces de nuestro lado como las otras; pero ahora quiere emanciparse siguiendo una ley natural. ¿Por qué hemos de impedir con una guerra cruel que este país haga ahora lo que hicieron los otros hace cien años?»

Pero esta propaganda fué tomando un carácter más amenazante. Las tropas que se enviaban a Cuba estaban compuestas únicamente de pobres que no podían redimirse del servicio militar. No existía aún en España el servicio militar obligatorio. El ejército se reclutaba por el sistema de las quintas. Blasco Ibáñez lanzó el grito «Que vayan todos a la guerra, ricos y pobres», grito que interpretaba fielmente el sentimiento popular. A partir de este momento hubo numerosos motines contra la guerra y en algunos puertos las mujeres protestaron ruidosamente intentando oponerse al embarque de tropas para Cuba.

En Valencia organizó Blasco Ibáñez una grandiosa manifestación para pedir que terminase la guerra en Cuba y para evitar la guerra con los Estados Unidos.

Esta manifestación tuvo como final un sangriento combate. La gendarmería de a pie y de a caballo quiso disolverla a tiros y sablazos, pero los manifestantes repelieron la agresión haciendo fuego con revólveres, lo que produjo la muerte de varios gendarmes.

El gobierno declaró a Valencia en estado de sitio, proclamando la ley marcial, y las autoridades militares, que habían asumido el mando, buscaron a Blasco Ibáñez, queriendo aprovechar la ocasión para librarse de este enemigo incansable.

Hay que recordar lo que ha ocurrido en España muchas veces, cuando las autoridades militares asumen el mando. El célebre proceso y fusilamiento en Barcelona de Francisco Ferrer, que ocurrió catorce años después, así como otros sucesos semejantes, demuestran la dureza y la rapidez con que los tribunales militares proceden en tales casos,

Es indudable que si Blasco Ibáñez hubiera sido apresado en el primer momento, tal vez no existiría a la hora presente. Pero los marineros y los pescadores del puerto de Valencia, que siempre fueron grandes entusiastas del joven novelista, lo tuvieron escondido durante muchos días en apartadas viviendas que utilizan muchas veces los contrabandistas, hasta que al fin, una noche, disfrazado como un hombre de mar, lograron embarcarlo en un vapor que salía para Italia, y que le tomó a bordo estando ya lejos de la costa.

Varios meses permaneció en Italia Blasco Ibáñez, y a pesar de la escasez de dinero, natural en un fugitivo político, anduvo por casi toda la península visitando sus principales ciudades. Gracias a esta fuga forzosa pudo conocer por primera vez Italia, lo que había sido siempre uno de sus más fervientes deseos.

Luego ha estado en Italia varias veces, con todas las comodidades de que puede gozar un viajero rico, pero nunca ha experimentado las impresiones vigorosas de entusiasmo que en este primer viaje, cuando llevaba por todo equipaje una maletita de mano y tenía que privarse muchas veces hasta de lo más preciso para poder seguir adelante.

Este entusiasmo lo fué exteriorizando en una serie de artículos vibrantes, enviados a su diario y que luego formaron el volumen titulado *En el país del Arte*. El libro contribuyó a darle notoriedad en España como poderoso descriptor, capaz de comunicar a las cosas, con la simple palabra, la misma vida que el pintor con sus colores.

Como en aquel entonces los sucesos se precipitaban en España vertiginosamente con motivo de la guerra de Cuba, el choque sangriento ocurrido en Valencia parecía algo olvidado a los pocos meses. Blasco Ibáñez pudo volver a su país, pero quedando sometido a la vigilancia de la autoridad militar, que no le perdía de vista. Al poco tiempo de

esta situación anormal, se repitieron los motines y hasta aparecieron en el campo algunas partidas republicanas. Esto bastó para que el novelista fuese conducido a la cárcel, reanudándose inmediatamente el proceso por los hechos que habían motivado su huída a Italia.

Un consejo de guerra reunido en un cuartel de infantería lo juzgó con todo el aparato propio de estos tribunales. Blasco Ibáñez compareció ante sus jueces, rodeado de bayonetas, y un coronel, que era el acusador, pidió para él la pena de catorce años de presidio. El acusado dejó que le defendieran de oficio y se abstuvo de añadir nada, sabiendo que era inútil. Los coroneles que componían el tribunal, deliberaron largas horas, y después de numerosas consultas a sus superiores, condenaron al acusado. Cerrada ya la noche, en un patio del cuartel, y bajo la luz de un farol que sostenía un soldado, le leyeron la sentencia condenándole a presidio.

Como sentenciado por un tribunal militar, debía haber extinguido su condena en una fortaleza. Pero sus jueces pensaron que en tal lugar resultaría poco dura la vida para este *enemigo del orden*, y violentando la ley lo enviaron al presidio por delitos comunes, donde estuvo más de un año entre asesinos y ladrones.

Este fué el período peor de la vida del novelista. Aun hoy no gusta de recordarlo, y si le obligan a hablar de él, lo hace con cierta repugnancia.

Una sensación de frío, pero de frío de tumba, estremece su cuerpo cuando recuerda este encierro. Fué en un edificio que ya no existe; un antiguo convento situado en la parte antigua de la ciudad, entre callejuelas estrechas y al que no llegaba nunca un rayo de sol. El edificio había sido construído para unas cuantas docenas de frailes y albergaba más de mil hombres. Para evitar las miserias naturales en un amontonamiento tal de carne humana, el edificio era baldeado todas las mañanas lo mismo que un buque, y las paredes, así como los suelos y los techos, rezumaban humedad. Los presos, desde el fondo de los patios, profundos como pozos, miraban con avidez el lejano rayo de sol que a mediodía asomaba tímidamente al borde del tejado, sin atreverse a descender.

Los empleados trataban con gran consideración al escritor preso; los penados, a pesar de que entre ellos existían hombres de terrible

historia, se mostraban igualmente deferentes con él, procurando hacerle llevadera su situación en lo que les era posible.

Pero el enemigo estaba fuera. El gobierno y sus gentes parecían enloquecidos por la mala marcha de la guerra, y como ocurre en tales casos, se imaginaban que el triunfo sería más fácil tratando bárbaramente a los que tenía por enemigos de la patria. Y Blasco Ibáñez, por mostrarse partidario de la libertad de Cuba, «era un enemigo de la patria». Apenas los empleados del presidio se permitían ciertas modificaciones del reglamento para endulzar la vida de este preso, llegaban órdenes terribles y amenazas de la autoridad. Los empleados se veían obligados entonces a quitar al novelista libros, papeles y lápices. No debía leer, no debía escribir. Lo afeitaron y le cortaron el pelo al rape, obligándole a vestir el mismo uniforme infamante de los otros penados. Como un favor extraordinario, que había que guardar secreto, le permitían dormir en la enfermería, donde casi todos los meses moría un preso tísico.

Los recuerdos de este período son tan penosos, que Blasco Ibáñez parece haber rehuído su evocación en sus novelas. Sólo los ha aprovechado para escribir unos cuantos cuentos, especialmente el titulado *Un funcionario*, en el que relata la vida del verdugo de Barcelona, que fué una noche su compañero de alojamiento en el penal. También su cuento *La Condenada*, se lo sugirió el recuerdo de un sentenciado a muerte, con el que hablaba muchas veces, a través de la rejilla de su calabozo.

La sentencia de este novelista, que empezaba ya a gozar de celebridad en toda España por sus primeras novelas y cuentos, produjo un movimiento de protesta nacional. La Asociación de la Prensa Española pidió repetidas veces al gobierno el indulto del escritor. Al fin, el presidente de dicha Asociación, que era entonces el ilustre periodista Miguel Moya, consiguió que la Reina Regente accediese a este indulto.

Blasco Ibáñez salió entonces de su encierro después de un año y varios meses, pero con la condición de que tendría que residir en Madrid y presentarse todas las mañanas en las oficinas del gobierno militar. De este modo la autoridad le tenía siempre al alcance de su mano y podía impedir que reanudase sus manejos revolucionarios.

Esta situación no duró mucho. A las primeras elecciones de diputados el pueblo de Valencia lo votó por una enorme mayoría, y el per-

seguido se vió convertido de pronto en un personaje político, amparado por la inmunidad parlamentaria.

Blasco Ibáñez no ha sido nunca un político en el sentido ordinario de la palabra; odia los defectos del parlamentarismo, así como los convencionalismos de los partidos que llevan una existencia legal. Él ha sido un agitador, un entusiasta romántico de la república, capaz de dar su vida por ella, pero que siente una repugnancia irresistible ante la vida parlamentaria. Le sedujo desde sus primeros años el ambiente novelesco de las conspiraciones; la emoción que supone el entrar en España ocultamente una expedición de armas y repartirlas luego; el aguardar con ansiedad la fecha fijada para el movimiento revolucionario, la decepción ante el fracaso y luego el esfuerzo de voluntad para volver a empezar.

Nunca se le ocurrió que podría ser diputado. Pero aceptó con reconocimiento esta investidura parlamentaria, porque el diputado en España es inviolable y ninguna autoridad puede arrestarlo sin pedir antes permiso al Parlamento, que rara vez lo concedía en aquella época.

A mí me han contado una anécdota que no sé si será exacta, porque cuando se la repetí al novelista se limitó a sonreir, pero que considero muy verosímil, pues refleja su carácter.

Teniendo treinta años, cuando era diputado de la oposición republicana en la Cámara, trabajaba al mismo tiempo de acuerdo con varios generales, en la preparación de un movimiento revolucionario para derribar la monarquía. El éxito parecía seguro. Eran muchos los militares importantes que estaban dispuestos a tirar de su espada por la república. Lo malo fué que el gobierno se enteró a tiempo y repartió valiosos empleos a estos caudillos descontentos, logrando que se pusiesen para siempre al lado de la monarquía. Pero cuando aun se mostraban todos ellos en favor de la república, hubo una noche una reunión secreta a la que asistió Blasco Ibáñez y que duró hasta altas horas de la madrugada. Todo estaba preparado, hasta en sus últimos detalles para el triunfo de la revolución. Los conjurados llegaron hasta hablar del futuro ministerio de la república.

—Usted, Blasco —dijo el jefe de todos — tendrá que encargarse del ministerio de Instrucción Pública; no por la Instrucción, sino por las Bellas Artes, que dependen también de él.

—¿Yo? —preguntó con extrañeza el novelista —. No lo admito ni en broma. Nunca he pensado en ser ministro.

—¿Y qué es lo que usted quiere ser?

—Si tienen empeño en que sea algo, nómbrenme embajador en Constantinopla y permitan que me lleve como secretarios a unos cuantos escritores jóvenes.

En realidad, Blasco Ibáñez no sirve para hombre de gobierno. Su situación resultaba original cuando dirigía su partido. Todos eran jefes y él obedecía a los demás. Se muestra acometivo e imperioso con los enemigos, pero cuando estaba entre sus partidarios era siempre de una blandura anárquica. Después de recomendar una solución, decía invariablemente a sus oyentes:

—Esto es lo que yo considero mejor, pero si ustedes opinan lo contrario, yo les seguiré, ocurra lo que ocurra.

Muchos disparates y errores de su vida política los cometió a sabiendas, por no contrariar a la gran masa de sus partidarios, que le llevaban a remolque.

Algunos hombres astutos y de sentido práctico vivieron a su sombra, explotando para sus combinaciones el prestigio popular del escritor y la gran masa de opinión que le seguía.

Uno de éstos dijo una frase exacta al exigir obediencia de la muchedumbre del partido, reacia a sus órdenes.

— Nosotros — afirmó con arrogancia— somos los verdaderos jefes del partido.

—Entonces ¿qué es don Vicente? —preguntó una voz.

—Don Vicente es el héroe.

Esta palabra fija el verdadero carácter del idealista metido a político. El *héroe* recibió los golpes y conoció las privaciones, mientras otros que marchaban detrás de él, iban cosechando los provechos.

Por seis veces seguidas Valencia eligió diputado a Blasco Ibáñez. La investidura parlamentaria le ponía a cubierto de las persecuciones políticas, pero sus ilusiones de agitador se fueron desvaneciendo poco a poco al desaparecer los últimos militares republicanos que quedaban en el ejército.

En aquel tiempo, cuando gobernaba la Reina Regente durante la minoría de su hijo Alfonso XIII, el ejército español ofrecía un espectáculo raro. Contra toda lógica, los militares más viejos que eran coro-

neles o generales, mostraban en gran parte una predisposición por la república o cuando menos por un liberalismo avanzado. En cambio los jóvenes, o sea, los oficiales subalternos, eran monárquicos y conservadores.

Esto se explica por el hecho de que los viejos habían tomado parte en la revolución de 1868, que destronó a los Borbones y habían servido a la república de 1873. Pero estos viejos fueron muriendo después de las guerras coloniales, y los pocos que sobrevivieron se entregaron a la joven monarquía de Alfonso XIII, unos por desaliento, otros por interés.

Blasco Ibáñez compartió sus funciones de diputado con los trabajos ocultos del conspirador. Fué un iluso de inagotables esperanzas, que siempre creía en la posibilidad de un movimiento revolucionario que echase abajo la monarquía e instaurase la república.

Cuando se convenció tristemente de que esto era cada vez más difícil, quiso apartarse de la política y dejar de ser diputado. Una vez renunció a este cargo, pero sus partidarios todavía lo eligieron por sexta vez. No ocultaba su repugnancia hacia la vida parlamentaria. Además, la vida interior de su partido abundaba en luchas intestinas, en envidias, rivalidades y traiciones, que él considera ahora, desde lejos, con una sonrisa entre irónica y asombrada. A veces exclama con extrañeza, al recordar la última época de su existencia política: «¡Y yo he podido vivir así!»

A los electores que insistían en votarle diputado por séptima vez les dijo:

—Hay en España veinte mil españoles que pueden ser diputados y hacerlo igual o mejor que yo. En cambio hay algunos menos capaces de escribir novelas. Dejen que continúe mi verdadero camino.

Esto no significaba una renuncia de Blasco Ibáñez a sus ideales políticos. Los que le conoce íntimamente saben que es un romántico. La gran decepción para él será que llegue el momento de su muerte sin haber visto antes en su patria establecida la república. Yo creo que la mayor satisfacción de su vida sería marchar en plena ancianidad a la cabeza de las masas, como una bandera viviente, y morir sobre una barricada, lo mismo que el viejo señor que aparece en *Los Miserables*.

Por algo Blasco Ibáñez tiene a Víctor Hugo por un semi-dios, y allá donde instala su vivienda lo primero que hace es colocar el retrato de su ídolo.

Mientras fué diputado, procuró sostener el entusismo de las masas, provocando con otros compañeros una serie de escándalos parlamentarios. Procuró cumplir su deber de individuo de la oposición, aunque convencido de la ineficacia final de estas campañas, tan ruidosas como estériles.

Sus intemperancias en el Parlamento, así como sus discusiones fuera de él, le acarrearon varios desafíos de los que hablaré en otro lugar. Algunos de ellos tuvieron un carácter extremadamente dramático. El novelista fué herido dos veces gravemente, y una parte del público hasta atribuyó a una intervención milagrosa el hecho de que salvase su vida.

Esta existencia de agitador dentro del Parlamento —obligado muchas veces a lanzar insultos de mal gusto y a osar atrevimientos absurdos para el contentamiento de la muchedumbre— contribuía al desprestigio del escritor.

Un gran librero de Madrid me contó lo que ocurría en aquella época cada vez que él intentaba recomendar a sus clientes algunas de las obras del novelista, recién publicadas.

¿Pero este Blasco Ibáñez —decía el señor o la señora mirando la cubierta del libro— es pariente del diputado republicano?

Y al saber que el diputado y el novelista eran una misma persona, dejaban el libro sin sentir curiosidad por conocer su interior.

Sin embargo, la fama de Blasco Ibáñez como novelista fué creciendo, así como disminuía su renombre como agitador.

Escribió *La Barraca*, *Cañas y barro* y *La catedral* viviendo alternativamente en Valencia y en Madrid. Luego se trasladó definitivamente a Madrid, instalándose en un hotelito próximo al paseo de la Castellana y que acabó por comprar.

Esta vivienda la ha descrito Zamacois tal como era en sus primeros tiempos, cuando Blasco aun no había hecho en ella reformas de propietario.

«Vive el insigne novelista —dice el citado autor— a la derecha del paseo de la Castellana, muy cerca del Hipódromo, en un pintoresco hotelito de planta baja, cuya fachada irregular se abre en ángulo al fondo de un pequeño jardín. Aquí y allá, a lo largo de los viejos muros y sobre el tronco de los árboles, la hierba y el musgo pintan manchas verdes, de un verde aterciopelado, jugoso y obscuro. En la alegre quie-

tud mañanera, bajo el magnífico dombo añil del espacio, bañado en sol; la tierra, negra, recién removida por manos diligentes, huele a humedad. Triunfa el silencio. Este *rincón*, más que un jardinillo cortesano, parece un trozo de huerta, algo desaliñado y rústico, donde se echa de menos un perro, un montón de estiércol y unas cuantas gallinas.

El despacho del maestro es grande y de forma irregular, con dos ventanas abiertas sobre el jardín, ante un grupo de árboles. Al fondo hay varios estantes cargados de libros; unos retratos de Víctor Hugo, de Balzac, de Zola, de Tolstoy, parecen presidir la estancia; los cuatro están juntos, y existen entre sus frentes pensativas, atormentadas por el esfuerzo mental, una rara y dolorosa armonía. Adornan las paredes muchos objetos antiguos y varios apuntes primorosos de Joaquín Sorolla. Todo ocupa su sitio; las figulinas, los tapices y los muebles aparecen colocados, sin duda, donde deben estar, y, sin embargo, yo siento a mi alrededor algo extraño, un latido caliente y febril de impaciencia, como si la alfombra y los cuadros y los sillones y los viejos bargueños que decoran la habitación, participasen, en virtud de inexplicables magnetismos, del recio y prolongado alboroto espiritual del escritor».

En este hotelito escribió *El intruso*, *La bodega*, *La horda*, *La maja desnuda*, *Sangre y arena* y *Los muertos mandan*.

De él salió para dirigirse a América, viaje que cambió radicalmente el curso de su vida particular. Y todavía no ha vuelto, después de pasados doce años, a reinstalarse en él.

He dejado de mencionar una novela, *Entre naranjos*, para hablar de ella aparte, pues dió pretexto a una gran fiesta literaria en honor del novelista, que equivalió a su consagración como autor célebre.

Entre naranjos la escribió después de *La barraca*.

La primera vez que el público de toda España se fijó en el novelista fué al popularizarse *La barraca*.

Esta novela, publicada al principio en el folletón de *El Pueblo*, apareció en un modesto volumen, del que sólo llegaron a venderse unos cientos de ejemplares. *El Liberal*, que era entonces el diario más leído de España, la publicó a su vez en su folletón, y el éxito que obtuvo fué enorme, vendiéndose muchas ediciones de ella en poco tiempo. Además la tradujeron y la publicaron inmediatamente en varios países

Todo esto hizo que los admiradores de Blasco Ibáñez aprovechasen la publicación de su nueva novela *Entre naranjos* para darle un

gran banquete en los jardines del Buen Retiro de Madrid, donde actualmente está el nuevo Palacio de Correos.

Todas las personalidades notables en el arte y en la literatura, asistieron a este homenaje. Los artistas valencianos (Valencia es la ciudad española que da más pintores, escultores, músicos y actores) tomaron parte en el adorno de los jardines y de su teatro. Muchos oradores famosos hablaron a los postres del banquete. El ilustre Pérez Galdós, patriarca de la novela española, presidió la fiesta.

Después de este acto, el nombre de Blasco Ibáñez como novelista quedó consagrado en todos los países de lengua española, pero para una parte del público continuaba siendo poco grato, a causa de que lo veían mezclado en agitaciones muchas veces disparatadas y en pequeñas luchas de política mezquina, impropias de un escritor célebre.

Lentamente fué saliéndose del escenario de la política militante. La última vez que lo eligieron diputado no asistió a las sesiones de la Cámara.

Cuando a pesar de este apartamiento, sus entusiastas le hablaron de elegirlo otra vez, él les anunció que estaba dispuesto a cambiar de nacionalidad, pidiendo la ciudadanía en cualquier república americana de lengua española, para librarse de la esclavidud de la diputación *perpetua* a que le querían someter.

Al decir esto se hallaba lejos de imaginar que al año siguiente, o sea, en 1909, iba a hacer un viaje a América, y se quedaría allá durante varios años.

IV

Aversión a los grupos literarios.—Su individualismo.—Amplitud generosa de sus ideas literarias.—El «palacio» de la Malvarrosa.—Un disparate arquitectónico.—El «Sultán de la Malvarrosa».—Historia de la mesa de mármol.—Sorolla, Benlluire, Morote.—La «aventura oriental».—Un viajero que sale de Madrid para Burdeos y no para hasta Asia Menor.—Con el «Sultán Rojo».—«He estado en presidio y en el palacio de Las mil y una noches».—*La placa de brillantes.—La Historia y la Novela.*

En España, como en otros países, la juventud que se dedica al cultivo de las letras tiene una tendencia a agruparse, a formarse en klanes, cada uno de los cuales reconoce a un jefe y se cree único depositario de la verdad literaria, mirando con desprecio a todos los que no pertenecen a su pequeña religión.

Estos grupos tienen sus cafés, que les sirven de punto de reunión y allí pasan la tarde y gran parte de la noche discutiendo sin resultado, haciendo a veces alarde de un ingenio tan brillante como estéril.

¡Quién podría decir el número de jóvenes talentos que se han perdido inútilmente por dedicar toda su actividad a estos cenáculos, entregándose a una emulación verbal con los camaradas, hablando a todas horas de las futuras grandes obras que piensan escribir, pero que no escriben nunca!...

Blasco Ibáñez no fué jamás de ninguna de estas tertulias. Como en su primera juventud se dedicó a la agitación política, su continuo roce con gentes de acción, le alejó del trato con las gentes de su edad, que empezaban a escribir.

Además tiene una repugnancia instintiva a todo lo que sea academia o agrupación literaria, donde los escritores acaban por ver la vida a través de los otros escritores y producen, no con arreglo a la originalidad propia, sino de acuerdo con los gustos de los demás, para obtener su inmediato aplauso.

El escritor, según él, debe marchar solo y conocer la realidad directamente, evitando las influencias ajenas. Encuentra incomprensible que un escritor, después de terminado su trabajo, vaya en busca de otros escritores para continuar hablando de literatura.

— Son como los militares —dice riendo— que vuelven a juntarse en el café para seguir hablando de las cosas del cuartel; son como los clérigos, que cuando pasean juntos, es para seguir murmurando de las cosas de la sacristía. Yo cuando dejo de escribir procuro sumergirme inmediatamente en la vida corriente, rozarme con gentes buenas y malas, en una palabra, incorporarme a la realidad compuesta de innumerables variedades; pues esto es lo que enseña a un novelista y le da un baño tonificante que refuerza su actividad productora.

Además su carácter franco y varonil no puede transigir con el chismorreo de estas pequeñas tertulias y la mordacidad con que se combaten. Su clara visión de los hechos le permitió desde el primer momento apreciar la esterilidad de estas reuniones, dedicadas generalmente a querer derribar las celebridades que han sido ya consagradas por el público.

En cierta ocasión, Blasco Ibáñez dijo así a un principiante animándole para que trabajase, en vez de perder el tiempo lanzando críticas rabiosas en una de estas tertulias:

—Pasan ustedes toda la noche ocupados en demostrar que Fulano es un imbécil. Nunca lo demuestran más que para ustedes; pero aunque llegasen a demostrarlo, ¿qué adelantaría usted con ello?... Lo que a usted le conviene demostrar es que usted no es un imbécil, y eso se prueba trabajando, escribiendo, estudiando, y no charlando horas y horas con una mala intención femenil entre el humo y el ruido de un café. Además ¿no se cansan ustedes de estar siempre hombres con hombres, como si no pudiesen vivir separados? ¿Na hay en la vida cosas más agradables para un escritor que esa existencia unisexual?

Aun después de haber sido célebre Blasco Ibáñez ha mostrado una tendencia a la soledad. Esto se comprende en un productor incansable que ha trabajado siempre muchas horas diarias. Recibe a todo el que va en su busca. Muestra su afabilidad con actos y no con palabras. Todo principiante de algún talento que ha buscado su apoyo para que publicase sus primeras producciones, le ha visto interesarse por él como si

se tratase de una obra propia, hasta conseguir que la aceptase un editor o un director de periódico.

Odia los prólogos al frente de las novelas. Jamás puso ninguno en sus obras de juventud, ni buscó que le presentase al público una celebridad de aquella época. Y sin embargo, cuando alguien le pide un prólogo para avalorar con esta firma conocida su obra de principiante, Blasco Ibáñez, aunque protesta en el primer momento, acaba por escribirlo, abandonando muchas veces para ello ocupaciones urgentes y altamente remuneradoras.

Nunca ha querido ser jefe de grupo literario ni formar escuela. En realidad él no cree en la eficacia de las escuelas literarias y habla de ellas con poco respeto. Viviendo como eterno viajero, casi siempre fuera de su país, esa juventud indecisa y sin voluntad que no puede vivir sin un pastor que la guíe, ha conocido poco a Blasco Ibáñez personalmente y siempre de lejos en sus fugaces regresos a la patria que han durado poco. Imposible hacerle objeto de esa adoración que se tributa en las pequeñas capillas literarias. Cuando muchos escritores jóvenes que le admiran se han puesto al fin en relación con él, han encontrado un camarada un poco mayor de edad, pero sin *pose* alguna, sin orgullo, pensando siempre en su obra de mañana y olvidado de todo lo que lleva ya producido. Además les ha aconsejado siempre que no sean de ninguna escuela, que no sigan ninguna moda literaria, que vean la vida directamente y no a través de los libros de Fulano o de Zutano.

—Vale más —dice— un libro malo, tosco y desaliñado, pero que sea de usted, que un libro correcto y pulcro que hace pensar en las obras de los demás. Lo malo puede corregirse con el tiempo y siempre quedará en pie la personalidad original del escritor. Lo irremediable es lo correcto, cuando detrás de su exterior aliñado, no existe absolutamente nada.

A veces algunos jóvenes han creído halagarle escribiendo novelas o cuentos semejantes a los suyos, por el estilo y por el escenario de su acción.

Yo no tengo interés en crear discípulos. La obra de un escritor debe sostenerse por sí sola y no por los puntales de los imitadores. Si ustedes han hecho esto así porque lo han visto y lo han sentido ingenuamente, entonces celebro nuestro parentesco literario, que surge es-

pontáneamente. Pero si pretenden únicamente halagarme, resulta inútil. Yo prefiero que escriban de acuerdo con su visión de lo existente, y si esta visión resulta diametralmente opuesta a la mía, no por esto dejaré de celebrarles. La vida del arte es de una variedad infinita y el que pretende unificarla en torno de su persona, con las rigideces de una doctrina, hace reir por su soberbia grotesca.

Blasco Ibáñez es un liberal en materias literarias.

—No hay absolutismo como el que existe en la república de las letras — dice. Parece que debiera ser una democracia con leyes amplias y tolerantes, y sin embargo el espíritu de la Inquisición sobrevive en muchos grandes escritores, y especialmente en todo crítico. Cada uno dice con una aspereza dogmática: «Yo veo las cosas así y basta que yo las vea para que deban ser de este modo por los siglos de los siglos. Y el que no crea lo mismo que yo, es un beocio que ignora completamente el buen gusto. El buen gusto soy yo». Y las escuelas se suceden y los fundadores de religiones artísticas caen en el polvo, quedando de ellos únicamente las obras que produjeron como novelistas o como poetas. Sus exposiciones dogmáticas, sus manifiestos de jefes de escuela, se pierden en la fosa de la historia, y cuando alguno los exhuma, producen la misma sensación de tristeza y repugnancia que un vestido haraposo y hediondo quitado a un cadáver.

El novelista muestra una amplia tolerancia en sus apreciaciones literarias.

Su admiración es de ancha base. Porque él tenga ideas distintas a las de otro escritor, jamás se le ocurre negar sus méritos. Abarca en su admiración a muchos autores que uno se imagina que lógicamente debía mirar con antipatía a causa de sus antecedentes.

Muestra por instinto la benevolencia y la generosidad de carácter de todos los fuertes que avanzan con seguridad y no temen.

Además desconoce el vanidoso urgullo de las opiniones propias. Como no acepta la infalibilidad de nadie, empieza por no creer en la suya.

—Cuando yo afirmo que un autor me gusta —dice — esto no significa que porque me guste a mí deba gustar a los demás, so pena de que yo los tenga por estúpidos. ¿Quién sabe si me seguirá gustando dentro de unos años? ¿Conozco tantas obras que me admiraron hace algún tiempo y que al ser releídas después, encontré fatalmente cambiadas?... Del mismo modo, nadie que sea sincero y noble en sus apre-

ciaciones, puede jurar que la obra que hoy le parece disparatada no le gustará dentro de unos años.

Esta amplitud generosa en sus opiniones y admiraciones se completa con una humildad sonriente y verdaderamente sentida, cuando alude a sus obras.

—Cada uno de nosotros —dice— canta su canción al pasar por la vida y luego se pierde en la noche. La canción no puede ser a gusto de todos y tampoco se puede aspirar a que el público quiera oirla eternamente. De las canciones más célebres e inmortales sólo queda un título y un nombre de autor. El público se contenta con repetir que fueron muy bellas porque así se lo han dicho las generaciones anteriores. Pero muy pocos sienten la curiosidad de volver a oirlas por entero, y sin modificaciones.

Tampoco es de los escritores que se sienten molestados por el éxito de los demás, como si los aplausos a los otros se los robasen a ellos; como si el sitio que ocupan los demás lo necesitasen para respirar. Por el contrario, Blasco Ibáñez, que tiene en su carácter algo de quijotesco, se afana siempre por sus compañeros. Siendo el escritor español contemporáneo más conocido fuera de España y cuyas obras se venden más, ha intentado sin embargo repetidas veces modificar las organizaciones editoriales de su país, no en beneficio de él, pues no lo necesita, sino para facilitar que sus compañeros de letras vendan más libros en el extranjero. Cuando habla con los traductores y los editores que tiene en muchas naciones de Europa, siempre les recomienda que publiquen libros de otros escritores españoles. A algunos de ellos no los ha visto nunca. De otros ha olvidado por completo muchas acciones desleales.

He aquí una anécdota que hace ver su carácter.

En una comida, cierto individuo mal intencionado, empezó a hacer elogios enormemente exagerados de otro novelista español, con la esperanza de que Blasco Ibáñez, como es costumbre entre gente de letras, le interrumpiera ofendido, para hablar mal de su compañero.

Y efectivamente, le interrumpió.

—Fulano es, efectivamente, un buen novelista —dijo—; y yo también lo soy. Es preferible que seamos dos que uno sólo. Cuantos más, mejor. Hay sitios para todos.

En su presencia es difícil sostener largo rato una de esas conver-

saciones mordientes, que muchos creen que son una manifestación indispensable de la vida literaria. Su carácter las repugna. Su espíritu de justicia y su amplia admiración le hacen defender a los atacados, aunque éstos no sean muchas veces amigos suyos.

Polemista terrible en las discusiones políticas y acostumbrado a sostener sus ideas con las armas en la mano, jamás ha tenido, sin embargo, lance ni discusión por cuestiones literarias.

No se sabe de él que haya publicado ni cuatro líneas en un periódico a propósito de sus novelas.

A veces, ignorantes metidos a críticos, han dicho enormes absurdos que él podía haber deshecho con unas cuantas líneas de su pluma, poniendo en ridículo a sus autores. Los amigos más íntimos, al escucharle, le incitaban a escribir estas rectificaciones aplastantes, pero él se abstenía levantando los hombros:

—¿Para qué? Un novelista debe escribir novelas nada más. Nunca he comprendido que un escritor se defienda de la crítica con cartas en los periódicos ni con prólogos y manifiestos. Estos ataques son inevitables para todo aquel que arrostra el juicio del público. La mejor manera de contestar es seguir escribiendo otros libros. El que ataca injustamente, acaba por callarse abrumado por la opinión.

Este hombre, que nunca ha pretendido formar escuela, que no ha querido discípulos, que ha vivido solo largas temporadas por los azares de su vida, goza de una reputación falsa entre los que no le conocen. Algunos le creen de un carácter orgulloso e intratable. Toman como vanidad sombría y misantrópica, lo que no es más que un deseo de variedad, de nuevas impresiones, que le hacen ir de un lado a otro de la tierra, sin arraigarse en ninguna parte.

Cuando Blasco Ibáñez empezó a ganar dinero con sus novelas, sintió el afán de construcción que caracteriza a los vigorosos productores literarios.

Todo el que construye libros siente la necesidad de construir una casa a su gusto para continuar el trabajo con todas las comodidades soñadas en su época de pobreza.

No necesito mencionar al lector todas las casas construídas por poetas y novelistas cuyos nombres se han hecho célebres. Algunas,

como la de Zola en Medan, hasta llegaron a dar su nombre a una escuela literaria.

Blasco Ibáñez construyó al borde del Mediterráneo, a una hora de Valencia, una casa conocida con el nombre de *La Malvarrosa*. La playa en que se halla situada se llama así porque los campos inmediatos están dedicados al cultivo de la malvarrosa y otras plantas olorosas, que explota una fábrica de primeras materias para la perfumería, y cuyos productos se esparcen por casi toda Europa.

Una vez llegó a existir en torno de la casa y de su jardín un centenar de hectáreas cubiertas de nardos para la fabricación de perfumes, El novelista tuvo que irse a la ciudad por algún tiempo huyendo de este perfume embriagador e irresistible, que se extendía en varios kilómetros a la redonda, percibiéndose hasta desde los buques que navegaban lejos de la costa.

En el último piso de *La Malvarrosa*, tuvo Blasco Ibáñez su estudio, adornado con muebles y cuadros antiguos. Como Valencia fué en otro tiempo la más rica de las regiones de España, por dedicarse a la fabricación y tejido de las sedas moriscas, sus habitantes vivieron rodeados de un lujo artístico. Los anticuarios de toda Europa encontraron en Valencia uno de los mejores lugares para enriquecerse, llevándose por precios irrisorios verdaderos tesoros. Blasco Ibáñez pudo todavía adquirir los últimos restos de este saqueo de los anticuarios, adornando su casa junto al mar. En ella firmó algunas novelas de su primera época y todos en España unen al nombre del novelista el recuerdo de su casa *La Malvarrosa*. La pasión política exageró escandalosamente las magnificencias de esta vivienda algo simple, construída con los ahorros del escritor. Sus enemigos la describieron como un palacio de *Las mil y una noches* y como Blasco en aquella época tenía una cara de árabe, con su negra y rizada barba, le apodaron *El sultán de la Malvarrosa*.

El tal *palacio* tiene un aspecto algo original dentro de su simplicidad. Lo único ostentoso es una galería sobre el mar con columnas y cariátides y unos frescos imitando a los de Pompeya. Los grandes zócalos de azulejos valencianos de origen morisco, dan a sus habitaciones un aspecto sonriente; pero como construcción, puede decirse que es un disparate. Baste decir que el mismo novelista fué el arquitecto y sus

consejeros un sinnúmero de pintores y escultores, todos de talento pero que ignoraban las primeras reglas de albañilería.

Una historia, cuya autenticidad garantizo, prueba lo que fueron estas gentes metidas a construir.

Después de terminada la galería pompeyana, Blasco Ibáñez y su estado mayor, creyeron necesario instalar en ella, para sus banquetes de fraternidad artística, una mesa de mármol que tuviese *carácter*. Hay en Pompeya una, de una sola pieza, sostenida por cuadrúpedos alados, y decidieron hacer una reproducción para la galería de *La Malvarrosa*. Pero la mesa antigua era pequeña y Blasco Ibáñez deseaba una a la que se pudieran sentar dos docenas de convidados.

Le añadieron metros a la mesa original hasta hacer de ella algo extraordinario, y como era difícil encontrar una pieza de mármol de tales dimensiones, una goleta mandada por un capitán amigo trajo de Italia esta lámina enorme de mármol de Carrara. Además, como no bastaban los cuatro leones alados para sostener la mesa, hubo que poner un quinto en el centro.

Todo lo habían calculado, todo lo habían previsto estos hombres, menos una cosa. Y era que la galería no había sido construida para sustentar este peso extraordinario de varias toneladas de mármol. A los pocos días empezó a combarse el suelo y hubo que deshacer el pavimento de mosaico romano y derribar los techos de las habitaciones inferiores pintadas por notables artistas; en una palabra, deshacer media casa y volver a reconstruirla, luego de haber puesto unas vigas de acero que sostuviesen para siempre la famosa mesa.

La Malvarrosa fué durante algunos años un centro de artistas. Como ya he dicho en otro lugar, Valencia tiene el honor de producir casi una mitad de los pintores, escultores y actores de España. Siempre viven fijos en Valencia más de un centenar de pintores que gozan cierta celebridad y han conquistado premios en las exposiciones. Todos ellos, así como los escultores, trabajan para comisionistas que esparcen sus obras por todo el mundo.

En cuanto a los actores, allá donde haya una compañía española, de canto o de declamación, lo mismo en la península que en todas las repúblicas hispanoamericanas, siempre encontrará el que pregunte algunos valencianos trabajando en ella.

Los amigos más íntimos que tiene Blasco Ibáñez son dos artistas

famosos, valencianos como él y casi de su misma edad, pues sólo cuentan unos pocos años más que él.

Uno es el gran pintor Joaquín Sorolla, conocido también por Sorolla Bastida, cuyos cuadros figuran en todos los Museos del mundo, siendo considerado como el más directo continuador de la gloria de Velázquez y Goya.

El otro es el gran escultor Mariano Benlliure, cuyos monumentos adornan tantas ciudades de España y de América y que en los últimos años ha ocupado por dos veces la Dirección General de Bellas Artes, haciendo mucho por la difusión de la cultura artística en España.

Tuvo Blasco Ibáñez otro amígo que fué como un hermano espiritual y de cuya muerte no ha podido consolarse, después de pasados diez años. Fué el escritor Luis Morote, valenciano también, hombre de gran cultura y de pluma ágil, que ha dejado libros importantes sobre los problemas de la vida española.

En 1907, cuando todavía era Blasco Ibáñez diputado, le ocurrió lo que podríamos llamar *su aventura oriental.*

Por su afición a las cosas del mar, fué a Burdeos en el verano, para visitar una Exposición Marítima. Todo su equipaje consistía en una maleta y un bolso de mano; lo indispensable para un viaje que no va a ser largo.

De Burdeos pasó a Vichy, donde le habían recomendado los médicos que hiciese una cura. Pero se cansó pronto de la monotonía elegante de esta estación balnearia y sin saber por qué se marchó a Ginebra. De Ginebra fué a Constanza para ver los saltos del Rhin y una vez allí pasó a Munich, atraído por el anuncio de un festival de Wagner, en el que cantaban todas sus óperas. Para oirlas por segunda vez siguió a Viena, donde se daba un segundo festival wagneriano.

Estando en la estación de Viena vió pasar el Oriente Exprés. ¡Visitar el Oriente, ensueño de todo escritor!...

Por el momento se limitó a seguir adelante hasta Budapest, pero allí le salió al encuentro una mezquita aislada, último recuerdo de la dominación turca:

—No debo retrocer —se dijo — sin haber visto Servia.

En aquel tiempo aun estaba reciente el recuerdo del rey Alejandro

y la reina Draga, asesinados por sus oficiales sublevados. Quiso conocer de cerca el Konak, donde se había desarrollado esta tragedia. Y pasó a Belgrado. En Belgrado quiso conocer la Bulgaria. Y pasó a Sofía. Y una vez en la capital búlgara juzgó que era asunto de honor no volverse atrás sin conocer antes Turquía.

De este modo, el viajero que había salido de Madrid para ir a Burdeos y Vichy, atravesó toda Europa con su equipaje insuficiente; y aun fué más lejos, pues desde Constantinopla pasó al Asia Menor, visitando varias de sus ciudades. En algunas de ellas apenas había europeos, y el novelista, que como diré más adelante, iba recomendado por el gobierno turco, pudo conocer de cerca la vida musulmana en lugares del interior asiático, que hasta hoy permanecen cerrados a la curiosidad europea.

Su entrada en Turquía le proporcionó una enojosa sorpresa. Antes de la guerra se podía viajar por gran parte de Europa sin necesidad de pasaporte.

Todas las fronteras estaban abiertas. Turquía era la única que exigía un pasaporte a todos los viajeros. Y al llegar a Adrianópolis, Blasco Ibáñez —que no había pensado ni remotamente en lo del pasaporte— se vió detenido por la policía turca y tuvo que dar explicactones sobre su persona. Después de varias comunicaciones telegráficas con el ministro de España en Constantinopla, le dejaron seguir adelante; pero este incidente sirvió para que llegase con cierta notoriedad a la capital de Turquía, cuando él deseaba pasar por ella en un incógnito absoluto a causa de la pobreza de su equipaje.

Tuvo que tratar al mundo diplomálico que veranea en Terapia, haciendo esfuerzos para ocultar la pobreza de su indumentaria. El ministro de España le presentaba a todo el mundo. No todos los días llegaba a Constantinopla un español, diputado y escritor célebre. También contrajo amistad con el director de un periódico inglés que se publicaba en Turquía.

Una mañana, este periodista le llevó a visitar al Gran Visir. El poderoso personaje quería conocer al novelista. No era un turco como los que aparecen en las comedias; era un albanés, antiguo profesor de Universidad, gran conocedor de la literatura helénica y que había llegado a tan alto puesto por sus méritos intelectuales. Precisamente días antes había publicado *Le Temps* de París, un artículo de crítica sobre una no-

vela de Blasco Ibánez traducida al francés, y el Gran Visir al hablar de este artículo con el periodista inglés, se enteró con cierto asombro de que precisamente el autor español se hallaba ahora en Constantinopla.

Esta llegada inesperada tenía algo de providencial e hizo que Blasco Ibáñez se viese tratado por el Gobierno turco con las mismas atenciones que si fuese un personaje de carácter oficial. Recibió una orden del Sultán recomendándole a todos los gobernadores de los territorios del Asia Menor que deseaba conocer. En Bitinia hizo la ascensión al monte Olimpo en una carroza con ruedas doradas y guardado por escolta de jinetes que tenían aspecto de bandidos y eran gendarmes del país. De iguales atenciones fué objeto en sus excursiones a otros lugares de la Anatolia.

Dentro de Constantinopla pudo ver muchas cosas que están vedadas a los europeos de paso. Sus relaciones con altas familias del mundo musulmán le permiteron asistir a actos íntimos de su vida, como banquetes y bodas. Habló con muchas damas turcas, semejantes a las descritas por Pierre Lotti, que unen su existencia a la oriental con una educación a la europea.

Esta protección del Gobierno no era desinteresada. Blasco Ibáñez había llegado a Constantinopla con la oportunidad teatral de un personaje que se presenta en escena cuando más necesario resulta para el curso de la acción.

Desde treinta años antes existía un pleito entre el Sultán y el constructor del único ferrocarril a Constantinopla, el cual fué uno de los poderosos varones de la Banca europea. Turquía se había defendido para no pagar una última reclamación de cincuenta o sesenta millones que presentaba el voraz financiero. El asunto, después de tanto tiempo, había sido sometido a un arbitraje internacional y por consejo de Guillermo II, el emperador de Alemania, se había escogido un árbitro español, ya que España era la nación más lejana en Europa y que tenía menos intereses en Turquía. El árbitro nombrado fué un hombre político: don Segismundo Moret, ya muerto actualmente.

Blasco Ibáñez se dió cuenta de que el Gran Visir y toda su gente no tenían ni la más remota idea de lo que es España, ni de quien era el hombre que iba a juzgar su cuestión

Reinaba entonces en Turquía el Emperador Abdul-Hamid el último monarca absoluto, al que llamaban en toda Europa el *Sultan Rojo*

a causa de sus matanzas de armenios. Este emperador que intervenía en todo y se mezclaba en todo, como Felipe II de España, conocía el pleito sobre el ferrocarril de Oriente mejor que nadie.

Los grandes Visires se habían sucedido, y él era el único que había seguido el asunto durante treinta años. Todas las preguntas que hacía el Gran Visir a Blasco Ibáñez sobre España y sobre el futuro árbitro, eran por encargo del terrible y sagaz monarca.

Un día Blasco Ibáñez se vió sorprendido por una invitación para ir al Yldiz-Kiosk, inmenso jardín abundante en palacios, que era donde residía el omnipotente personaje.

Hay que oir contar a Blasco Ibáñez esta visita. Fué a ella con una levita negra que le había prestado su amigo el periodista inglés. Abdul-Hamid quería conocerle, pero el novelista sintió una gran intranquilidad durante esta entrevista curiosa. No quería faltar a la etiqueta oriental y está todavía convencido de que hizo sus reverencias de una manera grotesca. Al mismo tiempo le inspiraba cierta inquietud el *Sultán Rojo*, al recordar que era hombre que, por miedo a que lo asesinasen, mataba algunas veces a los visitantes que le resultaban sospechosos.

Después de esta visita, el Gran Visir le encargó que al volver a Madrid viese al señor Moret y le transmitiera de viva voz varias informaciones confidenciales que importaban para su juicio imparcial.

Digamos para terminar con lo del pleito, que el árbitro lo falló, como era de esperar, en contra de Turquía y a favor del poderoso financiero. Siempre ha ocurrido así en las cuestiones entre Turquía y los capitalistas europeos; sean cristianos o no cristianos.

Mientras el novelista estuvo en Turquía, envió una serie de artículos a *El Liberal* de Madrid, que después formaron un volumen titulado *Oriente*.

Esta fué una época agradable para Blasco Ibañez. Recuerda con cierto rubor sus apuros a causa de la escasez de su equipaje, la levita prestada para visitar al Sultán, que le venía demasiado ancha, sus contorsiones un poco grotescas para imitar los nobles saludos del Gran Visir a su soberano. Pero a continuación, acordándose de los silenciosos jardines y los palacios de misterio del Ildiz-Kiosk donde no entraba casi ningún europeo, dice con cierta vanidad:

—Yo he estado en presidio y he estado en el palacio del soberano de *Las Mil y una Noches*. Esto es algo en una vida.

Desde el punto de vista pecuniario, el viaje fué un desastre. Blasco Ibañez sólo se proponía vivir unas semanas en Constantinopla y tuvo que quedarse cuatro meses. ¡Le obsequiaban tanto!... Pero la vida de gran señor cuesta muy cara en aquel país donde impera la propina, desde lo más alto a lo más bajo de la sociedad. Un día un funcionario del Ministerio de Relaciones Exteriores le dijo inclinándose al nombrar a su monarca:

—El Gran Señor quiere darle una prueba de su estimación por sus servicios.

Y le anunció que iban a concederle una de las más honoríficas condecoraciones, Estrella del Medjidié, regalándole además la placa en brillantes.

—¡Pero yo soy republicano —dijo el novelista.— Yo no he querido las condecoraciones de mi país porque son de un monarca. La única que he aceptado es la Legión de Honor de Francia porque es de una república y porque la han usado muchos escritores que admiro. ¿Qué dirán si acepto esta condecoración de un soberano absoluto?...

El funcionario turco miró en torno para convencerse de que no le oía ningún extraño, y dijo con una sonrisa escéptica.

—Tómela; es en brillantes. Siempre valdrá diez mil francos. ¡Vana promesa! A Blasco Ibañez le dieron el título de la condecoración, un hermoso papel, cubierto de caracteres dorados, indescifrables para él. La estrella de brillantes empezó a hacerla uno de los joyeros del Sultán, judío de origen español llamado Flores, que hablaba con un balbuceo infantil el castellano de sus remotos abuelos.

Quería hacer una obra maestra en honor del hombre venido de la lejana *Hispania*.

Además en Turquía van las cosas muy despacio y es inútil impacientarse.

De repente, un día, el ejército se sublevó contra Abdul-Hamid haciéndolo pasar de monarca absoluto a monarca constitucional. Poco después el mismo ejército lo convirtió de monarca constitucional en monarca prisionero, enviándolo desterrado para siempre a Salónica. Pero antes las tropas sublevadas invadieron el Ildiz-Kiosk saqueando sus palacios, rompiendo todo lo que no pudieron llevarse.

Alguno de los *jóvenes turcos* debió llevarse la placa de Blasco Ibañez, pensando, como el funcionario del ministerio, que «siempre valdría diez mil francos».

En un capítulo anterior hablé de la afición a la lectura que muestra el novelista.

Esta afición toma casi la forma de una voluptuosidad enfermiza. Blasco Ibañez no puede vivir sin leer. Cuando le es posible escoger sus libros, muestra sus predilecciones especiales. Pero cuando no es así, acepta los volúmenes que le depara la casualidad y se entrega a ellos. Unicamente las ciencias exactas tienen para él un misterio repelente que le hace retroceder. En los demás libros penetra como un curioso que no es capaz de asustarse, aunque el dueño de la casa (o sea el autor) ponga un gesto hosco y sea de conversación áspera y falta de amenidad.

En sus tiempos de agitador político estuvo desterrado algunos meses en una pequeña ciudad española, antiguo obispado en el que toda la vida estaba concentrada en el viejo palacio episcopal.

El desterrado leyó todos los libros profanos que pudo encontrar en esta ciudad. Como la escasez de dinero en que vivía entonces no le permitía traer de fuera libros nuevos, tuvo que dedicarse a leer todas las vidas de santos y todos los tratados de Teología que guardaban algunas señoras viejas, como herencia de canónigos muertos.

Un dia descubrió que una devota tenía en su casa una gran Biblioteca de libros no religiosos. Era la viuda de un general de ingenieros. La buena señora se asombró de que este joven le pidiera permiso para leer la Biblioteca entera llevándose libro por libro.

—¡Pero si son de cosas militares!— dijo la señora.

—No importa. Hay que saberlo todo.

Durante seis meses leyó a Jomini, a Montecuccoli, y a otros autores, antiguos y modernos, tratadistas del arte de la guerra, cuyos nombres no puede pronunciar sin sonreir, dándose cuenta de lo extraños que resutan en él.

—Todo lo que se lee, sirve alguna vez en la vida.

Este es un aforismo que Blasco Ibáñez repite, con convicción.

Sus lecturas militares le sirvieron efectivamente una vez. Fué du-

rante la guerra. Comía con varios generales franceses y el azar de la conversación le dió motivo para recordar los tratadistas que había leído veintiocho años antes.

—¿Y usted cómo demonio sabe todo eso? —le dijo bruscamente uno de los generales.

Y tuvo que contar su destierro en la dormida ciudad episcopal y sus visitas a la Biblioteca del difunto general de ingenieros.

Su estudio favorito es la historia. Y lo gracioso del caso es que el no cree en la verdad de la historia ni en la imparcialidad de los historiadores.

Pero le interesa la historia como una novela casi verídica en la que actúan grandes masas. Los historiadores, cuando saben describir el ambiente que evocan, son para él unos colegas, unos novelistas, aunque no han llegado a una verdadera especialización.

Siente el parentesco con los grandes sacerdotes de la ciencia histórica y los admira, aunque riéndose un poco interiormente de lo convencidos que parecen estar de que poseen la verdad sobre el pasado.

El cree como muchos que «la historia es una novela que fué y la novela una historia que pudo ser».

Para Blasco Ibañez, la historia es la novela de los pueblos y la novela la historia de los individuos.

V

El culto de Beethoven y Víctor Hugo—Los duelos—Un balazo mortal por bondad—*La discreción del novelista—Sus escrúpulos con los personajes femeninos— Historia y muerte de la novela* La voluntad de vivir.

La mayor parte de los escritores sienten una predilección especial por la pintura. Es más, algunos de ellos son refractarios a la música y cuando hablan de ella dicen verdaderos disparates, a pesar de su grandeza intelectual.

Blasco Ibañez gusta de la pintura y de la escultura, pero en realidad no son estas dos artes las que ama más. Para él la primera de todas las artes es la música.

Cuando habla de sus adoraciones y sus entusiasmos, dice así:

—Entre los genios humanos hay uno que se destaca por encima de todos; uno que es más grande que el poeta Shakespeare, que el novelista Cervantes; uno que es un demiurgo, un semidiós, el ser humano que se ha remontado más alto en lo sublime, que ha visto más de cerca el gran misterio que late en todos nosotros con el nombre de alma. Y ese hombre es Beethoven.

La adoración del novelista por Beethoven llega en él hasta tomar la forma de un culto pueril.

En todas las habitaciones de sus distintas casas, si se busca bien, se encontrará un retrato o un busto de Beethoven.

Otra divinidad comparte este culto con el gran músico. Es Víctor Hugo.

El novelista ha leído todo lo que se ha escrito sobre el gran poeta francés de bueno y de malo. Cuando algún irreverente intenta hablarle de los defectos de Víctor Hugo, le corta inmediatamente la palabra:

—Los conozco—dice—Pero también Dios tiene defectos, según muchos que lo han sometido a crítica, y esto no impide que millones y millones de seres creerán siempre en Él. Yo me mantengo fiel a la religión de mi juventud. Adoro a Víctor Hugo «y en esta fe quiero vivir y morir», como dicen los devotos.

Es extraordinario que Blasco Ibáñez se sienta atraído por la música con preferencia a la pintura.

Sus condiciones son todas de pintor. Es admirable su ojo para ver las cosas, así como la riqueza de su colorido al copiarlas, y el relieve de vida que les da.

Muchos lectores después de haber leído sus descripciones de paisajes o de personas, exclaman.

—¡Cómo *pinta* con la pluma este novelista!

Había olvidado hablar de los duelos, algunos de ellos de extremada dureza, que arrostró en su época de periodista de combate y de diputado provocador de escándalos en la Cámara.

Blasco Ibáñez se ha batido muchas veces; no sé a punto fijo el número, pero algo así como doce o catorce. Y él no cree en los llamados lances de honor y hasta se ríe un poco de ellos, como de algo trágicamente pueril, que no sirve para probar nada.

Evita hablar de estos incidentes de su pasado como si le avergonzasen, y cuando le obligan, dice simplemente:

—Me he batido para demostrar «que no tenía miedo» y sin ningún odio a mi adversario. Algunas veces he pegado; otras me pegaron a mí. ¿De qué ha servido esto en mi vida? ¿Qué ha podido probar?... ¡Cuando pienso que he sido herido casi de muerte tres meses antes de escribir *La Barraca*!...

Ni es partidario del duelo, ni ha tenido tiempo jamás para ejercitarse largamente en el manejo de las armas, que sólo conoce ligeramente. Y sin embargo, se ha batido con tiradores muy expertos, célebres en España.

Como él dice, se batía únicamente para demostrar que «no tenía miedo a nadie» y esto le hacía incurrir en los mayores atrevimientos, en las audacias más inexplicables.

Una vez, insultado en un periódico de Madrid por un hombre que gozaba fama de ser uno de los primeros tiradores de pistola, Blasco Ibáñez, que tenía el derecho de elegir las armas, eligió simplemente la pistola.

—Así verá—dijo tranquilamente a sus padrinos—que no le tengo miedo.

Y apenas sonó la voz de *¡fuego!* recibió un balazo en lo alto de una pierna, junto a la arteria femoral. Por un milímetro no quedó inútil para siempre o tal vez se salvó de morir.

Pero su desafío más célebre, del que se ocupó España entera fué el que sostuvo con un oficial de la policía de Madrid.

Este desafío, que fué el más grave de todos los suyos, lo afrontó *por bondad*.

Una noche al salir los diputados republicanos del Congreso, después de una tempestuosa sesión, en la que atacaron al gobierno, las gentes reunidas en torno de la Cámara hicieron una manifestación en honor de los diputados, y la policía, organizada militarmente, la disolvió a sablazos.

Blasco Ibáñez tuvo un altercado con un oficial de la policía y al día siguiente en la Cámara al interpelar al gobierno trató a dicho oficial con duras palabras. Entonces todos los oficiales del cuerpo de policía que pertenecen al ejército, se consideraron ofendidos; obligando a su compañero a que se batiese con el diputado.

El presidente de la Cámara, por su parte, llamó a Blasco Ibáñez para manifestarle que un diputado no debe batirse por palabras pronunciadas en el Parlamento y que si aceptaba el reto, la Cámara se vería obligada a proceder contra él.

Y ahora empieza lo más extraordinario de este duelo *por bondad.*

Una comisión de oficiales manifestó al novelista que si no se batía con su compañero, éste tendría que abandonar su carrera por verse deshonrado en su prestigio militar, perdiendo el único medio de vida que tenía para mantener a su familia. Entonces Blasco Ibáñez para no causar tal perjuicio a este javen que sólo había visto unos minutos durante la noche y entre los incidentes de un motín, aceptó el duelo, procurando que no lo supiesen sus colegas de la Cámara.

Los padrinos del oficial, fundándose en que tenían derecho a la elección de armas, concertaron un duelo nunca visto. Los combatientes debían colocarse a veinte pasos uno de otro, pudiendo apuntar y hacer fuego en *un espacio de treinta segundos.* Un lance preparado así equivalía a un suicidio, y los padrinos del novelista se negaron a seguir representándole. Pero éste, con la manía de demostrar que no tenía miedo, aceptó unas condiciones tan insólitas, y prescindiendo de los padrinos acudió al terreno con dos simples testigos.

Después de dada la voz de *¡fuego!* como tenía treinta segundos para apuntar y tirar, dejó que su adversario tirase el primero, para después tirar él al aire, dando por terminado el encuentro. Pero el oficial pudo apuntar tranquilamente durante algunos segundos y al fin disparó recibiendo Blasco un balazo en el mismo lugar del hígado.

Este balazo era mortal y el novelista al recibirlo se llevó ambas manos al costado, vacilando sobre los pies y abandonando su pistola. El golpe le quitó el aliento durante algunos segundos. Pero lo extraordinario era que no se veía sangre.

Al fin se aclaró el misterio. La bala esférica había venido a chocar con la pequeña hebilla de un cinturón ligero que llevaba el novelista. Y después de este choque, que dobló la hebilla incrustándola en la carne, la bala rebotó y la herida se convirtió en contusión.

Con esto – dice Zamacois al relatar el suceso – se dió por terminado el desafío y mientras el ilustre doctor San Martín curaba al novelista, asegurándole que, en aquel momento, *acababa de nacer*, uno de los padrinos del oficial, precisamente el que había exigido todas las bárba-

ras condiciones de aquel lance y que, por cierto, un año después murió en un manicomio, acudió a felicitarle:

—¡Muy bien, muy bien!...—exclamó estrechándole la mano—; celebro que esto haya terminado así, pues le advierto que soy un admirador de usted y que he leído todas sus novelas. Me gustan mucho, ¡mucho!...

A lo que Blasco Ibáñez repuso sencillamente:

—Pues ha estado usted a punto de acabar con la fábrica.

La contestación tiene verdadero *humor*: Blasco Ibáñez, al recordar este duelo, añade como comentario la siguiente paradoja:

—Y vea usted cómo es posible que un hombre ande a tiros con otro por no perjudicarle en su carrera.

Este desafío fué muy comentado en toda España y las gentes crédulas le dieron un carácter providencial, asombradas de que la pequeña hebilla, que era lo único duro que por olvido y por su propia insignificancia había quedado sobre el cuerpo del escritor, hubiese sido precisamente el lugar donde había ido a chocar la bala.

Entre los miles de cartas que recibió Blasco Ibáñez, hubo una muy interesante.

Era del Cardenal Arzobispo de Granada, anciano de ochenta años que en su juventud había sido militar. El Prelado decía en su carta al autor de *La Catedral* que este incidente era un aviso del cielo, que la Virgen lo había protegido y que debía aprovechar este aviso para arrepentirse de sus impiedades.

El novelista contestó al anciano una afectuosa carta, aunque sin prestarse al solicitado arrepentimiento, y se prolongó por algunos meses la correspondencia amistosa entre el novelista y el Cardenal, hasta que éste murió en aquel mismo año.

He hablado en otro lugar del respeto que Blasco Ibáñez muestra por su vida sentimental.

Hay autores de poca imaginación que sólo saben escribir novelas con fragmentos de su propia existencia, más o menos desfigurados. El novelista se describe en ellas como una especie de tenor, dotado de todas las cualidades físicas y morales, y detrás del cual corren deslumbradas las mujeres. Además, todas las personas que han tenido la des-

gracia de conocer al novelista en la vida vulgar y corriente, se ven puestas al desnudo en sus libros o calumniadas de un modo caricaturesco. De una manera o de otra, el autor las entrega a la risa o a la curiosidad del público.

En los últimos años hemos visto muchos abusos de esta clase. El lector seguramente lo recuerda y por esto considero inútil insistir.

Blasco Ibáñez no es de estos autores. Su rica imaginación le permite prescindir de estos abusos. No necesita copiar servilmente de la realidad de su vida para crear novelas. La vida ajena le parece siempre más interesante que la propia, y si por conseguir un éxito artístico se viese en la obligación de tener que exponer a la curiosidad del público las intimidades de un ser amado, prescindiría seguramente de hacer su obra.

—Se puede ser un escritor sin dejar de ser un caballero —dice—, cuando le hablan de los abusos de otros autores.

Le parece inaceptable, y hasta repugnante, ganar dinero y gloria literaria revelando las empresas amorosas del mismo novelista y sacando a la pública curiosidad las intimidades con las mujeres que se han prestado a embellecer su vida dándole su amor.

Es digno de observación el hecho de que en literatura muchos que pasan como *poetas de amor* o como *novelistas de mujeres*, en la realidad de su vida han tenido muy contadas satisfacciones amorosas. Las dos o tres mujeres con las que sostuvieron relaciones, las hacen conocer al público hasta en sus menores detalles, las desnudan ante los ojos del lector, hacen alarde de todas las sensaciones placenteras o dolorosas que les proporcionaron estos amores. Y el público, deslumbrado por la necesidad de escándalo y de ruido que estos escritores sienten cuando hablan de su vida íntima, los consideran como grandes amorosos, que pasaron su existencia abrumados por su buena fortuna con las mujeres.

En cambio, existen los grandes *silenciosos*, que establecen un límite entre su obra artística y su vida particular. No consideran que hay que agradecer el amor de una mujer con el escándalo o con el ridículo. Cuando enternecen al lector con sus páginas de entusiasmo amoroso o de melancolía, jamás se puede adivinar el verdadero nombre y el verdadero rostro de la mujer real que provocó estos sentimientos en el artista.

Víctor Hugo fué uno de estos autores. Las generaciones presentes sólo le ven en su ancianidad gloriosa, con barba blanca y la serenidad de un dios desconocedor de las pasiones humanas, y sin embargo, fué de una gran capacidad amorosa y por su vida pasaron muchas más mujeres que por las vidas de otros poetas que hicieron del amor el único tema de sus obras.

Blasco Ibáñez pertenece también a esta clase de recatados.

En sus novelas rara vez se vislumbra la parte sentimental de su propia vida. Y sin embargo, esa vida sentimental, siempre cuidadosamente ocultada —no por su prestigio, sino por el prestigio de las mujeres que han intervenido en ella— es considerable, según dicen los que le conocen a fondo.

Por exigencias y conveniencias de esta vida sentimental, hace años que anda fuera de España, rodando por el mundo.

Mucha mujeres han pasado por su vida, pero sólo él y muy pocos lo saben.

Hay quien identifica la Leonora, de *Entre naranjos*, con una tiple rusa de ópera, algo mayor que él, con la que viajó cuando tenía veintidós años. Otras protagonistas de sus novelas son explicadas por algunos con arreglo a ciertas damas que conoció el novelista.

Pero Blasco Ibáñez, en vez de prestarse a explicaciones, se irrita con estos parecidos y desorienta a los buscadores para que no sigan en su labor.

Toda novela suya, en la que el público cree encontrar semejanzas entre los personajes imaginarios y ciertos personajes reales, le disgusta inmediatamente. Muestra cierta adversión hacia *La Maja Desnuda*, porque los lectores creyeron ver a su amigo el ilustre Sorolla en el pintor protagonista de la obra, y dijeron igualmente que la marquesa que en ella aparece era una aristócrata muy conocida en aquel entonces en Madrid.

Igualmente le han molestado las diversas versiones que ha dado el público español a la doña Sol de *Sangre y Arena*.

Si un lector encuentra parecido real a uno de sus personajes masculinos, esto le molesta menos que si las suposiciones se hacen a costa de una mujer.

El novelista conoce bien su arte, y sabe que muchas veces se pueden sufrir terribles sorpresas y causar grandes daños sin saberlo.

El trabajo del novelista tiene mucho de subconsciente. A veces el autor cree estar describiendo personajes que son hijos legítimos de su imaginación, de los pies a la cabeza, y estos personajes han sido vistos en la realidad muchos años antes o están formados con la superposición de diversos recuerdos. Luego el creador es el primer sorprendido al ver que el público descubre su verdadera identidad, reconociendo a los que sirvieron de modelos.

Blasco Ibáñez se acuerda con emoción de una de estas equivocaciones.

Estando en los comienzos del período más importante de su vida sentimental, escribió una novela titulada *La voluntad de vivir*. Nunca produjo con tanta fiebre y con tanto entusiasmo.

En cuatro meses terminó la novela y cuando ya estaba impresa en volúmen, antes de lanzarla al público, tuvo la acertada idea de ofrecer el primer ejemplar a una persona que dominaba su vida y que por razones sociales necesitaba permanecer en el misterio.

Esta persona leyó el libro en una noche, de un tirón, quedando a la vez asombrada y aterrada. Asombrada por la vehemencia y el calor con que estaba hecho este libro, palpitante lo mismo que un organismo viviente. Aterrada, porque se vió en el libro de pies a cabeza, como si se contemplase en un espejo. Quedaban en él librados a la curiosidad del público todos los detalles de una pasión.

¡Y el novelista había creído guardar en su obra una absoluta impersonalidad, no poniendo en ella nada de su propia existencia!

Con uno de esos autores de exagerado amor propio y femenil vanidad, el incidente hubiera resultado de difícil resolución. Los hay de ellos que entre la muerte de su madre o la muerte de su libro, optarían por la primera.

Blasco Ibáñez no dudó.

El libro iba a lanzarse a la venta al día siguiente y telegrafió a Valencia a su editor para que suspendiese la salida. La primera tirada de una novela de Blasco Ibáñez era en aquel entonces de doce mil ejemplares (*La voluntad de vivir* fué escrita e impresa entre *La maja desnuda* y *Sangre y arena*). Esto representaba para Blasco Ibáñez la pérdida de doce mil pesetas por derechos de autor dejados de percibir, y además el pago de otras doce mil pesetas en efectivo por el valor de la impresión y encuadernación de los volúmenes.

No vaciló, y *La voluntad de vivir* fué condenada a muerte.

Luis Morote contó algunos días después en un artículo de *El Heraldo de Madrid* esta historia pocas veces vista, de un libro suprimido por su autor. El malsano interés por todas las cosas de la vida íntima, el gusto por el escándalo, hizo que muchas gentes ofreciesen cantidades importantes por un ejemplar de la novela suprimida.

Entonces el editor, por orden del novelista, quemó los doce mil volúmenes.

Este título de *La voluntad de vivir* tal vez lo emplee Blasco Ibáñez en otra novela, con el tiempo.

Pero de la primitiva *Voluntad de vivir*, de la de 1907, no existe ni un solo ejemplar.

A no ser que la persona que leyó la novela en una noche y fué causa de su muerte, haya guardado el volúmen que sirvió para esta única lectura.

VI

El viaje a la América del Sur.—Su amistad con Anatole France.—Hazañas de conferencista.—Catorce mil quinientos francos ganados en una tarde.—De «tenor literario» a colonizador.—Su vida en Patagonia.—La lucha con la tierra, con los hombres y con los Bancos.—Un discurso con la carabina en la mano.—«A la gloria de Cervantes».—Dos colonias separadas por cuatro días y cuatro noches de ferrocarril.—Rudos contrastes de una existencia.—La nueva casa tropical o el primer huesped que la habitó.—El colonizador cambia de rumbo.

En 1909, Blasco Ibáñez hizo un viaje a la América del Sur.

Empezaba a ser en aquel entonces uno de los novelistas más leídos en las repúblicas americanas de lengua española y además colaboraba en las principales publicaciones de allá.

Un gran empresario de teatros de Buenos Aires organizaba entonces conferencias literarias. Las tales conferencias resultaban en realidad un pretexto para traer a los personajes literarios más conocidos de Europa y que el público los viese de cerca. En años anteriores habían hecho el viaje dos conferencistas italianos, el historiador Guillermo Ferrero

y el criminalista Enrique Ferry. Ahora el empresario llevó al maestro Anatole France y a Blasco Ibáñez.

Cuando llegó nuestro novelista, Anatole France estaba ya en Buenos Aires hacía algunos días.

Desde este viaje, una cordial amistad une al novelista español con el gran escritor francés. Se tratan sin ninguna ceremonia a pesar de la diferencia de edad que existe entre los dos. Además Blasco siente una profunda admiración por el novelista de *Thais* y *Le Lys Rouge*.

Siempre que France y Blasco Ibáñez almuerzan ahora en París con sus editores los hermanos Calmann-Lévy, sale a colación el recibimiento de Blasco Ibáñez en Buenos Aires.

Este recibimiento fué extraordinario. El novelista era el primer escritor español que iba a la América del Sur después de larguísimos años de una inexplicable falta de relaciones intelectuales con España, a la que llaman *Madre Patria* las repúblicas Hispano-Americanas. Blasco Ibáñez tiene allá innumerables lectores que le leen directamente, por ser el español el idioma de aquellos países. Además existe en la Argentina una enorme colonia española de ideas republicanas en su gran mayoría, y junto con el novelista célebre veían muchos al antiguo agitador objeto de persecuciones.

Total, que una masa de 70.000 u 80.000 personas recibió al novelista en el puerto acompañándolo desde el vapor hasta su alojamiento.

La afluencia fué tan enorme, que el carruaje que conducía al novelista quedó roto bajo el peso de la muchedumbre y un pelotón de jinetes tuvo que abrirle paso hasta su Hotel.

—¿Se acuerda usted —dice Anatole France— de cuando le llevaron en triunfo a su llegada a Buenos Aires?...

—En triunfo, no —contesta el novelista—. Había mucha gente nada más.

—En triunfo —insiste Anatole France—. Yo lo ví y escuché el discurso que usted les lanzó desde el balcón. Yo no sé el español, pero lo entendí todo perfectamente.

A Anatole France le hace gracia la manera vehemente y expresiva de hablar de Blasco Ibáñez, el cual acompaña su palabra instintivamente con las manos, con los ojos, con toda su persona, dando a lo que dice una fuerza comunicativa que empieza por dominarle y sugestionarle a él mismo.

Blasco Ibáñez no es un orador. Muestra empeño en hacer constar que no es un orador, ni quiere serlo, como si esto significase algo molesto para él. Es en realidad un improvisador, un repentista que necesita estar convencido de lo que dice para decirlo bien, y necesita igualmente tener por auditorio una gran muchedumbre; lo mismo le da que sea amigo u hostil para improvisar con rapidez y gallardía. Ante un público reducido habla con dificultad.

En España, en sus tiempos de propagandista, habló en toda clase de locales: en teatros, en circos, en plazas de toros, en playas, en castillos arruinados, en anfiteatros romanos, en mitad de una plaza de pueblo subido en un carro, lo mismo que un charlatán de feria. Hubo cura de pueblo que, para que no le escuchasen sus feligreses, lanzaba al vuelo todas las campanas de su iglesia. El propagandista republicano seguía gritando, en valerosa rivalidad con las campanas. En otras partes los campesinos legitimistas cortaban sus discursos con tiros de escopeta de los que se salvaba por un azar de la suerte.

Muchas veces los públicos que pedían su muerte, acabaron aplaudiéndole. En otras ocasiones hizo llorar de emoción a estos públicos, pero hay que decir que el orador, arrastrado por su propia vehemencia meridional, acababa enterneciéndose lo mismo que sus oyentes.

En sus arengas no hay orden ni disciplina literaria. Copiadas taquigráficamente resultarían monstruosas como todas las improvisaciones de los oradores expontáneos; pero conmueven y arrastran al público más tal vez que los discursos preparados con anticipación, escritos como una obra literaria y aprendidos de memoria.

En algunas circunstancias, temiendo decir demasiado u olvidar algo importante, Blasco Ibáñez ha preparado un discurso o una conferencia escribiéndola y confiándola a su memoria. ¡Trabajo inútil! Al hablar al público poniéndose en comunicación psíquica con la muchedumbre, ha sentido la embriaguez que sienten los oradores expontáneos ante los grandes auditorios y se ha lanzado a improvisar, diciéndo algo completamente distinto en su forma y en sus imágenes a la arenga que traía preparada.

Con estas condiciones no es de extrañar que corriese varias repúblicas de la América del Sur pronunciando conferencias ante grandes públicos, incesantemente renovados.

Anatole France dió cinco conferencias en Buenos Aires, volviéndo-

se a París después de breves escalas en Montevideo y Río de Janeiro Blasco Ibáñez asistió a todas ellas y en la primera Anatole France añadió a la lectura de su conferencia un exordio saludándolo como novelista español y como colega en ideas políticas y sociales.

Blasco Ibáñez pudo permanecer mucho más tiempo en América. Hablaba el idioma usado por el público. Durante nueve meses dió conferencias en república Argentina, Uruguay, Paraguay y Chile. Estas conferencias debieron ser unas ciento veinte. Llevó la existencia de un *tenor literario*, como dice él al recordar este período de su vida, recibiendo grandes ovaciones y ganando mucho dinero.

—Lo más penoso —dice— no eran las conferencias, sino las llegadas a las poblaciones; todo el ceremonial del recibimiento, las comisiones con banderas y músicas, el estrechar centenares de manos y tener que recordar centenares de nombres; las visitas a todas las cosas notables de la región, las graves pláticas con las autoridades del país y, sobre todo, los banquetes, los interminables banquetes. Cada conferencia representaba por lo menos tres banquetes; el de llegada, el de celebración del éxito, después de la conferencia, y el de despedida. Si me hubiesen dado la mitad del dinero que se invirtió en mis banquetes sería hoy enormemente rico.

Uno de los detalles que recuerda con más interés Blasco Ibáñez, fué la facilidad extraordinaria, la agilidad rarísima que llegó a adquirir para improvisar una conferencia en el curso de estos nueve meses de incesante labor oratoria. Cuando llegaba a una ciudad preguntaba a los periodistas o a los organizadores de su viaje sobre qué tema de interés querían que hablase pocas horas después. A veces aceptaba un tema de interés puramente local y le bastaba una ligera lectura y unos cuantos informes orales para hablar durante hora y media en la misma noche, entreteniéndo al público agradabilísimamente.

Él mismo se asombra ahora al recordar sus excesivas facultades como conferencista, que parecieron desarrollarse a expensas de sus facultades de escritor, atrofiándolas.

—Cuando volví a Europa —dice— me había olvidado de escribir. En nueve meses no había hecho más que hablar y hablar, y cuando necesitaba escribir algo tenía que apelar al dictado, diciéndolo todo en una forma sonora y declamatoria.

El novelista describe también, al evocar sus recuerdos, el carácter de esta *tournée* oratoria.

—Era yo —dice— como un tenor de los que llenan los teatros con su nombre; pero un tenor que no necesitaba muchos trajes, ni compañías, ni decoraciones; que le bastaba con un simple frac y podía seguir cantando aunque estuviese resfriado o ronco. Gané mucho dinero. Gasté mucho, pero todavía al volver a Europa llevaba un regular capital.

Recuerda el primer domingo que pasó en Buenos Aires. Sus conferencias, alternadas con las de Anatole France, eran a las cinco de la tarde en uno de los teatros más distinguidos de la capital y acudía un público aristocrático, compuesto en su mayor parte de señoras.

Pero este primer domingo lo aprovechó para dar una conferencia popular en el teatro más grande de Buenos Aires, una sala que puede contener seis mil personas y que aquella tarde tenía más de ocho mil. Los empleados, los comerciantes, los obreros acomodados, todos los que no podían asistir a las conferencias en los días de trabajo y deseaban escuchar al novelista, llenaron el teatro desde las dos y media de la tarde.

Después de la inmensa ovación que le saludó al aparecer completamente solo en un escenario inmenso destinado a óperas de gran aparato, el novelista dijo simplemente a guisa de exordio.

—Les agradezco mucho que hayan venido a verme. Podían haber pasado la tarde paseando; podían haber asistido a una representación teatral. Pero ya que han venido aquí, sé cual es mi obligación. Debo entretenerlos hasta el anochecer.

Y cumplió su palabra. Los *entretuvo* durante tres horas y media abordando el enorme tema de la *historia política y literaria de España desde la separación de sus colonias americanas;* o sea, la historia española del siglo diez y nueve que es la que menos conocen los hispano-americanos.

Hablar durante tres horas y media es algo extraordinario; pero hablar a plena voz, en un local inmenso, sin fluctuaciones de entusiasmo, manteniendo vivo el interés del público y provocando al final de muchos periodos aplausos o risas, es más extraordinario aún.

A las dos horas el público asombrado, empezó a gritar pidiendo que el conferencista descansase.

—No me conviene —dijo simplemente el orador— Si me callo no

podré seguir, quedaré ronco, sentiré de golpe el peso de toda la fatiga. Dejen que continúe así en caliente mientras tenga voz.

Y continuó hablando, sin fatiga visible, hasta que al mirar el reloj creyó oportuno dar fin a esta peroración extraordinaria.

Al día siguiente había perdido completamente la voz y tenía que hablar por señas. Llegó a creer que no la recobraría nunca.

Cuando salía de la conferencia, sudando a mares, su empresario lo abrazó conmovido.

—¿Cuánto es?— preguntó el novelista comprendiendo que esta emoción sólo podía tener una causa.

Y el empresario dijo una cifra en pesos argentinos que representaba catorce mil quinientos francos, pero no francos como los de ahora, sino francos de tipo oro.

—Como recompensa por una tarde de trabajo no esta mal—dijo Blasco Ibáñez.

Meses después al embarcarse para Europa se encontró en Montevideo con el famoso torero Antonio Fuentes, que según muchos le había servido de modelo en algunas cosas para el Gallardo de *Sangre y Arena*.

—¿Cuánto gana usted por tarde de corrida? —le preguntó el novelista.

—Yo gano unas diez mil pesetas.

—Pues yo en una tarde he ganado catorce mil quinientas. Ya era hora de que un escritor español gane más que un torero.

La idea de Blasco Ibáñez, al embarcarse para la América del Sur, era recorrer todos los países americanos de habla española, llegando de república en república, hasta la frontera de los Estados Unidos. Eran veinte naciones las que iba a visitar y estaba dispuesto a realizar este viaje aunque invirtiese en él dos o tres años. En algunas repúblicas americanas que él no ha visitado todavía, se hacían preparativos para recibirle.

Pero todo esto lo cortó repentinamente su carácter inclinado a la aventura, su amor a la vida de acción, que surgiendo inesperadamente convirtieron al conferencista intrépido y al novelista célebre, en un *pioneer* de las tierras vírgenes.

Y empezó su *aventura colonizadora*, la más disparatada y heroica de todas sus aventuras.

Su viaje de conferenciante no era guiado verdaderamente por el interés. Su empresario se veía obedecido mientras las conferencias eran en las grandes ciudades, pero una vez en el campo, al emprender los viajes por las enormes extensiones de la república Argentina, era el artista el que se sobreponía al conferencista y el empresario se daba a todos los diablos al ver cómo abandonaba el itinerario fijado, para ir a contemplar una maravilla de la naturaleza o los adelantos de la colonización en las tierras vírgenes.

Así se explica que este conferencista viese el inmenso país como lo han visto pocos viajeros europeos. Blasco Ibáñez conoce casi todos los estados y territorios de la república Argentina desde la zona tropical a las tierras heladas del extremo Sur. A veces el empresario que dirigía su marcha desde Buenos Aires, le creía en una ciudad de provincias dando conferencias y recibía con indignación la noticia de que estaba en una toldería de indios del Norte, estudiando sus costumbres.

Parecía que resucitase en él algo del alma de los antiguos conquistadores. Le tentaban los territorios vírgenes, la lucha con la naturaleza en estado salvaje; recordaba con fruición la obra de los primeros hombres blancos que civilizaron las Indias Occidentales.

Algunos argentinos ilustres que *adivinaban* sus pensamientos, le tentaron con sus proposiciones. Él, que era un hombre de voluntad y de energía acostumbrado a la pelea y a dirigir masas por ideales abstractos, ¿por qué no se quedaba en el país y hacía una grande obra de colonización que al mismo tiempo le enriquecería poderosamente?...

Y Blasco Ibáñez quedaba pensativo diciendo después:

—Sería muy hermoso vivir una novela en vez de escribirla; dejar de fabricar libros impresos para hacerlos en la realidad. Además me gustaría ser millonario aunque sólo fuese una temporada, o simplemente manejar el dinero en grandes cantidades, mandar muchos trabajadores; desfigurar el aspecto de un pequeño rincón de la tierra; crear pueblos. Quisiera saber lo que es esto.

El que entonces era presidente de la república Argentina y sus ministros, se mostraban favorables a que este extranjero tan conocido se incorporase para siempre a la vida de su país. El novelista, convertido en agricultor, resultaba una buena *réclame* para la república Argentina que en aquel entonces deseaba atraerse la emigración de Europa.

Le prometieron venderle tierras a precios baratos, con arreglo a las condiciones de la ley, y el novelista, aunque todavía no decidido a este cambio radical en su existencia, empezó por desistir de su viaje al resto de América y regresó a España.

Allí escribió con rapidez su libro *Argentina y sus grandezas*, que es un relato tal vez exageradamente entusiástico de todo lo que había visto. Después de cumplido este deber de agradecimiento con la tierra que tan bien le había tratado, abandonó su patria para volver a la América del Sur.

Su porvenir quedaba decidido. Iba a ser colonizador en la república Argentina.

Hay en Blasco Ibáñez una doble personalidad que se encuentra en otros novelistas y que se hizo muy notable en Balzac.

Al mismo tiempo que escritor, es un hombre de negocios. De negocios que las más de las veces acababan mal, como los del autor de *La Comedia Humana*; pero que casi siempre están cuerdamente pensados.

Yo creo que un hombre que sabe hacer una buena novela, reflejo de la vida, puede también discurrir una gran empresa de trabajo. Lo malo es que los grandes imaginativos, abundantes en invenciones, se sienten atraídos y dominados al poco tiempo por una nueva idea que les hace descuidar y abandonar la anterior. El hombre verdaderamente de acción tiene muy contadas ideas y éstas las sustenta tenazmente hasta que consigue convertirlas en realidades. De aquí su superioridad sobre el hombre de imaginación metido a director de empresas.

Blasco Ibáñez, cuya vida particular ofrece muchos puntos de contacto con la de Balzac, siempre ha soñado con grandes empresas industriales o agrícolas al mismo tiempo que escribía sus novelas.

Esto obedece en él a una necesidad de acción, más qne a un deseo de adquirir riquezas.

Jamás ha jugado a ningún juego, ni siquiera al dominó; y los negocios bursátiles le inspiran repugnancia.

El dinero ganado con facilidad y sin esfuerzo no le atrae. En cambio admira la riqueza de los grandes capitanes de la industria, de los que crean inmensas fábricas, líneas de navegación y someten al cultivo las tierras infructíferas desde el principio del planeta.

En su novela *Los Argonautas*, ha cantado más aún que ha descrito, la grandeza de estos titanes modernos.

Un ensueño semejante le sacó de la órbita de su vida llevándole a América para continuar en tiempos modernos el audaz atrevimiento de los conquistadores.

Fué como un visionario testarudo en busca de la dificultad, del obstáculo, con el deseo de vencerlo, de hacer algo que no hiciesen los demás. Y en esta empresa expuso tranquilamente todo cuanto poseía: la herencia de su padre, lo que sus libros le habían dado en España, todo lo que había ganado en América.

Sus amigos de Buenos Aires vieron con extrañeza y asombro al hombre que un año antes era buscado de los públicos, al hombre que costaba dinero el oirle, al novelista invitado y festejado, vestirse las rudas botas y el traje de los hombres del campo, marchándose al desierto. El gobierno quiso darle tierras en un lugar civilizado, cerca de otros grupos de población; pero esto no podía agradar al novelista. Era ser un simple agricultor y él quería ser colonizador, luchar con las tierras vírgenes y con todos los peligros del desierto.

Por esto escogió sus tierras en la Patagonia, en el territorio de Río Negro, interminable soledad que tiene las trombas de tierra y los espejismos engañosos del Sahara, y a través de la cual las caravanas de mulas arrostran el peligro del hambre y de la sed en sus audaces travesías, lo mismo que las caravanas de camellos en el desierto africano. Darwin, en el viaje que hizo alrededor del mundo en su juventud, llamó a estas altiplanicies patagónicas cercanas al Atlántico *tierras de la desolación*. Pero a ambos lados de los ríos que las cruzan existe una faja de tierra riquísima que parece haber recogido todos los elementos de fertilidad que les faltan a las yermas altiplanicies vecinas.

Blasco Ibáñez fué a establecerse en una tierra de esta clase, situada a la margen izquierda del Río Negro y que había estudiado ligeramente durante su viaje de conferencista. Compró tres leguas cuadradas viéndolas en el mapa. Luego tuvo que ir brújula en mano, con un agrónomo, a buscarlas en la realidad, marcando sus límites.

Así empezó su vida en el desierto, acompañado de unos cuantos hombres fieles que eran a modo de su estado mayor y pertenecían a las más diversas nacionalidades. Su primera vivienda fué una cabaña de paja muy vieja, comprada a un indio que era el único habitante de esta soledad. Al poco tiempo el rudo cambio de vida, las privaciones, las aguas encharcadas de una gran inundación, le proporcionaron unas te-

rribles fiebres. Pasó delirando varios días tendido en su cabaña, sin otra asistencia que la de una india, curandera y bruja. Del techo de paja le caían continuamente sobre el rostro unos insectos sanguinarios, llamados *vinchucas*. Al fin, acompañado de un amigo, salió en un carrito para ir a donde estaba el médico más cercano, que era algo así como a veinte leguas. Cerrada la noche se rompió el vehículo, no pudiendo avanzar más, y el amigo tuvo que retroceder en busca de otros medios de locomoción, dejando a Blasco Ibáñez solo en el desierto, no sin antes prender fuego al bosque bajo, para que la luz le sirviese de compañía y ahuyentase a los pumas y otros animales carnívoros que abundan en aquella región. Así pasó casi toda una noche, temblando de fiebre, tendido sobre un poncho junto a los matorrales en llamas, rodeado de la inquietante sombra de un rincón del mundo que después de millones de años iba a quedar sometido por primera vez al poderío de los hombres.

Sería muy largo de contar el período de cuatro años, lleno de aventuras y peligros que pasó el novelista junto al Río Negro fundando su colonia, a la que dió el nombre de *Cervantes*. Tuvo que luchar con la tierra, con los hombres y con los Bancos. Estas tierras no valían nada sin la irrigación, pues en Patagonia llueve muy poco. A Blasco Ibáñez se le había metido en la cabeza hacer un sistema de irrigación sin ayuda ajena, y se lanzó a esta empresa con una confianza en sí mismo verdaderamente asombrosa. Al poco tiempo había consumido todo su dinero y tuvo que solicitar el apoyo de los Bancos de Buenos Aires, como todos los productores de aquel país cuyas empresas tienen por principal base el crédito.

Blasco Ibáñez se acostumbró a esta nueva vida con la fácil ductilidad que posee para amoldarse a lo que le rodea, cuando su voluntad va de acuerdo con ello. Sus luchas con la tierra y con los hombres, aun siendo durísimas no le impresionaban tanto como sus luchas y sus intrigas con los hombres de dinero para que siguiesen favoreciéndole. Cuando se quitaba su traje de colono para ir a Buenos Aires a instalarse en un cómodo hotel y vivir durante unos días una existencia de lujo, el colonizador temblaba sin embargo. Se veia ya en la calle donde están establecidos los Bancos, solicitando la benevolencia de los gerentes para poder continuar su obra.

Contra la opinión de los más, Blasco Ibáñez la llevó adelante. Ro-

turó las tierras vírgenes, hizo todo un sistema de irrigación a semejanza de los de la huerta de Valencia, con las aguas del Río Negro. Para estos trabajos llegó a tener bajo sus órdenes hasta 600 jornaleros de las más diversas nacionalidades del antiguo y del nuevo mundo; una minoría era la flor y nata del aventurerismo y hasta del bandidaje internacional. En gran parte eran chilenos; los había también indios del país, mezclados con europeos y asiáticos. En la primera parte de *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* se ve cómo el dueño de la *Colonia Cervantes* aprovechó sus recuerdos cuando quiso en Europa volver a escribir novelas. Uno de sus peones embrutecido por el alcohol resultó ser un alemán ex-barón y ex-capitán de la guardia imperial; otro más arruinado aún era un famoso arquitecto de Viena caído en la degradación. Todos los sábados por ser día de paga corría el alcohol en los diversos campamentos de trabajadores, sonaban las guitarras de los chilenos entonando la *Zamacueca*, su danza nacional, y la fiesta terminaba invariablemente a puñaladas y tiros. Rara era la semana que no había un herido o un muerto.

De este modo fué avanzando rápidamente la obra de los canales de irrigación. Como el lector adivinará, el dirigir a toda esta tropa de desesperados en un lugar desierto, no resultaba empresa fácil; tanto más cuanto que todos trabajaban con revólver y cuchillo. Unos cuantos amigos de confianza rodeaban a Blasco Ibáñez, siendo sus capataces y administradores. Pero un día, por exigencias del trabajo, estuvieron todos durante la mañana, lejos de la colonia, y para mayor fatalidad Blasco Ibáñez guardaba en la casa de madera, que ahora le servía de habitación, el dinero necesario para al pago de la semana.

Cuando estaba ocupado al aire libre en los trabajos de su limpieza personal, vió venir hacia su casa a todos los peones europeos, de uno de los campamentos, que habían abandonado su trabajo. Las mujeres de los altos empleados, que eran las únicas que habían quedado en el grupo de casas, corrieron asustadas hacia él. Estos hombres habían abandonado el trabajo pretextando una huelga y venían a presentar sus reclamaciones; pero en realidad lo que buscaban era entrar en la casa principal y una vez en ella matar al dueño, apoderándose del dinero.

Blasco Ibáñez es hombre de muchedumbres, y comprendió que su única salvación estaba en tomar la ofensiva adelantándose a sus intenciones. Ligero de ropa como estaba, tomó una carabina Winchester y

salió a la puerta dando gritos para que no pasasen la alambrada que rodeaba la casa.

—¿Qué atropello es este? Lo que tengan que decir díganlo y se les atenderá en lo que sea posible. Pero sin mi permiso nadie puede pasar al otro lado de esos alambres. Al primero que pase le hago fuego. Y después de esta amenaza que poco podía conmover a hombres de tal clase y tan numerosos, empezó a hablar... a hablar... a hablar...

—Jamás —dice el novelista— he pronunciado un discurso con más emoción que el que dije con el Winchester en la mano. Temía de un momento a otro que el público se me viniese encima, pasando la frágil valla de los alambres. Veía caras amenazantes, caras horribles, y lo peor era que eran caras de blancos. Otras caras se contraían con el esfuerzo de la atención, y la duda iba marcándose en ellas. Eran de mestizos relativamente buenos que empezaban a no creer en las sugestiones de sus camaradas; hombres que momentos antes estaban dispuestos a ser ladrones y ahora ya no querían serlo. A la media hora empezaron a llegar peones de los otros campamentos avisados por las mujeres de los empleados. Con la presencia de estos testigos se fué desvaneciendo la inminencia del peligro. Empezaron las discusiones en el interior del grupo amenazante, que fué subdividiéndose. Los más fieros y empedernidos, todavía se mantuvieron hasta la tarde cerca de la casa, mientras yo fingía leer, pero siempre con la carabina cerca de la mano. Hasta que al fin volvieron a la colonia los hombres de confianza, restableciéndose la tranquilidad.

El europeo se asombra cuando lee que en el desierto argentino hay ferrocarril, y sin embargo así es. En Europa los ferrocarriles se hacen para las poblaciones; pero en la América progresiva es al revés, y los pueblos sólo surgen después de construídas las vías férreas. Son los ferrocarriles los que hacen los pueblos.

Las tierras de esta colonia estaban cruzadas por la vía férrea, pero el ferrocarril que sólo pasaba cada dos días, no se detenía hasta muchas leguas más allá.

El novelista consiguió que se detuviese en adelante, creando una estación, la Estación Cervantes, que fué una barraca de madera. Después de esto, trazó el futuro pueblo, con calles de veinte metros de ancho y plazas inmensas con arreglo a lo dispuesto por las leyes argen-

tinas de colonización. Estas leyes piensan en el porvenir y temen sin duda quedarse cortas.

Una vez trazado el pueblo, su fundador creyó necesario hacer ante todo una obra de justicia. Antes de que existiesen en él verdaderos edificios de cal y de ladrillo, hubo un monumento. Blasco Ibáñez se ha indignado muchas veces al ver que en las veinte repúblicas americanas de lengua española hay pueblos que llevan los nombres de casi todos los santos y de muchos personajes históricos, pero ni uno sólo que recuerde la gloria de Don Miguel de Cervantes, el autor de *Don Quijote*, el padre espiritual de todos los pueblos que usan la lengua española.

Y por esto lo primero que hizo al trazar el pueblo, fué colocar en el centro de la futura plaza un modesto pedestal de albañilería y sobre él un busto del genial novelista...

Como si no tuviese bastante con las preocupaciones, angustias y peligros que le proporcionaba su empresa de Río Negro, Blasco Ibáñez, que es incapaz de medir sus fuerzas cuando algo le inspira entusiasmo, se comprometió en la formación de una segunda colonia al norte de la Argentina, en la provincia de Corrientes, cerca de las fronteras del Uruguay y del Paraguay, a la que dió el título de *Nueva Valencia.*

De este modo se vió comprometido a la vez en dos colonias situadas dentro de la misma nación, pero a una distancia más grande que la que hay entre París y Petrogrado. *Nueva Valencia* estaba en la zona tropical y *Cervantes* en una zona extremadamente fría con temperaturas frecuentes en el invierno de 18° bajo cero. Cuatro días y cuatro noches de tren necesitaba el novelista para ir de una colonia a otra, e hizo este viaje un sinnúmero de veces. Hasta en una ocasión, al llegar a *Cervantes* por la mañana volvió a salir por la tarde para *Nueva Valencia*, pasando de este modo ocho días y ocho noches en el tren. Él mismo se asombra ahora de que su salud resistiese estos viajes, no sólo por su fatiga, sino por el brusco cambio de temperatura. A lo mejor llegaba distraidamente a la colonia del Norte, de una temperatura paradisíaca con el capote de pieles de zorro y las demás ropas gruesas de su uniforme patogónico. Otras veces caía en las llanuras de Río Negro, heladas y barridas por un viento glacial, sin más abrigo que el poncho ligero y de vivos colores de las regiones tropicales.

En el Norte eran más abundantes los indios que en el Sur. Enfrente de su colonia estaba el Chaco, por el que hizo Blasco Ibáñez varias expediciones, estudiando de cerca la vida salvaje de las tribus errantes.

No todo eran penalidades y luchas de colonizador en esta vida llena de contrastes.

Las exigencias financieras de sus empresas le obligaban a vivir de vez en cuando en Buenos Aires para el estudio de sus máquinas de irrigación, para reunir fondos con que proseguir sus empresas, para mezclarse en negocios de especulación sobre tierras, cuyos productos le servían igualmente para continuar sus negocios colonizadores.

En esta vida, que puede llamarse ciudadana, ganó y perdió mucho dinero, manejando cantidades algo considerables para un criterio europeo. Al celebrar cierto periodista una interviú con Blasco Ibáñez hace pocos años, le preguntó qué obra suya era la que había firmado con más emoción. Y el novelista contestó sonriendo:

—Un cheque que firme una vez de ochocientos mil francos.

En esta vida vertiginosa de colonizador del desierto y de comprador y vendedor de terrenos en la ciudad, las decoraciones se reemplazaban con los más rudos contrastes y la existencia saltaba de los últimos refinamientos de la civilización a la ruda pobreza de las primeras edades. Una semana la pasaba en un gran Hotel de Buenos Aires semejante a los de Nueva York, con todos los refinamientos del confort. A la semana siguiente estaba en la casa de madera de Río Negro temblando de frío o galopaba entre los torbellinos de polvo levantados por el huracán de Patagonia, que muchas veces derriba a los hombres de sus caballos. Otras veces dormía en un rancho de Corrientes donde al apagar la luz veía las estrellas através de los troncos que formaban las paredes. Durante la noche chillaban las ratas en torno de la vivienda perseguidas por las serpientes

Blasco Ibáñez, al final de su vida americana, llegó a construir una hermosa casa de ladrillo con grandes verandas, en su colonia de *Nueva Valencia*. Él cuenta muchas veces riendo quién fué el primero que la habitó.

Cuando llegó de Buenos Aires a tomar posesión de la casa fué admirando los papeles de las paredes, los cuadros y el parquet de madera reluciente, que resultaba un gran lujo exótico en este país tropical.

Habían llevado con el varios cajones de libros y lo primero que hizo fué dedicarse a su instalación. Pero dejémosle hablar a él.

—Estaba yo con un tomo en la mano de la gran *Historia General,* de Lavisse y Rambaud, cuando me fijé que en el centro del salón había una corbata caída sin duda de mi equipaje. Me llamaron la atención sus colores amarillo y negro desconocidos para mí. Me acerqué a ella para levantarla del suelo, pero antes de que la tocase fué la corbata la que se levantó por sí sola, obligándome a retroceder. Era una serpiente de cascabel. Había construído yo una casa y antes de que me instalase en ella, ya había tomado posesión este reptil como si le perteneciese. Sentí tal cólera, que la arrojé el volumen de Lavisse y Rambaud; pero sólo conseguí romper la encuadernación del volumen tal como lo conservo aún, pues la serpiente escapó entre las hojas abiertas y hubo que matarla a palos.

Él cuenta también cómo al dormir en los ranchos durante sus excursiones era precaución necesaria al bajar del catre volver hacia abajo las altas botas de cuero de cerdo para que cayesen los insectos venenosos o los reptiles que hubieran podido refugiarse durante la noche dentro de ellas.

Durante estos años de vida intensa y abundante en contrastes, Blasco Ibáñez volvió varias veces a Europa, aunque sus viajes casi siempre fueron rapidísimos, pasando más tiempo en el mar a la ida y a la vuelta, que en tierra firme. Gozaba de un golpe todos los refinamientos de la civilización en París o en otra gran capital, para volver inmediatamente a su aventura colonizadora. Tal vez estos viajes obedecían también a motivos pasionales.

El novelista recuerda un anochecer en la llanura patagónica cuando había ido a estudiar unas tierras nuevas. Mientras el peón encendía la hoguera para asar la carne, él le ayudaba sentado en una silla de montar, pelando patatas.

—Y pensé —añade con una melancolía comprensible— que treinta días antes estaba comiendo en el Bosque de Bolonia, en el Restaurant de Armenonville.

De pronto, en 1913, Blasco Ibáñez cambió de rumbo en su entusiasmo colonizador.

Hay que advertir que en dicho año la república Argentina sufrió una de esas crisis económicas que son como enfermedades de su rápido desenvolvimiento. No resultó tan tremenda como otras crisis ruinosas de las que aun se guarda recuerdo, pero de todos modos en 1913 hubo muchas quiebras en el país y los Bancos suprimieron sus créditos, exigiendo al mismo tiempo la devolución de las cantidades prestadas, lo que produjo cierto pánico.

En otras circunstancias Blasco Ibáñez hubiese seguido luchando, pues los obstáculos parecen fortalecer su voluntad. Pero esta voluntad estaba algo quebrantada desde algunos meses antes.

El novelista llevaba cerca de cinco años sin escribir, y esto le tenía nervioso y triste como el que experimenta los efectos de una dolencia indefinible. Al hablar de este período Blasco Ibáñez dice así:

—Una madrugada a la hora en que se ven las cosas en su verdadera forma, con un relieve extranatural, me asombré de mi situación. Ganar una fortuna exige toda una vida. La gente cree que es cosa fácil y se equivoca. Tal vez el que juega a la lotería o hace una buena jugada de Bolsa gana con facilidad. Pero esos son muy pocos. Para ganar una fortuna con la industria, con la agricultura, en una palabra, con el trabajo, se necesitan muchos años y una tenaz voluntad. Yo iba a ser un precursor, como el que existe a la cabeza de todas las familias de millonarios americanos. Iba a sacrificarme, para no ser nunca verdaderamente rico, y que lo fuesen mis nietos, yendo a gastar su dinero en los restaurantes nocturnos de Montmartre. Y para conseguir este resultado tendría que dejar de escribir, que sumirme cada vez más en la rusticidad dura y creadora de los colonizadores. ¡Ah, no!

Y desde este día Blasco Ibáñez hizo, como vulgarmente se dice, *máquina atrás* para volver poco a poco a su antigua existencia.

Vendió a una sociedad de colonización su *Colonia Cervantes* en malas condiciones pecuniarias a causa de la crisis financiera que atravesaba el país. Pagó sus deudas a los Bancos, quedándole entre las manos acciones de otras empresas colonizadoras, pero no dinero.

—Van ustedes a ver —decía el novelista— cómo acabaré saliendo completamente pobre de este país donde tantos brutos se han hecho ricos.

Todo su dinero traído de Europa se había volatilizado, quedándole

únicamente papeles de crédito, cuyo valor dependía de las fluctuaciones económicas del país.

De la colonia situada en Corrientes se encargó un banquero reservándose la mayor parte de su propiedad.

El novelista volvió a Europa instalándose en París, donde escribió *Los Argonautas*, primera novela, o mejor dicho, novela prólogo de una larga serie que deseaba hacer sobre la América de habla española. Pero a los pocos meses, o sea a principios de 1914, tuvo que regresar apresuradamente a la Argentina.

Su consocio el banquero había hecho quiebra, lo que comprometía la vida de la *Colonia Nueva Valencia*. Además en esta quiebra perdía el novelista los fondos personales que tenía depositados en dicho Banco.

Vivió algunos meses en la Argentina, ocupado en estos asuntos enojosos, convenciéndose de que para recobrar lo suyo y continuar su obra colonizadora tendría antes que esperar a que se aclarasen los asuntos de la quiebra, lo que era asunto de años. Aun podría salvar algunos restos de su fortuna americana, pero para esto le sería preciso apelar a un pleito, cosa que repugna a su carácter.

Se volvió en julio a Europa pensando con tristeza en la necesidad que tenía de regresar a América en breve plazo, para seguir esta lucha.

Pero encontrándose en medio del mar, empezó a sentir los estremecimientos de algo enorme y monstruoso que iba a surgir en el nuevo mundo.

Y al desembarcar en el puerto de Boulogne se convenció de que era ya inevitable este algo que iba a cambiar brutalmente la vida de la humanidad entera, y el modesto rumbo de su propia existencia.

¡La guerra!

VII

La guerra.—Cómo la vió en pleno Océano antes de que empezase.—Su fe extraordinaria en el triunfo.—Su anti-germanismo de siempre.—Sus trabajos inauditos.—La historia de la guerra.—*Sus tres novelas llamadas «de la guerra».—La manifestación contra Blasco Ibáñez de los germanófilos de Barcelona.—Vida dura y laboriosa.—«¡Por la patria de Víctor Hugo!»*

En el primer capítulo de *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* se encuentra casi exactamente el relato del viaje que tuvo el novelista de Buenos Aires a Boulogne. Ni siquiera ha cambiado el nombre del trasatlántico alemán. Él vino efectivamente en el *Koenig Frederic August* y durante la navegación ocurrieron muchos de los incidentes que describe: la alegría de los alemanes en mitad del Océano al recibir los despachos por telegrafía sin hilos que hacían creer en la posibilidad de la guerra; luego sus aclamaciones a la guerra preventiva, así como sus insolencias al tocar por breve tiempo en la costa de Francia.

Por esto Blasco Ibañez, en los primeros tiempos de la guerra, se indignaba cada vez que oía a los germanófilos que Alemania no había hecho nada para provocar dicha guerra.

—Yo soy un testigo que puedo afirmar todo lo contrario. Yo he visto a bordo de un buque alemán, dos semanas antes de la guerra, cómo todos la deseaban y cómo poco después la tenían por segura, afirmando que sus preparativos estaban hechos con anticipación.

Blasco Ibáñez ha amado siempre a Francia sobre las demás naciones. Este amor no es instintivo ni caprichoso. Él lo explica y lo razona, expresándose con su habitual franqueza:

—Para mí la historia de Francia —dice — empieza en la Revolución. No me interesan los méritos de los reyes que haya tenido antes Francia. Eso sólo puede interesar a los franceses. Cada uno en su respectiva historia tiene buenos reyes y héroes nacionales. Pero la Revolución francesa fué para la humanidad entera, y todos tocamos sus consecuencias. Yo soy un nieto espiritual de esa Revolución y tengo con Francia un deber de gratitud que le pagaré mientras viva.

Y el novelista al surgir la guerra olvidó instantaneamente sus apremiantes asuntos particulares, sus planes literarios, todo absolutamente para dedicarse a la trágica e inquietante actualidad.

Hay que recordar cómo fueron las primeras semanas de la guerra.

En el extranjero casi nadie creía en la victoria de Francia. Todos se condolían por adelantado de su suerte, dando por descontada la victoria de Alemania. Hasta los que sentían más simpatía por Francia torcían el gesto tristemente, considerando inevitable su derrota.

Blasco Ibáñez no dudó un momento del triunfo, a partir del primer día de la guerra. Su fe robusta y a prueba de toda clase de desengaños, fué —¿por qué no decirlo?— una fe semejante a la de las almas simples, a la de los iluminados, a la de los que creen en un poder providencial o una justicia inmanente que se encarga de encaminar los sucesos humanos en un sentido equitativo.

Cuando se convencía de un fracaso francés, levantaba los hombros:

—Eso no importa: al final *venceremos*. Es indiscutible.

Esta firmeza de creyente acababa por hacer sonreir a muchos franceses ilustres, pero agobiados por el pesimismo de una observación de la realidad demasiado minuciosa.

Cuando le exigían explicaciones para justificar su fe, estas explicaciones resultaban dignas del joven estudiante español que según él mismo ha contado se dormía con *Los Girondinos*, de Lamartine, y despertaba con la historia de la Revolución de Michelet.

—La Francia es ahora república — decía — y a la república francesa nunca la han podido derrotar los prusianos. Han vencido a Napoleón I y a Napoleón III, pero a la república no la vencieron nunca, ni ahora tampoco. No va a cambiarse el curso de la historia por dar gusto a los alemanes.

Hay que añadir que el novelista fué siempre anti-germánico. En sus tiempos de periodista de combate uno de sus procesos fué por haber comparado a Guillermo II con Nerón. Esto fué hace 25 años cuando tal vez a nadie se le había ocurrido aún este parangón histórico, y cuando la inmensa mayoría estaba deslumbrada por las originalidades del reciente emperador, músico, poeta, etc., etc.

Además, Blasco Ibáñez nunca se ha dejado conquistar por la superstición germánica que durante tantos años ha dominado a Europa. Hasta

Los dos más grandes capitanes de la tierra —decía— fueron un muchacho de la costa de Túnez nacido por azar en una isla del Mediterráneo, llamado Aníbal, y el hijo de un abogado sin pleitos de Córcega (otra isla), llamado Napoleón. Cuando los alemanes me presenten un par de mozos como estos dos mediterráneos, empezaré a creer en su infalibilidad militar.

Desde los primeros días de la guerra se lanzó a escribir a favor de Francia para todos los países de lengua española. Esto fué el 4 de agosto de 1914 y no paró hasta enero de 1919.

En el primer momento se vió casi solo. Después de la batalla del Marne, empezaron a salir de su casa algunos francófilos que hasta entonces habían permanecido como desorientados. Después fueron saliendo muchos más, hasta formar verdaderas legiones. Pero en los primeros momentos, repito, fueron muy pocos los francófilos francos y valerosos, tanto en España como en los países de lengua española. Y aun los que defendían a Francia sinceramente, lo hacían con un visible apocamiento, defendiéndola con amor, pero convencidos de su inevitable derrota.

Durante los años de la guerra, Blasco Ibáñez ha hecho de todo; y no ha hecho más porque no le han pedido más. Ha escrito innumerables artículos para España y para América, ha escrito una enorme *Historia de la guerra* y además el tríptico de novelas de que hablaré más adelante: *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, *Mare Nostrum* y *Los enemigos de la mujer*.

Durante los primeros meses de la guerra, meses de confusión y de desorganización en lo referente a la propaganda, trabajó solo y a su capricho, sin buscar a nadie y sin que los franceses se enterasen de su esfuerzo. Conocía a muchos hombres políticos personalmente, desde la época de *l' affaire Dreyfus*, pero no pensó en ir a verles. Le bastaba la satisfacción de su propio trabajo.

Hacía años que no escribía para los diarios de España y América, pero recordando sus antiguas colaboraciones, empezó a enviar artículos a todos ellos. Por cierto que al pedir meses después la retribución por sus trabajos, todos los periódicos le contestaron lo mismo:

«Esto es propaganda y debe ser gratis. De seguro que Francia le paga a usted muy bien».

Y el novelista que estaba en uno de los períodos peores de su vida a causa de su fracaso económico en América, se encogió de hombros y siguió trabajando.

Después que el Gobierno francés volvió de Burdeos a París, el servicio de propaganda fué tomando forma y Blasco Ibáñez trabajó en él con el mismo ardor que había trabajado en sus tiempos de director de diario cuando ayudaba a sus reporters. Hasta llegó a ocuparse en traducir al español folletos anodinos de propaganda.

Pero su obra más extraordinaria fué la *Historia de la Guerra Europea.*

Ahora, en tiempos de paz, Blasco Ibánez no gusta de hablar de esta obra. Más que una historia fué un arma de combate. No pudiendo decir en los periódicos de España y América todo lo que él quería, se lanzó desde octubre de 1914 a publicar su *Historia de la Guerra*, o sea un cuaderno de 32 páginas a dos columnas con grabados, que aparecía todos los sábados.

¡Treinta y dos páginas a dos columnas todas las semanas! ¡Y esto durante cinco años!... Tres de estos cuadernos representan un texto igual al de un volumen corriente de 300 páginas.

El prospecto de esta obra fué originalísimo por su franqueza y su valentía. Decía poco más o menos así:

«Esta historia promete no ser imparcial. La imparcialidad histórica no existe; es una ilusión de los historiadores. Pero aunque existiese, yo la olvidaría en los presentes momentos. Esta historia es a favor de los franceses y contra los alemanes. En ella los franceses ganarán siempre (y el lector verá un día que así es en la realidad) y los alemanes saldrán siempre derrotados. Ya está advertido el público.»

La dicha historia tiene sin embargo un gran valor documental. Ninguna se ha publicado, en ningún país ni aun en la misma Francia, que contenga un tesoro gráfico tan enorme de fotografías, dibujos y caricaturas de la guerra. El texto es en ciertas páginas digno de su autor, pues contiene interesantes descripciones hechas con pluma de novelista. Los primeros volúmenes, cuando la guerra era más angustiosa, son de una vehemencia y de una parcialidad verdaderamente halagadoras para el lector francés. Y sobre todo, lo que asombra, es la fe del autor

en el triunfo final de los aliados; triunfo que siempre da como algo seguro e indiscutible en el curso de su obra, escrita muchas veces en momentos harto oscuros y tristes.

Los cuadernos semanales, sucediéndose durante cinco años, han formado diez tomos en folio enormes y de vistosa encuadernación, pero que un hombre forzudo tal vez no podría levantar del suelo.

Este compromiso editorial aceptado por Blasco Ibáñez con entusiasmo, porque le facilitaba su propaganda, acabó por ser para él la más abrumadora de las esclavitudes.

– ¡Si yo hubiese sabido! —decía tristemente en los últimos meses de la guerra.— Si esto dura un año más, voy a morir víctima, no de la guerra, sino de su historia.

Tuvo que irse a Monte-Carlo para rehacer su salud quebrantada por un trabajo tan enorme, y lanzó un suspiro de satisfacción y de libertad cuando llegó el armisticio, pensando que ya no le quedaban más que unos cuantos cuadernos para terminar.

El presidente Poincaré, que es lector de sus novelas, le facilitó los medios para visitar el frente de la guerra, pero en los primeros tiempos, cuando solamente lo habían visitado muy contados hombres civiles y este viaje no era a modo de una excursión de *tourismo.*

Fué a fines de 1914 cuando aun estaban recientes los destrozos y las tumbas de la primera batalla del Marne.

Los soldados franceses llevaban todavía el pantalón y el kepis rojo; el material de guerra era incompleto y revelaba todos los esfuerzos de una extremada improvisación.

Blasco Ibáñez visitó muchas veces el frente en los años sucesivos cuando todo se había ido organizando y perfeccionando y el material de guerra de los aliados era ya superior al de los alemanes. Pero lo que él recuerda con emoción simpática es el primer viaje, cuando todos estaban aún bajo la impresión de la reciente victoria del Marne y la falta de muchas cosas necesarias se suplía con un heroísmo tenaz.

Blasco Ibáñez fué recomendado al general Franchet d' Esperay, que mandaba en aquel entonces el quinto ejército y tenía su cuartel general establecido en un pueblecito cerca de Reims.

El futuro mariscal, vencedor de los búlgaros, que había de acelerar

con sus victorias en Oriente el momento de la paz, recibió en 1914 cariñosamente al novelista en el pequeño *chateau* secuestrado a unos alemanes y que era donde él vivía.

Durante este viaje fué cuando Blasco Ibáñez estudió y se trazó el plan de su novela *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*.

En 1915, hizo un viaje a España que abundó mucho en incidentes. Los periódicos germanófilos aseguraron que era enviado por los aliados para hacer propaganda en favor de que España interviniese en la guerra. Con esto alarmaron a los gentes sencillas, y especialmente a las mujeres, que por un sentimiento natural eran enemigas de la guerra en favor de unos o de otros. Además el gobierno alarmado por las discusiones y los choques que provocaba su presencia, le impidió todo medio de hablar directamente al público. De Madrid tuvo que irse, pues en aquel entonces predominaban en dicha ciudad los elementos germanófilos. En Valencia, donde todos eran partidarios de los aliados, se había preparado un enorme *meeting*, pero el gobierno lo prohibió, creando al novelista toda clase de dificultades y molestias para que abandonase la ciudad. En Barcelona todavía resultó peor su viaje.

Durante la guerra, Barcelona fué el centro de acción del espionaje germánico y de su propaganda contra los aliados. Todos los alemanes procedentes de América y de Africa, al intentar volver a su país, tuvieron que quedarse en España para no ser apresados por los cruceros ingleses y franceses que vigilaban el Mediterráneo. Además el gobierno español creó en Barcelona un campo de concentración para todos los alemanes pobres refugiados en España. El número de súbditos germanos residentes en Barcelona durante la guerra, llegó a ser más de veinte mil. Además les protegían y les ayudaban en sus trabajos los antiguos carlistas, partidarios de la monarquía absoluta, que se mostraban rabiosamente germanófilos.

Blasco Ibáñez llegó a Barcelona por mar en las primeras horas de la mañana y sólo unos cuantos amigos fueron a recibirle, pues los partidarios de los aliados habían dejado para la misma noche la celebración de un gran acto en honor del escritor.

Los muelles del puerto, frente a los cuales atracó el vapor, estaban negros de gentío que silbaba, daba mueras a Blasco Ibáñez y empezó a arrojar piedras. Eran los carlistas germanófilos y muchos alemanes que se adherían a esta manifestación.

El jefe de policía entró en el buque para rogar al novelista que retardase su desembarco hasta que se hubiese disuelto esta manifestación. Pero Blasco Ibáñez no quiso oirle y con sólo un grupo de amigos y su hermana única que reside en Barcelona y que había acudido a recibirle, se lanzó fuera del buque.

El gobernador entonces envió un destacamento de gendarmería a caballo para que lo escoltase hasta su alojamiento.

Su entrada en Barcelona provocó una serie continua de choques e incidentes. Iba en un carruaje, con el revólver apoyado en una rodilla para defenderse con prontitud si le atacaban.

Los jinetes de la gendarmería tuvieron que cargar a la muchedumbre de germanófilos para abrir paso. Al mismo tiempo entre el público se originaba una batalla, pues habían empezado a acudir muchos republicanos y socialistas enterados de lo que ocurría, atacando a los carlistas y a los alemanes. Entre gritos, pedradas, tiros de revolver y sablazos de los gendarmes, pudo llegar el novelista hasta la casa de su hermana. Ésta iba sentada a su lado en el carruaje, mostrando una entereza de voluntad igual a la de su hermano.

—Es la primera vez —dice el novelista sonriendo al recordar este suceso— que me ví protegido por los gendarmes. Antes siempre los había tenido enfrente de mí.

Después de esta entrada tumultuosa, el gobierno volvió a prohibir desde Madrid toda clase de manifestaciones sobre la guerra. Blasco Ibáñez no podía moverse ni ir a parte alguna sin que le siguiesen los pasos los policías. Le fué imposible hablar en público y tuvo que volverse a Francia al poco tiempo, pues desde París resultaba más fácil su propaganda.

En realidad los años de la guerra fueron duros para él. Sufrió todas las privaciones del vecindario de París. Le atormentó la falta de carbón, la escasez de víveres y la poca abundancia de dinero.

Dedicado en absoluto a la guerra, olvidó por completo sus negocios particulares. Además esta incesante propaganda, como hemos dicho antes, sólo era acogida gratuítamente o a muy bajos precios por los mismos diarios y editores que algunos años antes le buscaban pagándole espléndidamente.

Al empezar la guerra, Blasco Ibáñez habitaba un bonito hotel particular en Passy, cerca de La Muette. Este hotel con jardín, lo había amueblado lujosamente en uno de sus viajes de la Argentina a París, y en él escribió *Los Argonautas*. Pero la guerra no sólo trastornó sus negocios, sino que además hacía difícil su vida a un extremo de París a causa de la escasez de medios de comunicación. En 1916 abandonó este hotel para intalarse con una de sus Bibliotecas en la Rue Reunequin, junto a la Avenida Wagran, donde todavía reside.

Casi sin servidumbre y dedicado al trabajo mañana, tarde y noche, su existencia nada tuvo de agradable y hasta acabó por quebrantar su salud.

En esta casa de la Rue Reunequin, un apartamento burgués, abundante en ruidos, con un piano en cada piso, y la calle agitada por el continuo juego de los niños y el paso de carromatos, escribió *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* y *Mare Nostrum*.

Yo no puedo comprender cómo este último libro impregnado de sol, de azul luminoso, lo más bello e intenso que se ha escrito sobre el Mediterráneo, pueda haber nacido en el ambiente vulgar, ruidoso e incómodo de un pequeño apartamento burgués de la Rue Reunequin, donde no se ve ni un árbol ni un pedazo de cielo.

Estas dos novelas fueron producidas en las inquietantes noches parisienses de la gran guerra, cuando los reverberos estaban encapuchonados, y París envuelto en la oscuridad se estremecía de pronto con el rugido de las sirenas que anunciaban el inmediato ataque de las flotas aereas del enemigo. El novelista describía el cálido Mediterráneo, con sus costas pobladas por el olivo, el naranjo y el laurel, al mismo tiempo que miraba tristemente a la estufa de un rojo pálido en la que había que medir el carbón como una materia preciosa, y tal vez tenía que soplarse los dedos ateridos por el frío para poder continuar su trabajo.

En esta época de escaseces, de incertidumbres y de fe ardiente, un día recibió una carta de una traductora norteamericana que le ofrecía trescientos dóllars por lanzar en Nueva York su libro *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*.

Blasco Ibáñez aceptó con entusiasmo esta proposición. Lo mismo la habría aceptado si le hubiesen ofrecido cinco dóllars o nada. A él lo que le interesaba como un asunto personal, era la propaganda de los aliados. Los Estados Unidos no habían entrado aún en la guerra y le

enorgullecía contribuir modestamente a inclinar el ánimo del pueblo americano, del lado de una causa justa.

Además el dinero no poseía en aquellos momentos la fuerza atrayente de que goza en las épocas ordinarias. La vida tenía menos valor que antes. Durante la noche llovían proyectiles aéreos. ¿Quién podía evitar que un escritor quedase hecho trizas sobre su mesa de trabajo o aplastado por el derrumbamiento de su casa?. A esto hay que añadir la resolución fatalista que mostraba el escritor. No tenía la menor duda sobre la victoria final; pero cuando hablaba como una hipótesis remota, de la posiblidad de que quedasen victoriosos los alemanes, decía sombriamente:

—¿A dónde ir en el mundo, si triunfa el militarismo alemán y con él las concepciones medioevales y místicas de ese emperador demente que lo dirige? Será imposible la vida. Todos los imbéciles de la tierra adoradores del éxito, van a plaudir este salto atrás.

Mejor es morir.

No; su ánimo no estaba en aquellos momentos para reparar en si *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* valían algo más de 300 dóllars.

Él sólo pensaba en Francia, en sus aliados, en la desaparición del peligro militarista, en el advenimiento de una humanidad mejor, si es que esto es posible.

Uno de sus allegados me contó un episodio de esta existencia de trabajo, continua y anonadadora, dedicada a una gran causa.

Durante la guerra Blasco Ibáñez ha trabajado corrientemente diez y seis horas diarias durante semanas y semanas: se ponía a trabajar a las ocho de la mañana hasta la una de la tarde; almorzaba, dando después un ligero paseo sin salir de las calles inmediatas a su casa; a las tres ya estaba trabajando y no descansaba hasta las ocho; a esta hora la comida y un paseo igual al anterior; luego el trabajo hasta las dos o las tres de la madrugada. Y al día siguiente lo mismo. Y así semanas y meses. Sólo de este modo puede comprenderse la cantidad de producción que pudo dar: los centenares de artículos, la abrumadora *Historia de la guerra*, sus tres admirables novelas. Como hacía poco ejercicio físico carecía de apetito y comía mal. Además su sueño no era reparador, y vivía en un continuo desequilibrio nervioso.

Una vez, a las tres de la madrugada, cuando estaba todavía trabajando, la fatiga hizo caer la pluma de su mano. Necesitaba continuar.

Debía tener terminado en la mañana siguiente lo que estaba haciendo. Y sus ojos se cerraban, su pensamiento estaba cada vez más embrollado. Su cuerpo tenía una tendencia a caerse del sillón

De pronto se reanimó como si hubiese encontrado un excitante poderoso para recobrar sus fuerzas.

—Es para Francia—dijo. —Es para la patria de Víctor Hugo.

Y siguió trabajando.

VIII

Inmenso éxito en los Estados Unidos de The four horsemen of the Apocalypse.—*Cómo lo supo el novelista.—Una novela vendida por 300 dóllars que ha producido una enorme fortuna.— Un editor extraordinario.—Viaje a los Estados Unidos.—Triunfos y honores.—El doctor Blasco Ibáñez.*

Estando en Monte-Carlo en los últimos meses de la guerra para reponer su salud y cuando estaba escribiendo *Los enemigos de la mujer*, el novelista tuvo una gran sorpresa.

El cartero le entregó, sonriendo de asombro, un montón enorme, enormísimo, de cartas, de tarjetas postales y de periódicos, extrañándose sin duda de que existiese un hombre al cual escribiesen centenares de personas a la vez, y todos con el sello de los Estados Unidos.

Blasco Ibáñez abrió al azar una de las cartas. Era de un reverendo personaje, de un pastor perteneciente a una de las numerosas sectas evangélicas que existen en América. Le escribía desde el interior de los Estados Unidos y le trataba como a un exégeta de importancia, consultándole dudas sobre algunos detalles del Apocalipsis.

El novelista por unos momentos se creyó objeto de la burla de algún amigo que desde la América del Norte pretendía divertirse con él,

Siguió abriendo cartas, y la mayoría de ellas eran firmadas por mujeres. Le pedían autógrafos encareciendo el honor que representaba para ellas tener la firma de *mister* Ibáñez, el famoso autor de *The Four Horsemen of the Apocalypse,*

Los periódicos contenían artículos encomiásticos de la obra del novelista español. Habían buscado por todos los Estados Unidos un re-

trato del autor a la moda que todos querían conocer personalmente, y al fin habían encontrado el retrato que Sorolla pintó de él en 1906 y que el millonario poeta Huntington adquirió para colocarlo en el museo de la *Hispanic America Society*, fundada por él en Nueva York. Este retrato, una grande obra pictórica, pero que se parece muy poco a Blasco Ibáñez tal como es en la actualidad, fué el primero que se publicó en los Estados Unidos.

En las semanas sucesivas, Blasco Ibáñez fué enterándose del inmenso éxito que estaba obteniendo al otro lado del Océano; un éxito gigantesco como sólo puede verse en países de más de 100 millones de habitantes y que únicamente se presenta cada cuarto de siglo.

Como ocurre siempre en estos éxitos enormes, el autor fué de los últimos en enterarse. Lentamente y por girones fué llegando hasta él la ruidosa verdad de su triunfo. Los que llegaban de los Estados Unidos, al saber que era él *mister* Ibáñez el de los *The Four Horsemen*, le miraban como a un ser extraordinario. De su libro iban vendidos cien mil ejemplares; a las pocas semanas eran doscientos mil, al medio año trescientos mil; semanas después, medio millón. No se subía a un tranvía de Nueva York, Chicago, Boston o Philadelphia sin ver a alguien con la novela editada por la casa Dutton y C.ª En los vagones del Metro las dactilógrafas que iban a la oficina la leían a la luz de los faroles del techo; en los grandes trenes la llevaban como un indispensable compañero de viaje las damas instaladas en el lujoso *pullman* al mismo tiempo que los viajeros de los vagones populares. Los clouwns de los circos y los actores de las revistas basaban sus chistes sobre esta novela de inmensa popularidad. El retrato del autor figuraba en todas las librerías de las estaciones. Una porción de productos industriales (cigarrillos, telas, guantes, etc.) tomaban el título de *Los cuatro jinetes*. En una palabra, era el éxito enorme y fulminante en un país inmenso. Gentes de carácter positivo y austero que nunca habían leído novelas, consideraban necesario leer la obra de *mister Ibáñez*, *el gran español* que era llamada por antonomasia *la mejor novela de la guerra*.

Los periódicos literarios de mayor prestigio declaraban que en veinticinco años no se había visto en los Estados Unidos llegar un libro a una venta tan enorme. Los libreros y editores recordaban la famosa novela de Miss Beeker Stowe, contra la esclavitud de los negros, titula-

da *La cabaña del tío Tom*, juzgando que únicamente el éxito de venta que obtuvo ésta podía compararse con el de *Los cuatro jinetes*.

Todo esto representaba para Blasco Ibáñez una inmensa satisfacción, una gloria inesperada..., pero ningún dinero.

Por algo insistí en el anterior capítulo sobre los 300 dóllars de la traductora americana.

Con el espíritu práctico propio de los americanos, muchos de los que venían de los Estados Unidos a Francia, especialmente los oficiales del ejército americano, felicitaban al novelista por las sumas enormes, que indudablemente le estaba proporcionando su célebre obra. Y quedaban absortos al saber que no le daba nada.

Así era. Blasco Ibáñez había firmado un documento cediéndo a su traductora por los 300 dóllars sus derechos de autor completamente en todos los países de lengua inglesa y sin poder presentar reclamación alguna fuese cual fuese el éxito.

«El negocio es el negocio. También podía yo haber perdido los 300 dóllars en caso de no haber ténido éxito el libro». Así tal vez pensaba la traductora. Y lo cierto es que fué ella quien cobró los derechos de autor por el volumen y aun sigue cobrándolos en la actualidad y los cobrará por mucho tiempo, pues continúa la venta de la novela. Pocas veces habrá producido tanto dinero una traducción.

Pero aquí entra algo interesante, que a mí me parece muy americano o que en todo caso jamás se ha visto en Europa que yo sepa.

Mister Macrae, el vicepresidente de la gran casa editorial Dutton y C.ía, establecida en la Quinta avenida de Nueva York, no pudo tolerar esta situación. Consideró inmoral que la casa realizase grandes ganancias con el libro, que la traductora ganase también mucho y que el autor fuese el único que no tocase ninguna parte material en este éxito.

Con arreglo a las leyes, él no tenía obligación de dar nada, pero se consideró obligado moralmente, y un día Blasco Ibáñez tuvo una sorpresa enorme al recibir un cablegrama de su editor de Nueva York que le decía así, poco más o menos: «Tenga usted la bondad de aceptar a título de regalo y como compensación que no le obliga a usted a nada para lo futuro, la cantidad de...»

Y le envió cablegráficamente una cantidad respetable de dóllars y este donativo generoso lo ha repetido varias veces.

No sé si se ha visto esto alguna vez en Europa.

El exito de *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* hizo que repentinamente se popularizasen en los países de lengua inglesa todas las novelas de Blasco Ibáñez que habían sido traducidas anteriormente y las que se tradujeron ahora por primera vez.

Mare Nostrum obtuvo también un gran éxito, siendo la novela que sigue a la de *Los cuatro jinetes* en punto a venta.

La enorme popularidad de Blasco Ibáñez en los Estados Unidos decidió su viaje a la enorme república americana.

La *Hispanie América Society* que preside Huntington, le invitó a dar una conferencia en la Columbia Univesity de Nueva York. Al mismo tiempo un famoso empresario de conferencias que ha llevado a los Estados Unidos hombres célebres de toda la tierra, contrató a Blasco Ibáñez para dar una tournée de conferencias por todos los Estados Unidos.

Partió en octubre de 1919. Su propósito era estar allá solamente dos o tres meses, pero le sedujo la grandeza de la enorme república y no volvió a Europa hasta julio del año siguiente.

En estos diez meses llevó una vida agitada de conferencista, hablando en los más distintos locales, en universidades, templos evangélicos, sinagogas, templos masónicos, enormes teatros, salas de concierto instaladas en el piso 30 de un rascacielos, circos y cinematógrafos. Dió conferencias en los principales centros de enseñanza; habló en las dos universidades más famosas para mujeres y además lo distinguieron con el honor de invitarle a dar una conferencia en la famosa escuela militar de West-Pont, que es al Saint Cyr de los Estados Unidos.

Estas conferencias las daba en español, pues el idioma español interesa mucho en los Estados Unidos por ser de habla española todas las naciones del resto de América, con excepción del Brasil. En muchos estados necesitaba llevar al lado un traductor, que después de dicha la conferencia la repetía en inglés. En California, y en los Estados del Sur, como Tejas, Nuevo Méjico y Arizona, habló directamente en español a grandes públicos que podían entender perfectamente su cálida oratoria y le aplaudieron mucho por estar acostumbrados al uso de este idioma

Cuando al final de sus correrías por los Estados Unidos llegó a Washington, el novelista fué objeto del más alto honor con que se acostumbra a agraciar en aquel país a los extranjeros ilustres que lo visitan.

La Universidad *Jorge Washington* le confirió en un acto solemne, presenciado por más de seis mil personas, el grado de doctor en letras *honoris causa*. Meses antes la citada universidad confirió el mismo doctorado, pero en derecho, al rey de Bélgica y al cardenal Mercier con motivo de su visita a los Estados Unidos. El general Pershing, generalísimo de las tropas americanas de la gran guerra, también recibió el doctorado al mismo tiempo que el novelista. El rector de la Universidad de Washington Mr. Miller Collier, antiguo embajador de los Estados Unidos en Madrid, leyó en dicho acto un discurso en inglés y español estudiando la personalidad y las obras de Blasco Ibáñez. Éste, como discurso de su doctorado, habló brillantemente sobre *La más grande novela del mundo*, o sea, sobre *Don Quijote*.

Mientras estuvo en Washington aun fué objeto Blasco Ibáñez de otros honores. El embajador de Francia Mr. Jousserand dió un banquete en honor del autor de *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, libro que tanto había contribuído a la popularización de la causa francesa en América. El embajor de España don Juan de Riaño, dió en su honor también una recepción muy elegante y otro banquete.

Al visitar el novelista la Cámara de Diputados, llamada alta Cámara de representantes, fué objeto de una nueva distinción: mientras asistía a la sesión desde una tribuna, un célebre diputado, el antiguo juez Towner, presidente de la comisión de Relaciones Exteriores, pronunció un breve discurso saludando a Blasco Ibáñez, y haciendo alusión a sus obras y a sus trabajos en favor de una gran causa.

Un error gracioso se originó en el curso de esta peroración. Sabido es que la política americana está dividida en dos grandes partidos: el de los *republicanos* y el de los *demócratas*. Al decir Mr. Towner que el novelista español era en su país un ferviente republicano, los diputados *republicanos* aplaudieron, pero Towner añadió riendo que en España ser republicano significa ser demócrata, y entonces los diputados *demócratas* aplaudieron igualmente.

También el presidente del Senado invitó a Blasco Ibáñez a visitar sus salones, presentándolo a los senadores de mayor influencia nacional.

El *Club Parlamentario de Señoras* dió un the en honor del novelista. Este club de Washington, muy elegante y poderoso, está formado por las esposas e hijas de los senadores, diputados y ministros. Sabido es la gran influencia que ejerce la mujer en los Estados Unidos. Blasco

Ibáñez pronunció un discurso en dicho the ante centenares de señoras, discurso que fué traducido a continuación por la esposa de uno de los diputados de Filipinas.

El presidente Wilson estaba muy enfermo en aquellos días; pero uno de sus secretarios fué a saludar al novelista, manifestándole que si se quedaba por algún tiempo en el país, el presidente, cuando mejorase un poco su salud, tendría mucho gusto en verle. Wilson fué de los primeros lectores que tuvo *The four horsemen of the Apocalypsi* y manifestó varias veces su entusiasmo por dicha obra.

Durante su permanencia en Washington, trató Blasco Ibáñez a varios individuos de la familia del presidente, en especial a una de sus hijas.

Los libreros y editores de los Estados Unidos reunidos en congreso en la ciudad de Philadelphia cerraron sus sesiones con un banquete de dos mil invitados, al que hicieron venir al novelista, sentándolo a la derecha de su presidente y obligándole a hablar al final.

Sus éxitos como articulista en los diarios y como autor de cuentos fueron extraordinarios durante su parmanencia en los Estados Unidos.

Blasco Ibáñez ha llegado a recibir dos mil dóllars por un cuento. Sus artículos de periódico han sido pagados de 700 a 900 dóllars. Poco antes de embarcarse para Europa, el gran diario de Nueva York, *The World*, hizo un contrato con él para que asistiese a todas las sesiones de la Convención republicana que iba a reunirse en Chicago para la elección de presidente y de la que salió nombrado Harding. Por este trabajo, el *World*, además de costear todos los gastos de viaje y alojamiento de Blasco Ibáñez y su secretario, le pagó 1.000 dóllars por artículo. Cada artículo era de dos mil palabras nada más, y debía contener sus impresiones personales sobre el aspecto de la Convención, dejándole en libertad para que dijese lo que pensaba, aunque fuese con rudeza. Cada artículo lo escribía a las tres de la tarde, al salir de la Convención en Chicago, y a medida que lo iba escribiendo, un traductor traducía sus palabras y las enviaba al telégrafo. Al anochecer, el artículo era leído por los abonados del *World* en Nueva York y telegrafiado a toda la inmensa república.

Durante este viaje por los Estados Unidos hizo una excursión a Méjico invitado por el presidente de entonces, don Venustiano Carranza.

Blasco Ibáñez fué principalmente para estudiar el país con el propósito de escribir una novela, *El águila y la serpiente.*

Méjico parecía tranquilo. Sus gobernantes afirmaban que había terminado para siempre el período de las revueltas. Iban a celebrarse las elecciones de nuevo presidente, con toda tranquilidad... Y de pronto, estalló una gran revolución, y Carranza tuvo que huir, muriendo asesinado a los pocos días.

Blasco Ibáñez se marchó de Méjico al ocurrir esta tragedia, y poco después, estando en Nueva York, publicó sobre ella varios artículos, que obtuvieron enorme resonancia y fueron reproducidos por muchos centenares de diarios.

Estos artículos han formado después un volumen con el título *El militarismo mejicano.*

Este es el último libro publicado por Blasco Ibáñez hasta el momento presente.

En la actualidad trabaja en su próxima novela *El águila y la serpiente*

IX

Clasificación de las novelas de Blasco Ibáñez.—Ha escrito siempre de acuerdo con el ambiente que le rodeaba.— Novelas valencianas, novelas españolas, novelas sudamericanas, novelas de la guerra.— Errónea designación de Blasco Ibáñez, llamado por muchos el Zola español.— *Tienen cierto parentesco literario, pero sus obras son distintas.—Las aventuras de Blasco Ibáñez al hacer observaciones directas para sus novelas.— Cómo las escribe.—Sus distinciones entre el novelista y el escritor.—Sus opiniones sobre el estilo en las novelas.*

La obra entera de Blasco Ibáñez, puede divedirse en cuatro grupos: 1.° Las novelas regionales o novelas puramente valencianas. 2.° Las novelas españolas en general. 3.° Las novelas americanas. 4.° Las novelas que podemos llamar de la gran guerra.

Las novelas valencianas son:

Arroz y tartana.
Flor de mayo.
La barraca.
Sonnica la cortesana
Entre naranjos.
Cañas y barro.

En el segundo grupo de novelas españolas, quedan comprendidas:

La catedral.
El intruso.
La bodega.
La horda.
La maja desnuda.
Sangre y arena.
Los muertos mandan.
Luna Benamor.

En el tercer grupo, o sea en el de novelas americanas, sólo existe hasta ahora una obra:

Los argonautas.

El grupo de las novelas de la guerra, consta de tres:

Los cuatro jinetes del Apocalipsis.

Mare Nostrum.

Los enemigos de la mujer.

Además Blasco Ibáñez tiene dos volúmenes de cuentos titulados:

Cuentos valencianos.

La condenada.

El primero, como su título lo indica, pertenece al grupo de las novelas valencianas. En *La condenada* hay también algunos cuentos valencianos, así como en el volúmen titulado *Luna Benamor*. Pero en estos dos libros últimos son muchos más los cuentos, cuya acción se desarrolla en Madrid y otras regiones de España, y les corresponde por lo mismo ser agregados al grupo de novelas españolas.

Blasco Ibáñez tiene además tres libros de viajes.

Dos de ellos son todavía muy leídos y figuran en las librerías reimpresos en numerosas ediciones:

En el país del arte.

Oriente.

El tercer libro, *Argentina y sus grandezas*, no ha sido reimpreso hace muchos años y va resultando difícil el encontrarlo. Su volumen enorme y lo circunstancial de algunos de sus capítulos, hacen inoportuna y costosa una segunda edición. Sin embargo hay en él descripciones que es lástima queden olvidadas y con ellas y otras cosas del libro que no han pasado de moda ni pasarán nunca, se podría formar un volumen interesantísimo que siempre encontraría lectores.

Esta clasificación de las novelas de Blasco Ibáñez responde exactamente al curso de su vida.

El novelista nunca ha inventado sus historias de acuerdo con la novela de mayor éxito en su época ni ha contemplado la realidad a través de los libros.

Ha escrito de acuerdo con lo que ha visto, añadiendo el modo de expresión, las modificaciones oculares propias de su especial modo de ver y sentir las cosas, y las transformaciones propias de una fuerte imaginación.

Pocos escritores hay que sufran menos la tiranía de la moda literaria. Jamás antes de producir sus novelas se ha preguntado cuál era el último figurín literario.

Lo único que pesa sobre él e influye en sus obras de un modo visible, es el ambiente donde desarrolla su vida ordinaria.

Ha escrito sus novelas de acuerdo siempre con el país en que vivía y la existencia que llevaba.

Cuando vivía en Valencia, hizo novelas valencianas. Fué exuberante colorista como todos los pintores de su tierra natal; tuvo el alma violenta y simple de sus mismos personajes. Su mentalidad resultaba algo provinciana.

Al vivir en Madrid y empezar a correr mundo, su novela se transformó radicalmente. Le preocuparon más los problemas sociales; su alma de novelista procuró infundir a los lectores la piedad para los desgraciados; atacó con rudeza los defectos de su nación.

Luego, al ir a América, evolucionó de nuevo adquiriendo una mayor amplitud en sus concepciones. Diríase que al pasar el Océano la inmensidad de éste influyó en su obra, dilatando sus horizontes. Ya no fué un novelista de su nación: fué un novelista humano.

Y la gran guerra, sorprendiéndole en el momento que realizaba esta dilatación de su visión artística, le dió tema para que pudiese realizar las obras suyas que han alcanzado mayor éxito en el mundo.

Hay en el principio de la historia literaria de Blasco Ibáñez un error de apreciación, un elogio torpemente formulado que se ha convertido poco a poco por la pereza intelectual del público, en algo indiscutible que no admite reforma y que aun sirve actualmente para desorientar a los lectores y a la crítica, cuando pretenden determinar la filiación artística de Blasco Ibáñez.

Cuando éste publicó su primera novela, o sea en 1894, Emilio Zola estaba en toda la plenitud de su celebridad. En España empezaba ésta a desarrollarse siendo objeto de apasionadas discusiones. Al publicarse *Arroz y tartana* los lectores y algunos críticos, para ponderar esta obra, la compararon con las del maestro de Medan, llamando al joven novelista, como el mayor de los elogios, *el futuro Zola español.*

Esta relación entre el joven principiante de Valencia y las novelas de Zola no era infundada por el momento.

Sabido es que todo escritor, al dar sus primeros pasos, busca

siempre apoyarse en el grande hombre que ha reinado majestuosamente sobre el período de su adolescencia.

Blasco Ibáñez fué en su primera juventud gran lector de Emilio Zola. Años después durante el affaire Dreyffus, se honró siendo su amigo en los períodos de más persecución e impopularidad para el famoso novelista. Actualmente siempre tiene en su cuarto de trabajo, trasladándola de una a otra de sus casas, una fotografía que le dedicó Zola pocos meses antes de su inesperada muerte.

Arroz y tartana es indudablemente una novela de influencia zolesca. Blasco Ibáñez pinta lo que ha visto: la burguesía de Valencia, entre la cual pasó su infancia, y sus observaciones son directas, así como sus tipos son originalmente naturales. Pero la novela está escrita al modo zolesco: sus descripciones lentas, vigorosas, pero algo pesadas, llenas de repeticiones, que son como el *leit motiv* de una sinfonía, recuerdan las del potente maestro del naturalismo.

Pero en su segunda novela, *Flor de mayo*, esta influencia zolesca en la ejecución de la obra apenas si se nota ya. Y en la tercera, *La barraca*, no existe. Pero el público, fiel a la primera consigna, fué elevando de graduación al novelista así como triunfaba, sin cambiarle por esto la filiación. Ya no le suponía *el futuro Zola español*. Lo dió por llegado y le llamó simplemente en adelante *el Zola español*.

Esta denominación es inexacta.

Blasco Ibáñez jamás ha protestado de ella a causa sin duda de su admiración por el autor de *Les Rougon-Macquart*.

Las muchedumbres gustan de clasificar a los escritores porque esto favorece su pereza intelectual, y una vez que queda incluído un autor en una clasificación es difícil que salga de ella aunque en lo futuro haga lo contrario de lo que hizo al principio. Como dice Zamacois, una crítica ligera había nombrado a Blasco Ibáñez representante del naturalismo en España y era inútil que demostrase con sus libros que renunciaba al cargo. El público no le admitía la dimisión como si este puesto no pudiese quedar vacante.

«Blasco Ibáñez —continúa el citado escritor español al discutir esta pretendida semejanza — es un impulsivo, un impresionista, un impaciente formidable, que produce *por explosión*, sin pauta ni medida, con una generosidad de catarata; y Zola por el contrario era el artista metódico, frío, avaro de su tiempo, que antes de sentarse a escri-

bir un libro, ordenaba sus notas y trabajaba con el reloj puesto sobre la mesa. Fué Zola un temperamento calculador, una voluntad sin intermitencia que burilaba la realidad y ahondaba en ella cachazudamente y *por penetración*, con una lentitud perseverante, uniforme, de buey uncido al yugo... Emilio Zola, además, fué un casto, un místico triste y solitario, un hombre de *vida interior*, abrumado por la preocupación de amontonar volúmenes; mientras Blasco Ibáñez es una vitalidad prolífica, desbordante, en cuyas obras campea la satisfacción de vivir, honda, sincera, inmarcesible».

Un autor francés, el notable novelista Edmond Jaloux ha escrito también sobre Zola y Blasco Ibáñez en un estudio publicado por la *Revue de París* el 1 de agosto de 1919.

Jaloux ve perfectamente que la obra de Blasco Ibáñez no es igual a la de Zola, pero denuncia un parentesco existente entre los dos.

«Avec des différences dues aux divergences des races (et encore Zola était-il vénitien comme Blasco Ibáñez est de Valence), elle (la parenté) est pourtant évidente. Tous deux traitent le roman comme une vaste symphonie (Blasco Ibáñez raffole de la musique et en parle avec ravissement et lucidité, dans bien des pages de son œuvre), avec des thèmes principaux qui se poursuivent, reviennent, donnent l'atmosphère du livre, sa couleur : tous deux, nés réalistes, ont évolué vers ces grands symboles simples, qui font d'un être rencontré au hasard une sorte de figure mythologique, d'un groupement quelconque, élémentaire ou humain, une puissance mystérieuse et géante ; tous deux répugnent aux personnages trop raffinés de mœurs ou d'esprit (les grandes dames de Blasco Ibáñez sont aussi peu justes que celles de Zola), et adorent au contraire les êtres simples, rudes, violents. J'ajoute que Blasco Ibáñez, né sur une terre heureuse, a une connaissance de l'instinct, supérieure à celle de Zola, et d'abord, parce qu'il montre une gamme d'instincts plus riche, plus variée, que l'auteur de *Nana*, aux yeux de qui il n'en existait guère que deux ou trois, et ensuite, parce que ceux qu'il met en lumière sont libres et pleins, et donnent du prix à la vie. Zola, naturellement pessimiste, a essayé d'être optimiste, Blasco Ibáñez a peut-être essayé d'être pessimiste, et ses romans finissent généralement mal, mais toute son œuvre contient une joie tranquille un bonheur profond d'exister, une force puissante qui font qu'on oublie la malechance des héros, les injustices de la vie et les lamentations de

beaucoup d'entre eux, pour se repaître l'esprit de ces fresques brutales et sensuelles, où l'homme travaille, peine et lutte, mais où on le sent pleinement satisfait d'atteindre son but et d'obtenir — volupté, argent, terre ou renom —, ce qu'il demande à ce monde. Les héros de Blasco Ibáñez, quels que soient leurs tourments, sont tous un peu pareils à Ulysse Ferragut, de *Mare Nostrum*, audacieux aventurier, mais qui oublie tout, dès qu'il est heureux».

El mismo Edmond Jaloux hablando de las cualidades del novelista español dice así:

«La qualité maîtresse de Blasco Ibáñez, c'est son œil. Il a un œil qui voit tout, qui distingue chaque chose, l'isole d'abord, puis la replace dans son ensemble. Aussi n'y a-t-il pas un être dont il ne fixe aussitôt l'image unique. Il sait en quoi un matelot, un prêtre, un pêcheur, diffèrent des autres matelots, des autres prêtres ou pêcheurs. Et il semble vraiment que ses libres, à l'origine, au lieu d'être de lentes germinations de son cerveau, soient des grappes de visions, agglutinées les unes aux autres, autour de visions centrales originelles».

Como casi todas las novelas de Blasco Ibáñez han sido observadas por él directamente, muchos de sus libros tienen una historia particular y el relato de cómo fueron creados resulta casi tan interesante como la misma obra.

Yo conozco los episodios interesantes y hasta peligrosos que marcaron la preparación de algunos de estos libros. Si el autor no fuera tan olvidadizo para su pasado y quisiera reunir sus recuerdos, tengo la certeza de que ni una sola de sus novelas quedaría sin sus correspondientes aventuras en el período de preparación.

Los que conocen la vida de Blasco Ibáñez, cuentan que cuando preparaba *Flor de mayo* se embarcó varias veces en las barcas de la pesca del *bou*, haciendo la vida ruda de los pescadores. Hizo también un viaje a Argel en una barca de contrabandistas, para ver cómo se realizaba un alijo de tabaco.

Para *La barraca* anduvo por la huerta de Valencia, cuando ya era diputado, viviendo la misma existencia de sus electores rurales. La venganza popular que deja yermos los campos del tío Barret, como sujetos

a una maldición, es algo que presenció de niño y cuyo recuerdo le sirvió para escribir esta novela.

Creo oportuno relatar aquí el origen de este libro que dió a Blasco Ibáñez por primera vez la celebridad.

Cuando estaba oculto en una casa cerca del puerto de Valencia, después de la manifestación de que ya hablé y que degeneró en choque sangriento, Blasco Ibáñez, para entretenerse en su escondite, ya que le faltaban libros, se entretuvo en llenar dos cuadernillos de papel de cartas con un cuento al que le puso por título *Venganza morisca*. Este cuento era simplemente un relato condensado de algo que había visto en su niñez.

Huyó a los pocos días disfrazado de marinero, vagó por Italia, volvió a su país para ser condenado a presidio, salió de éste para acabar siendo elegido diputado, y dos o tres años después, cuando era un personaje político, se le presentó un día el marinero que lo había tenido oculto en su casa, entregándole unos papeles que había guardado después de su fuga, y de los que no se había acordado hasta entonces. Blasco Ibáñez tomó el cuadernillo de papel de cartas leyendo su propio cuento que había olvidado.

—¡Pero si con esto puede hacerse una novela muy interesante! —exclamó.

Y ensanchando el relato de este cuento, perdido y olvidado, escribió *La barraca*.

Para *Cañas y barro* hizo una vida casi salvaje en el lago de la Albufera. Acompañado de un gran conocedor de este lago, hombre hábil al mismo tiempo en la caza y en la pesca y rebelde muchas veces a los representantes de la autoridad, que se oponían a sus hazañas, Blasco Ibáñez llevó a poca distancia de una ciudad civilizada la misma vida de los personajes descritos por Fenimoore Cooper. Comían los productos de sus cazas, pasaban el día ocultos en los cañaverales acuáticos y de noche dormían en el fondo de una barca, bajo las estrellas y los mosquitos.

De todas sus aventuras de observador directo, la más audaz fué la que corrió al estudiar su novela *La horda*. En compañía de los cazadores furtivos que describe en su obra, saltó de noche los muros que circundan los bosques del Pardo, propiedad de los reyes de España. Quería ver directamente estas cacerías nocturnas con perros amaestra-

dos que no ladran, cuando ven la presa. La excursión era de verdadero peligro. Los guardias reales persiguen a tiros a los *braconiers* nocturnos, Pocos días después de esta excursión misteriosa del novelista, los guardias mataron a uno de estos cazadores furtivos e hirieron otro. ¡Imagínese el lector qué golpe sensacional si el choque hubiese sido pocas noches antes y al identificar al muerto o al herido, hubiesen visto que era el diputado republicano Blasco Ibáñez!...

Cuando escribió *Sangre y arena* el novelista, hizo durante algún tiempo la vida de los toreros a pesar de que éstos no provocan en él gran entusiasmo. Acompañó a un matador célebre muchas veces para conocer a fondo la verdadera existencia de tales celebridades, y presenció muchas corridas como si dijésemos *entre bastidores*, o sea en los corrales de la plaza, viendo cómo funcionan todos los servicios interiores de una de estas fiestas. En un corral de la plaza de toros de Madrid hubiese podido perder la vida. Mientras contemplaba tristemente la agonía de varios caballos heridos y sonaban a lo lejos los rugidos del público, uno de estos animales le largó varias coces terribles de las que se salvó milagrosamente.

Cuando componía *Los muertos mandan*, vagó en una barca de vela por las costas de Ibiza hasta que, sorprendido por un temporal, hubo de refugiarse en un islote donde permaneció aislado cerca de un día, sin comer y remojado por las olas hasta los huesos.

Su manera de trabajar es digna de su carácter.

Blasco Ibáñez es un productor formidable.

Como observador es un *repentista*. Todo lo interesante lo ve de golpe desde el primer momento.

—Lo que no veo en el primer momento— dice— ya no lo veo después. Soy un impresionista y un intuitivo. Por eso creo que las obras de arte se ven instantáneamente o no se ven nunca. Cuando una novela la tengo completa dentro de mi cabeza, *se agarra* con tal fuerza a mi imaginación, me absorbe, me posee tan en absoluto, que para descansar necesito llevarla al papel de un tirón. Cada novela es para mí como una montaña con su subida y su bajada. Avanzo por la primera mitad lentamente, con titubeos, necesitando hacer altos con frecuencia para descansar; pero cuando llego a la cumbre, o sea a la mitad del libro, ya no camino, me deslizo, ruedo. El desenlace tira de mí; vivo

como un sonámbulo; me hablan y no oigo. A veces ni me atrevo a salir de casa. Mi mesa me atrae y vuelvo al trabajo. Siento la fatiga física, y sin embargo no puedo dejar de escribir. Muchas veces he escrito diez y seis horas seguidas sin más descanso que el necesario para comer y tomar café. Una vez trabajé treinta, sin más que estos altos indispensables, cuando terminé *Cañas y barro*. Pero luego caí enfermo.

Hay novelas de Blasco Ibáñez que estan escritas en un espacio de tiempo tan breve que resulta inexplicable. Al terminarlas suele poner el nombre del lugar en que las ha escrito y los meses que invirtió en su redacción. Pero yo sé que muchos de estos datos no son exactos. El novelista aumenta siempre la cantidad de meses, para que no crean que su obra ha sido escrita a la ligera.

Sin embargo, él cree dar a sus obras el tiempo que requieren. Si les concediese más tiempo, dadas las condiciones de su carácter, no por esto las novelas resultarían mejores. Su afirmación es exacta: «lo que no veo en el primer momento ya no lo veo después».

Actualmente escribe sus novelas menos rapidamente; los años dan más reposo y solidez a la producción artística, haciéndola perder en cambio su frescura y su espontaneidad. En la primera época del novelista la mayor parte de sus obras fueron escritas en dos meses. En la redacción de una de ellas llegó a invirtir solamente 45 días.

Dominado por la impaciencia propia de todos los grandes productores literarios, ha enviado muchas veces sus originales a la imprenta sin releerlos, corrigiéndolos únicamente cuando los ve en pruebas.

Muchas novelas no las ha releído después de una primera corrección, y se reimprimen y reimprimen en numerosas edicciones conservando las negligencias de estilo y los errores de la primera edición. La agitada vida del novelista no le ha dado tiempo para este trabajo indispensable.

—Tengo que hacer una edición definitiva de mis obras —dice—. Debo volver a leer y a corregir las novelas de mi juventud.

Pero esto viene diciéndolo hace años y nunca encuentra el momento de realizarlo. Siempre tiene una nueva obra en proyecto y otra en actual realización que le impide mirar atrás.

Pero ahora que su vida va adquiriendo con los años un carácter más reposado, seguramente que realizará esta revisión necesaria.

Blasco Ibáñez no prepara sus libros con una meticulosidad mecá-

nica. Se lo impide su temperamento tumultuoso y ardiente que sólo obedece a la impresión. Los pensamientos o las frases que se le puedan ocurrir no los apunta. Nunca toma notas cuando prepara sus novelas. Sus impresiones las confía a la memoria y quedan olvidadas. Pero hace esto porque está seguro de sí mismo. Apenas se sienta a escribir todo despierta en él, todo renace y el pasado vuelve rejuvenecido por este largo sueño. Al principio sólo tiene la novela, como él dice, *en bloque*, el argumento capital, el eje de la historia, con los personajes principales que muchas veces son simbólicos. Lo episódico, los personajes secundarios, los detalles que dan al relato el relieve de la verdad, todo esto va surgiendo mientras escribe de una manera calenturienta, en un estado nervioso, anormal, semejante al de los videntes. Hasta la división de los capítulos, lo que puede llamarse la arquitectura de la novela, lo deja a la inspiración del último momento, a su instinto que en él vale mucho más que el método.

Escribe con celeridad asombrosa y pone sobre el papel cuanto se le ocurre, sin preocupaciones de armonía y de medida. Así cuando ha terminado su novela, ésta es una especie de selva intrincada, desbordante, monstruosa de vida, donde los árboles se pelean faltos de espacio y de suelo, por su magnífica abundancia. Entonces el novelista desaparece para convertirse en un leñador impulsivo que empuña el hacha y empieza a dar golpes en todas direcciones, suprimiendo sin piedad. Caen de golpe episodios enteros, varios párrafos se condensan para reducirse a uno solo. Personajes de larga figuración se convierten en simples tipos accesorios. El libro que impreso tal como él lo escribió tendría ochocientas páginas, queda reducido a 300 ó 350.

El estilo de Blasco Ibáñez es fácil, tranquilo, sin atildamientos rebuscados de concepto o de frase.

Sobre esto del estilo, Blasco Ibáñez, que es ante todo novelista, tiene ideas muy personales.

—No es lo mismo —me dijo una vez— ser escritor y ser novelista. Hay grandes escritores que por más que hagan no llegarán a escribir una novela aceptable, y hay grandes novelistas que como escritores resultan mediocres. No se escribe lo mismo una crónica de periódico o un libro de viajes que una novela. En muchas producciones literarias lo primero que hay que buscar es la brillantez del estilo, para seducir y deslumbrar al público usando palabras nuevas, de colores deslum-

brantes. En la novela esta seducción hay que evitarla, pues perjudica mucho. Lo que el novelista debe buscar es que su lector *se olvide* de que está leyendo una historia inventada por un señor. El triunfo del novelista es conseguir que el lector crea durante horas que verdaderamente está presenciando lo que lee, que ve a los personajes verdaderamente y que al terminar la lectura le parezca que ha salido de un ensueño o que ha caído de otro planeta. Si el lector tiene que interrumpir su lectura para consultar el diccionario preocupado por una palabra cuya significación no conoce, o si se interrumpe para admirar la retórica preciosa y rebuscada de un párrafo, el encanto queda roto y cuesta mucho volver a reanudarlo. Yo no creo que el mayor elogio que puede dirigirse a un novelista es que el lector se interrumpa para decirse «¡qué bien escribe este señor!». Claro está que tampoco debe interrumpirse para decir escandalizado «¡Qué mal escribe este bárbaro!». En ambos casos queda rota la magia de la novela. Yo creo que el secreto del novelista es *hacerse olvidar* y para esto su estilo debe ir de acuerdo con la novela. Yo aprecio mucho el estilo, pero lo coloco en tercer o cuarto lugar entre las condiciones que debe tener un novelista... No hay que olvidarse que para ser novelista son indispensables varias condiciones que no necesita el que es puramente escritor.

Y Blasco Ibáñez resume así su pensamiento:

—El novelista debe tener un estilo correcto y hermoso, todo cuanto le sea posible; pero sin apartarse nunca de la sencillez y la claridad. Su lectura no debe costar esfuerzo alguno al lector de mediana cultura, que es el que forma el público habitual de la novela literaria.

«Como todos los grandes novelistas meridionales —dice Zamacois—, Blasco Ibáñez posee una memoria extraordinaria para los paisajes, especialmente cuando hace mucho tiempo que los vió. En la distancia de lo pretérito, las viejas imágenes se precisan y acoplan con rara exactitud; es un torrente de armonías pasajeramente olvidadas, de perfumes, de colores que resurgen con toda su antigua calidez palpitante.

«Este influjo que los elementos plásticos de la realidad ejercen en su espíritu es tal, que con frecuencia se yuxtaponen a las sensaciones de otra índole: a las auditivas, verbigracia. Blasco Ibáñez es un melómano; la música le produce estremecimientos inefables; Beethoven y Wagner son sus ídolos; muchas de sus cuartillas las escribió cantando...

«Y sin embargo, hay momentos en que las notas del pentegrama se ofrecen a su imaginación como algo extenso, palpable, sujeto a las leyes del color y de la línea.

«El cabrilleo de las temblonas aguas de las acequias heridas por la luz – escribe en *Arroz y tartana*— era el trino dulce y tímido de los violines melancólicos; los campos, de verde apagado, sonaban para el visionario joven como tiernos suspiros de los clarinetes, *las mujeres amadas*, como les llamaba Berlioz; los inquietos cañares con su entonación amarillenta y los frescos campos de hortalizas, claros y brillantes como lagos de esmeralda líquida, resaltaban sobre el conjunto como apasionados quejidos de amor de la viola o románticas frases del violoncello, y en el fondo, la inmensa faja de mar, con su tono azul esfumado, semejaba la nota prolongada del metal que, a la sordina, lanzaba un lamento interminable.»

Esta admirable concurrencia y fusión de emociones no es, en Blasco Ibáñez, un estado pasajero de conciencia. Muy al contrario, constituye una normalidad, y, por así decirlo, el fundamento o redaño más firme y dichoso de su complexión artística. Nueve años después, en 1903, su modo de *ver la música* es el mismo.

«Hay pasajes musicales –afirma un personaje de *La catedral* - que me hacen ver el mar, azul, inmenso, con olas de plata (y eso que yo nunca he visto el mar); otras obras desarrollan ante mí bosques, castillos, grupos de pastores y rebaños blancos. Con Schubert veo siempre dúos de amantes suspirando al pie de un tilo, y ciertos músicos franceses hacen desfilar por mi imaginación hermosas señoras que pasean entre parterres de rosales, vestidas de color violeta, siempre violeta.»

La propensión inconsciente que el espíritu del insigne novelista tiene a simplificar sus sensaciones, reduciéndolas todas a fenómenos de visión, es el secreto de su arte, rezumante de plasticidad y colorido: a él debe referirse la seguridad admirable y la frondosa abundancia de sus descripciones, la exactitud en su manera de adjetivar, el desusado vigor, sobrio y justo, a la vez, que emplea en el trazado de sus figuras, el balzaciano en tono y verismo de los caracteres, y aquella emotividad poderosa, semejante a un gran soplo vital que infunde a las escenas.

X

Las novelas valencianas.— Arroz y tartana.— Flor de Mayo.— La barraca.— Entre naranjos.— Sónnica la cortesana.— Cañas y barro.

Las novelas que llamo valencianas son seis, y todas ellas tienen sus tipos y paisajes extraídos de la tierra natal del novelista, que es tenida por la más hermosa de España.

En estas obras, todas de juventud, el novelista es muchas veces incorrecto de estilo y frondoso en demasía, pero al mismo tiempo se revela como un artista fascinante, evocador de las bellezas naturales. Toda la naturaleza parece resonar en su cerebro, excitando su sensibilidad. Al mismo tiempo «que ve la realidad, la siente, la oye y la huele, cual si la tuviere entre sus brazos». Ni un aroma, ni una nota, ni un color, ni un detalle se escapan a su penetración vigilante.

«Su complexión —dice Zamacois— le lleva a sentir el amor a la naturaleza con extraordinaria intensidad. Aunque siempre escribió en prosa, es un verdadero y altísimo poeta de la vida, un enamorado fervoroso de la tierra, semejante a aquellos sacerdotes de los antiguos cultos que asistían de rodillas al orto del sol. Dueño de una paleta riquísima, los colores le sirven dócilmente... A su conjuro, los rincones de la huerta valenciana se rebullen y despiertan y aparecen a nuestros ojos con toda su cegante luminosidad meridional... La poesía simultáneamente enérgica y perezosa de aquella tierra sultana nos penetra, y concluye enseñoreándose de nuestro ánimo.»

Como ya dije, de todas las novelas de este primer grupo, es *Arroz y tartana* indudablemente la más floja, y acusa en su construcción una marcada influencia zolesca. Pero a pesar de ello, esta novela de principiante no es una obra mediocre y falta de carácter. Merece atención por el número y la calidad de sus tipos y por la sólida verdad de su historia. Es una obra robusta que por su forma y la longitud de sus descripciones parece de la escuela de Zola, pero que bien examinada denota mejor un parentesco directo con la obra de Balzac.

Este título de *Arroz y tartana* sólo puede comprenderse después de haber estado en Valencia. Significa vivir ostentosamente contando

con poco dinero; aparentar lujo en la calle, viviendo miserablemente dentro de la casa; sacrificarlo todo a la vanidad de que el público le crea a uno rico, aunque esto conduzca a la ruina. La *tartana* era un carruaje de dos ruedas que se usaba antes en Valencia, y que por los saltos que daba en los baches de los caminos y los vaivenes que sufrían los que iban en su interior, fué llamado como los barcos del mismo nombre que navegan por el Mediterráneo. Tener una tartana para pasear creyéndose superior a los que marchan a pie, aunque para esto hubiera que alimentarse unicamente con arroz en el secreto de la casa, esta fué la aspiración de la burguesía valenciana en otros tiempos. Y de aquí el título de la obra.

(Aquí el relato del argumento de la novela)

Flor de mayo. Mucha menos influencia de Zola. Es una novela del mar, y el mar es lo que vió Blasco desde que nació en Valencia; lo que deseó describir desde sus primeros años. Blasco y Sorolla hicieron al mismo tiempo sus novelas y sus cuadros sobre el mar de Valencia.

(Argumento de *Flor de mayo*)

La barraca. Fué la novela que me dió la celebridad. La primera que fué traducida.

Entre naranjos. Mi primer libro de amor. Fué el que más leyeron las mujeres. Aun hoy para muchas señoritas de España y de América soy el autor de *Entre naranjos*, como si no hubiese hecho nada mejor. Y lo gracioso del caso es que resulta un libro terriblemente amoral y voluptuoso. Pero como tiene un ambiente que podríamos llamar *poético*, las niñas lo leen sin esconderse y circula de mano en mano en las familias.

(Argumento)

Sonnica la Cortesana. Sobre este libro debo hacer una explicación que considero necesaria. Como es una novela de resurrección histórica y se despega de las otras novelas mías, hay brutos que la han considerado como algo aparte, sin darse cuenta de que es una novela valenciana más.

La destrucción de Sagunto es el hecho más heroico y celebre de la tierra valenciana, pues la gente olvida que Sagunto está a una hora de Valencia.

Yo he escrito siempre con arreglo a la tierra donde estaba. Vivía

entonces en Valencia y sólo quería hacer novelas valencianas. Había descrito la burgesía de la ciudad (*Arroz y tartana*), los pescadores y marinos valencianos (*Flor de mayo*), los labradores de la huerta (*La barraca*), los inmensos campos de naranjos y las poblaciones del Júcar (*Entre naranjos*) y tenía en proyecto pintar la Albufera (*Cañas y barro*).

La tierra valenciana ya no podía dar más de sí: la había explotado en todos sentidos. Y entonces fué cuando remontándome en el pasado, quise pintar el hecho más heroico de la historia valenciana, la defensa de Sagunto, e hice *Sónnica la cortesana*.

Algunos imbéciles han querido ver en esta obra una imitación de *Salambó* sólo porque en ella salen cartagineses. Los envidiosos de poca lectura hacen lo mismo en todas partes; cuando se trata de una novela antigua, enseguida sacan a colación *Salambó* que es lo único que conocen. ¡Como si antes de *Salambó* (que yo admiro mucho) no existiesen otras novelas de ambiente antiguo, como *El último día de Pompeya*, de Bulwer Litton, y otras de ambiente egipcio; y como si después no existiesen otras que no resultan inferiores, como *Thais* o como *Afrodite* y tantas otras!

Yo obedecí a un deseo de hacer algo poemático y grandioso sobre mi tierra natal. En el momento que apareció *Sónnica* estaba algo de moda la novela antigua. El *Quo Vadis*, de Sienkiewicz y *Afrodite*, de Pierre Louy y otras obras, habían sido muy leídas. Pero la verdadera causa de la publicación queda ya dicha más arriba.

En realidad, *Sónnica* debe mucho a un libro; pero este libro no lo conoce nadie de los que se ocuparon de la novela, ni lo conocerán nunca, pues está fuera de su alcance. Yo me encargo de decirlo. Es un poema latino que escribió sobre la destrucción de Sagunto Silvio Itálico, notable poeta de la decadencia.

De este poema he sacado algunos personajes de mi obra y algunas situaciones. Para leerlo tuve que rehacer mis estudios del latín que había olvidado.

Sónnica ha sido traducido al inglés y al alemán. Pero es una obra que tengo olvidada. Está aislada del resto de las mías. La escribí unicamente por *valencianismo*; porque siempre al ver las ruinas de Sagunto sentía este deseo de resurrección literaria

(Argumento de *Sónnica*).

Cañas y barro. Esta es mi novela favorita. Cuando me preguntan

cuál de mis novelas prefiero, nunca lo digo. Pero la verdad es que *Cañas y barro (la tragedie sur le lac)* es la que tiene para mí un recuerdo más grato, la que compuse con más solidez, la que me parece más *redonda.*

(Argumento).

XI

Las novelas españolas.—La catedral.—El intruso.—La bodega.—La horda.—La maja desnuda.—Sangre y arena.—Los muertos mandan.—Luna Benamor.

(Este capítulo, querido Pitollet, lo hace usted entero. Cuente el argumento de las novelas. No cargue de juicios críticos largos y pesados. Le acompaño lo de Zamacois sobre todas estas novelas. Esto puede ahorrarle trabajo en lo de la exposición de los argumentos de las novelas).

XII

Las novelas americanas.—Los Argonautas.—Condiciones desfavorables en que apareció este libro después de cinco años de silencio de su autor.—El entusiasmo de Blasco Ibáñez por América desde sus primeras lecturas.—Una serie de novelas qne abarcarán toda la América de lengua española.

En junio de 1914, o sea un mes antes de que estallase la guerra europea, Blasco Ibáñez publicó en español *Los Argonautas.*

Con esta obra reanudó su vida literaria que había quedado en suspenso durante cinco años.

Los últimos volúmenes habían sido *Los muertos mandan* y *Luna Benamor* con sus cuentos anexos, publicados en 1909.

Transcurrió este largo período de silencio sin que Blasco Ibáñez diese señales de existencia como novelista. Su audaz empresa de colonización le absorbió por completo y al volver otra vez a la vida literaria, después de cinco años de alejamiento, no pudo hacerlo en condiciones peores.

Cuando los lectores y la crítica empezaban a fijarse en este libro

de Blasco Ibáñez, vuelto a la novela como una especie de hijo pródigo, estalló la guerra europea haciendo olvidar el libro.

Además, *Los Argonautas* es una obra que debe figurar aparte entre todas las novelas de Blasco Ibáñez. No se parece en nada a las anteriores, ni tampoco a las que ha escrito después. Más bien que novela es un prólogo, una sinfonía novelesca, una introducción a la serie de novelas abarcando la vida de todos los pueblos americanos de habla española, que Blasco Ibáñez se proponía escribir.

Los Argonautas carecen de terminación. Ya he dicho que son como el prólogo de un drama o la sinfonía de una ópera y al final el lector se queda con la curiosidad de conocer los actos sucesivos.

Otro inconveniente. El novelista no había escrito en cinco años, pero durante este tiempo había leído mucho y observado mucho sobre la vida americana actual y los primeros tiempos del descubrimiento y la conquista. Tomó la pluma con el cerebro demasiado repleto, y aunque se adivina en su libro que quiso contenerse, exponiendo sus ideas brevemente y dejando su verdadero desarrollo para volúmenes posteriores, tenía tanto que decir, que *Los Argonautas* resultaron un libro enorme, capaz de asustar por sus proporciones a los lectores más animosos.

En estas circunstancias tan desfavorables volvió a la novela Blasco Ibáñez. ¿Quién podía preocuparse de un libro, y menos de un libro sobre América, cuando se estaban desarrollando en Europa episodios tan angustiosos y apasionantes como la batalla del Marne o la batalla del Iser?

Sin embargo, a los pocos meses el público empezó a comprar el libro. Los periódicos no hablaban de él, pero los lectores se pasaban la voz, unos a otros, haciendo elogios de esta novela que era algo completamente distinto a las anteriores de su autor.

Celebraban su nuevo estilo, que algunos llamaban *poemático* por los arranques de poesía que mostraba en determinadas situaciones. Celebraban también las opiniones completamente originales sobre el descubrimiento y la colonización de América producto de largos estudios del autor.

Y *Los Argonautas*, a pesar de la guerra que absorbía toda la atención del públicó, empezó a ser comprado por los lectores lo mismo que

las otras novelas de Blasco Ibáñez, y hoy lleva ya muchas ediciones en español.

Desde su infancia mostró Blasco Ibáñez una predilección especial por las cosas de América y las hazañas de su descubrimiento y de su conquista.

Él recuerda que sus primeras lecturas fueron en unos libros adornados con grabados en madera que relataban los descubrimientos de Colón y sus compañeros de descubrimiento, así como las conquistas de Cortés y de Pizarro.

Esta infancia se parece mucho, como ya dije en otro lugar, a la del capitán Ulises Ferragut, el héroe de la novela *Mare Nostrum*.

Luego, en el curso de su existencia, este amor por las cosas de América se ha ido desarrollando en él, y Blasco Ibáñez más que un español de la península europea, es un hispano-español que considera como cosa propia todos los países que hablan la lengua española al borde del Atlántico y del Pacífico. No conozco ningún escritor que se interese como él por las cosas de América y las sienta más profunda y sinceramente.

Cuando critica con dureza alguna república americana de lengua española, como lo hizo recientemente con Méjico en su libro *El militarismo mejicano*, es por un exceso de amor algo rudo, pero amor al fin; es porque se desespera de que algunos países americanos de origen hispánico se desangren con revoluciones y tiendan a una regresión a la barbarie primitiva, en vez de imitar a otros países de igual origen que progresan y tienen un brillante porvenir.

Cuando Blasco Ibáñez habla de España, no ve únicamente la península en que nació, sino una España ideal compuesta de veinte naciones, una España-idioma de muchos millones de habitantes para la que desea las mayores glorias.

Recientemente, hace unos días nada más, ha escrito un prólogo para el libro *L'Espagne vivante* del profesor Eugenio Joliclerc, y de él extraigo los siguientes párrafos que expresan su pensamiento sobre la América de lengua española y el gran amor que le profesa.

(Aquí copie lo que le parezca del prólogo al libro de Joliclerc. Éste se lo enviará).

Blasco Ibáñez tenía el plan de escribir una gran serie de novelas sobre América, siguiendo el método de Balzac en *La comedia humana* y el de Zola en *Los Rougeon-Macquart*.

Los Argonautas es simplemente el prólogo de este gran ciclo novelesco. Muchos de los personajes que en dicho libro están sobriamente diseñados o aparecen en un término secundario, iban a ser después los protagonistas de las novelas sucesivas.

Blasco Ibáñez ya tenía pensadas y estudiadas, para escribirlas a continuación, tres novelas que se desarrollarían en la república Argentina resumiendo las principales manifestaciones de su existencia: una *La ciudad de la esperanza*, en la que el principal personaje tendría un carácter simbólico, pues sería la ciudad de Buenos Aires con sus incesantes crecimientos. Otra novela se desarrollaría en la Pampa con el título de *La tierra de todos*. La tercera novela, *Los murmullos de la selva*, tendría por escenario el Norte de la república con sus grandes ríos y sus cascadas maravillosas, reflejando al mismo tiempo la vida del Uruguay y el Paraguay.

Tenía también en la imaginación varias novelas chilenas: una en las heladas tierras magallánicas y las islas de Chiloé, otra en Santiago y Valparaíso, otra en las salitreras del Norte. Y también proyectaba novelas peruanas: una tenía por título *El oro y la muerte*, y novelas de todos los otros países hispano-americanos que se proponía visitar y estudiar detenidamente. Estas novelas serían a la vez una pintura de la vida actual y una evocación del pasado heroico.

La acción de la novela prólogo, o sea de *Los Argonautas* pasa toda en un trasatlántico y termina en el puerto de Buenos Aires cuando los viajeros desembarcan y entran por la Avenida de Mayo. El novelista que empezaba su obra por el Sur, se proponía seguir hacia el Norte a través de naciones y naciones hasta llegar a Méjico, no parando más que en la frontera de Tejas o tal vez en la misma ciudad de Nueva York.

Escribiría para esto todas las novelas que le sugiriese su observación de la realidad, veinte novelas, treinta novelas. Blasco Ibáñez no se aterra nunca ante la magnitud de una obra ni la enormidad del trabajo. Pero todo esto lo pensaba a principios de 1914, *cuando no ocurría nada de extraordinario en la tierra* y podía esperarse que la atención del mundo se fijase en las repúblicas americanas. El novelista tenía la noble ambición de querer conseguir esto con su pluma. Le halagaba ser

él quien pusiese de moda en la literatura europea los libros con escenario sudamericano. Pero de repente vino la guerra, matando de golpe todas sus ilusiones. ¿Quién podía acordarse de América cuando Europa estaba conmovida por la más horrible de las tragedias históricas?

Quedó muerto el gigantesco plan ideado por el novelista. *Los Argonautas* desapareció igualmente en este remolino de la guerra. Pero su materia era tan sólida y al mismo tiempo estaba construído este libro con una ligereza tan graciosa y atractiva, que acabó por flotar volviendo de nuevo a la vida.

Yo sé de muchos franceses ilustrados que conocen el español y lamentan que *Los Argonautas* no hayan sido traducidos aún al francés. Para ellos, aun reconociendo sus defectos como novela incompleta o sea una simple novela prólogo, es el mejor libro de Blasco Ibáñez, el más original, el que dice cosas que nadie ha dicho.

Esta novela le ha costado a Blasco Ibañez larguísimos estudios, Antes de escribirla había leído todo, absolutamente todo lo que existe acerca del descubrimiento y colonización de América, pero en los originales, en los documentos de la época y no con ojos de erudito, sino con ojos de novelista, valiéndose de la inducción, sacando de los hechos consecuencias tan exactas como originales. Además, al ir en busca de las primeras fuentes de la historia americana conoció todos los errores y mentiras de muchos escritores anteriores.

En *Los Argonautas* hay la acción de la novela que pasa en pleno océano, a bordo de un trasatlántico alemán desde las Canarias hasta el puerto de Buenos Aires, y hay también lo que el autor por boca de sus personajes dice acerca de la gran odisea de los navegantes españoles, descubridores de un nuevo mundo.

Estas evocaciones históricas son verdaderos cantos de poema. El novelista parece un aeda cantor de las sobrehumanas hazañas de los argonautas hispánicos. Nada hay semejante a su descripción de la geografía legendaria de la Edad Media sobre el océano, todavía inexplorado, que los navegantes árabes llamaban el *mar tenebroso*. Nada tampoco existe en la literatura de ningún país como su pintura original y completa de la enigmática figura de Cristóbal Colón.

Blasco Ibáñez la ha estudiado en las propias cartas del navegante, en todos los documentos de la época que se refieren a él, en los elogios

de los amigos que tuvo y las acusaciones de los que le persiguieron en vida; y de este estudio imparcial y directo surge un Colón vivo, un Colón hombre, completamente distinto al que habíamos conocido hasta el presente. Y todas las falsedades y mentiras de la pueril historia de Colón que nos han enseñado en las escuelas, se vienen abajo de un golpe; lo de las oposiciones del fanatismo que sufrió Colón antes del descubrimiento, lo de la ingratitud de los reyes de España, lo de las cadenas que arrastró el descubridor, lo de su muerte en la miseria ¡Todo mentira! E igualmente mentira tantas leyendas e historias infantiles, creadas en torno de este personaje enigmático, al que muchos creen de origen judío; y entre todas ellas, la tan famosa como estúpida del huevo de Colón.

Su relato de las hazañas de Alonso de Ojeda en el Nuevo Mundo, parece un nuevo romancero del Cid. Su descripción de los conquistadores «navegantes de tierra adentro que sucedieron a los navegantes del mar», es un canto heroico en el que las frases parece que suenan como ruidos de espadas y corazas. Sólo un conquistador con tres siglos de retraso, como parece serlo el novelista, podía comprender y cantar las hazañas de estos héroes del mundo desconocido.

Además existe en *Los Argonautas* la descripción de la vida marítima en el siglo XVI, de cómo se vivía a bordo de las carabelas y galeones que iban al Nuevo Mundo, de cómo se comía y se dormía a bordo de ellos, de las canciones que cantaban tripulantes y pasajeros, de la vida ruda y peligrosa que durante meses y meses sufrieron atravesando el océano los remotos abuelos de los actuales habitantes de América.

Asombra la labor de evocación de la vida antigua, de resurrección histórica, exacta — pero no con la exactitud fría del historiador, sino con la viveza cálida y latente del novelista— que realiza Blasco Ibáñez en este libro. A veces resulta tan abundante, tan violenta y arrolladora la evocación que hace este vidente, que el lector deslumbrado y aturdido siente deseos de decir: —Basta, es demasiado.

Como ya he dicho antes, la acción novelesca de *Los Argonautas* no es extraordinaria. Toda ella se desarrolla dentro de un buque, teniendo en torno la inmensidad del océano y puede sintetizarse del siguiente modo.

(Relato del argumento de *Los Argonautas*).

Al terminar la guerra que suprimió repentinamente todo el plan de novelas americanas ideadas por Blasco Ibáñez, parece haberse restablecido el primitivo ambiente en el que se formó dicho plan.

Sus últimas obras han sido las tres novelas de la guerra. ¿Por qué no volver a sus novelas americanas ya que está en pie *Los Argonautas* con la majestad de una portada aislada, en medio del desierto, que espera que se levante en torno de ella el enorme edificio para el cual la construyeron?

Recientemente el novelista ha manifestado su opinión sobre esto. Durante su viaje a los Estados Unidos, al celebrar una interview con un periodista, le pregutó éste si pensaba reanudar su serie de novelas americanas, y Blasco Ibáñez contestó afirmativamente.

Se propone emprender otra vez este enorme fresco novelesco americano, pero según él dice, su mentalidad y su modo de ver las cosas han cambiado en estos últimos años, o sea desde que escribió *Los Argonautas*.

El cuadro que proyecta es el mismo. No ha variado nada en su conjunto; guarda las mismas líneas generales del plan primitivo, pero ha cambiado completamente el orden de ejecución. Empezó a pintarlo por la izquierda, y ahora, al reanudar la obra, va a empezar a pintar por la derecha.

Explicaré esto con más claridad. En *Los Argonautas,* novela prólogo, los personajes quedan en el último capítulo, como quien dice a las puertas de Buenos Aires. La próxima novela debe ser forzosamente en Buenos Aires.

Pero el novelista, durante siete años ha visto y ha observado mucho, en lo que se refiere a América; ha viajado por los Estados Unidos y por Méjico. Algún día hará las novelas de la América del Sur, pues él no duda de nada y parece tener el tiempo a sus órdenes; pero por el momento lo que le atrae es la América que acaba de ver, y cuyas impresiones guardan la frescura de lo reciente.

Por eso escribe en estos momentos una novela sobre las revoluciones de Méjico, titulada *El águila y la serpiente.*

Además, se están formando en su imaginación otras novelas que tienen por escenario Nueva York, California y los estados fronterizos de los Estados Unidos.

Blasco Ibáñez cuando le hablan actualmente de sus novelas amé-

ricanas, dice como si tuviese ante sus ojos el hemisferio americano, tal como aparece en el mapa:

—Mi obra continúa siendo la misma. No hay más que empecé a escribirla con el propósito de avanzar de abajo para arriba, y ahora voy a marchar de arriba para abajo.

XIII

Las novelas de la guerra.—Los cuatro jinetes del Apocalipsis.—Cómo aprovechó el novelista las observaciones de su vida en las llanuras sudamericanas.— La novela más leida en el mundo en los últimos veinte años.—Mare Nostrum.—El amor al mar.—Los enemigos de la mujer.—El señor que no juega nunca.—El odio al juego.

Como ya dije al hacer la división de las obras de Blasco Ibáñez, el grupo de las novelas de la guerra se compone de tres libros: *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, *Mare Nostrum* y *Los enemigos de la mujer*. En la primera novela se describe el choque más decisivo de la guerra en su desarrollo terrestre. La segunda, al mismo tiempo que la novela del Mediterráneo, es la de la guerra submarina. La tercera es el libro de los egoistas, de los gozadores de la existencia que se mantuvieron al margen de la más horrible de las tragedias de la historia, continuando en un rincón hermoso de la tierra su vida de siempre, mientras a unos cuantos centenares de kilómetros más allá morían millones de hombres.

Para un espíritu observador y creador como el de Blasco Ibáñez no hay descanso nunca, ni las épocas que parecen de inercia resultan infructuosas.

Cinco años estuvo sin escribir nada durante sus colonizaciones en la Argentina. Y sin embargo estaba almacenando sin saberlo observaciones de ambiente y estudios de personajes, para una novela que no podía adivinar y que tendría por base una guerra que nadie podía presentir.

¿Quién le hubiese dicho al Blasco Ibáñez de 1910 a 1913, que cuando cabalgaba por la Patagonia o por Corrientes llevando la vida de un Centauro argentino o cuando dirigía centenares de peones de todas

las nacionalidades, estaba preparando sin saberlo los primeros capítulos de una novela que se llamaría *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*?

Ya hemos dicho en otro lugar cómo el primer capítulo de esta novela tiene una gran parte de realidad, pues el autor no hace más que repetir sus propias impresiones a bordo de un trasatlántico alemán, pocos días antes de la guerra.

Los siguientes capítulos que pasan en la Argentina son igualmente inspirados en la realidad. Si Blasco Ibáñez se hubiese limitado a su primer viaje de conferencista por la Argentina, si no hubiese sido después colonizador, le habría sido imposible dar tal relieve de verdad a la vida del campo descrita por él. Ha conocido de cerca indudablemente al centauro Madariaga y a todos sus descendientes franceses y alemanes. Hay en todos estos personajes de la novela algo que va más allá del poder de evocación del novelista, algo humano y caliente que sólo puede darlo la colaboración de la realidad.

Además, para el novelista fué una verdadera suerte haberse encontrado en París durante las semanas angustiosas que precedieron a la salvadora batalla del Marne. No le contaron las cosas sucedidas, las vivió él mismo, y sabido es cómo las almas privilegiadas de los artistas pueden presenciar los sucesos con una sensibilidad diferente a la general, y cómo pueden describirlos con una intensidad y unos matices que no encuentran los otros.

También su primer viaje al frente, cuando estuvo en el cuartel general de Franchet d'Esperay sobre el terreno de la reciente batalla del Marne, le permitió ver los restos todavía frescos de este enorme choque, escuchar los dramáticos relatos de los campesinos, oir las lamentaciones de las víctimas de la brutalidad invasora.

Todo esto, obrando sobre la sensibilidad y la imaginación de un Blasco Ibáñez, debía producir un gran libro, una novela de larguísima vida unida para siempre al recuerdo de este hecho histórico. Así fué, y produjo *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*.

La acción de esta novela, traducida hoy a tantos idiomas, es muy conocida, pero creo necesario relatarla aunque sea brevemente.

(Relación del argumento de esta novela)

De todas las novelas de Blasco Ibáñez, esta es la que ha circulado más por el mundo y ha obtenido mayor número de lectores.

¿Cuántos habrán sido los lectores?... Millones y millones. Con decir que *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* han sido muy leídos en todos los países de lengua inglesa, queda dicho todo, pues el público que lee en inglés es el más numeroso de la tierra.

The Ilustrated London News decía recientemente que el libro que en los últimos veinte años se había leído más en todos los países de lengua inglesa, después de la Biblia, era *The four Horsemen of the Apocalypse.*

El lector ya conoce la afición del novelista por las cosas del mar.

Toda su vida acarició la ilusión de escribir un libro que tuviese como principal personaje el mar y especialmente el Mediterráneo, por el que siente un amor filial.

Durante su época de mayor trabajo, cuando residía en Valencia realizando al mismo tiempo una labor de agitador popular y otra de periodista, igualmente abrumadoras, su mayor placer era escapar de la ciudad e irse al puerto para conversar con los capitanes de buques en los cafés y restaurants, o para escuchar las aventuras de los burgueses de la costa que habían sido antes en su juventud atrevidos navegantes. Siempre que algún capitán le invitaba a un viaje por el Mediterráneo y podía disponer de algunos días libres, se apresuraba a aceptar la invitación, sin reparar en la modestia ni en las incomodidades del buque. Algunas veces era un vapor de carga, lo que representaba para el joven novelista un viaje de discutible comodidad. Otras veces se metía a bordo de una pequeña goleta, de un remolcador de los que iban a llevar provisiones a los faros de las islas, o se embarcaba en uno de los pesados veleros del Mediterráneo llamados *laudes*. Así estuvo en Argel y en muchos puertos de la costa de Africa; así corrió una gran parte de las costas de Italia y de las costas de España; así visitó casi todas las islas del Mediterráneo occidental, hasta las menos frecuentadas.

La guerra le proporcionó la oportunidad para escribir su novela sobre el mar, aprovechando entonces todas las observaciones que había hecho directamente sobre el Mediterráneo.

Y produjo *Mare Nostrum.*

(Argumento de la novela)

Los últimos meses de la guerra los pasó Blasco Ibáñez en la Côte d'Azur para reponer su salud hondamente quebrantada por tantos excesos de trabajo durante cuatro años.

Los médicos le recomendaban una abstención completa de toda labor mental, pero Blasco Ibáñez cree que no vive cuando no tiene en ejercicio su actividad. Los días en que no trabaja parece encogido y como avergonzado, lo mismo que si su conciencia le reprochase una mala acción.

A las pocas semanas de este descanso forzoso, empezó a sentir la necesidad de hacer una nueva novela, y así fué produciendo *Los enemigos de la mujer*, lentamente, pues su quebrantada salud no le permitía, como antes, largas permanencias ante la mesa de trabajo.

Por rara coincidencia, así como fué avanzando en este trabajo, su salud se fué fortaleciendo. Cuando hubo terminado la novela estaba ya repuesto, y a las pocas semanas pudo emprender su viaje a los Estados Unidos.

Los enemigos de la mujer fué escrito en Monte-Carlo, donde residió Blasco Ibáñez un año entero. Después de la paz, siguió en este punto, para poder terminar el libro sobre el mismo lugar de su acción.

Una particularidad del novelista que acogerán con extrañeza algunos lectores. Blasco Ibáñez no ha jugado nunca. Es más, no conoce ningún juego, ni aun los más elementales.

A veces entre amigos le han enseñado a jugar un juego de cartas para entretenerse. Él escucha con atención las explicaciones, las aprende, juega un rato, y al dia siguiente, cuando lo invitan a jugar de nuevo, resulta que lo ha olvidado todo. El dominó le parece el más fácil de los juegos, porque cuando ve un tres pone un tres, y así sucesivamente, pero se queda asombrado si su compañero se escandaliza porque ha hecho un *cierre* inoportuno. Él no entiende ni entenderá nunca estas cosas.

—Yo acepto todos los vicios —dice—, me los explico y hasta la mayoría de ellos los apruebo, porque embellecen la monotonía de la existencia. Lo que no puedo comprender es el juego.

Una vez en su juventud, cuando estaba en presidio, los empleados, ya que no podían darle libros para que se entretuviese, le pasaron ocultamente un tablero de damas. Uno de los reclusos, pájaro de larga historia y gran jugador, era su maestro. Pero al poco rato el novelista

se paseaba cantando. Esto le parecía más divertido que el juego. Y el maestro no pudo conseguir nada de este discípulo rebelde.

Blasco Ibáñez hizo una cosa en Monte Carlo, de la que hay pocos ejemplos, o tal vez ninguno.

Durante un año fué todos los días a las salas de juego del Casino. ¿A qué otro sitio puede ir un extranjero que habita Monte-Carlo? Para él era un espectáculo interesante e instructivo estudiar el río humano que va renovándose a través de los salones y en torno de las mesas de ruleta y de bacará.

Pues bien, en doce meses el novelista no sintió la tentación de jugar ni una sola vez, y eso que tenía dinero abundante, pues empezaban a llegarle las primeras remesas de su éxito en los Estados Unidos.

Los empleados acabaron por fijarse en esta particularidad asombrosa, apodándole entre ellos *El señor que no juega nunca.*

Los jugadores, que son siempre supersticiosos, le acosaban (especialmente las señoras) para formar compañía, incitándole al juego. Creían que esta especie de virginidad de un hombre que no ha querido jugar nunca, podía influir en la suerte.

Una noche (para que se vea cuán extraordinarios son los caprichos del azar), Blasco Ibáñez, estando en los salones privados, se entretuvo en anunciar riendo a unos amigos los números que iban a salir. ¡Y acertó tres veces seguidas!

Inútil es decir cómo le incitarían a jugar de verdad los tales amigos. Pero él huyó como asustado de esta diabólica casualidad.

Muestra una repugnancia instintiva por el dinero procedente del juego.

—Yo amo el dinero —dice— para gastarlo, porque proporciona grandes satisfacciones y al mismo tiempo porque es un instrumento de libertad y de independencia social para el que lo posee. Toda mi vida he imaginado las más estupendas y raras combinaciones para ganar dinero, pero ni una sola vez se me acurrió que puede ganarse jugando. Aunque un poder sobrenatural me garantizase que podía ganar millones en una noche sentado ante la mesa verde, es casi seguro que me faltaría la paciencia y abandonaría la silla a los pocos minutos.

Y no exagera al hablar así.

Este español, hijo de un país donde todos juegan a la lotería na-

cional y donde el gobierno fomenta el vicio del juego como una fuente de ingresos, jamás en toda su vida ha comprado un billete de lotería.

Su sorprendente inmunidad para el juego, permitió al novelista vivir un año en Monte-Carlo entre jugadores famosos de todas las nacionalidades, observándolos friamente, así como también a los que viven de las ganancias del juego y a los usureros que pululan en torno de los jugadores destinados a la ruina.

Su novela, entre los centenares de novelas cuya acción discurre en Monte-Carlo, es la que ofrece un mayor relieve de verdad y una observación más exacta y profunda.

(Argumento de la novela).

XIV

Su carácter.—Bueno por comodidad.—La bondad del fuerte.—Su voluntad incapaz de descanso hasta que triunfa.—Los viejos de Blasco Ibáñez.—Su escasa simpatía por el teatro.—Sus opiniones sobre la literatura escénica.—La cinematografía.—La novela por imágenes.—Detalles de su vida ordinaria.—Su eterna juventud.

He hablado en varios lugares de este libro del carácter de Blasco Ibáñez, que no es complicado, pero sí complejo, pues lo forman varios elementos, algunas veces antagónicos.

En este carácter verdaderamente enérgico y algunas veces hasta violento, lo primero que se nota, pasada la impresión de sus primeros arrebatos, es la bondad, una bondad fundamental.

—Muchos creen —dice — que yo soy bueno, extremadamente bueno. No es cierto. Yo no soy bueno ni malo. Soy simplemente un impulsivo, y al pronto, bajo el primer latigazo de la impresión, me ciego y voy por donde quiere llevarme el huracán de mis nervios. Pero pasado este arrebato no queda en mí ni odio ni rencor. Desconozco el placer de la venganza. Confieso que a veces he sentido el deseo de vengarme: al fin soy hombre; pero luego me he dicho: —¿Para qué?... Cuesta más esfuerzo hacer el mal que hacer el bien. Hay que ser bueno aunque sólo sea por comodidad.

Y el novelista añade después de esto:

—Todo el que es fuerte verdaderamente es bueno, no sólo por imposiciones de la moral, sino por un resultado de su equilibrio y de su fuerza. Los débiles y los ruines son los que guardan un recuerdo siempre vivo de lo que han sufrido y acarician la esperanza de vengarse.

Su traductor G. Herelle que le conoce muchos años dice de él:

«Es un hombre de sentimientos generosos que guarda su amistad a los compañeros de sus primeros tiempos, después de haber llegado a la fortuna y el éxito. Estas cualidades no son de hombre de letras: son cualidades de hombre de acción y de hombre de corazón; lo que vale mucho más».

La bondad fuerte del novelista le ha dado toda la vida cierta indiferencia para los ataques que ha recibido. Aun en la actualidad, todo el que crea que con sus ataques le quitará su calma interior o el sueño, pierde el tiempo lamentablemente.

—Yo me conozco mejor que nadie— dice. Si lo que escriben contra mí es justo, no representa ninguna novedad. Lo sé hace mucho tiempo. Y si es injusto y obedece a la envidia, resulta inútil, pues no conseguirá hacerme peor de lo que soy. El elogio y la censura no son más que accidentes momentáneos, e influyen en nuestra vida mucho menos de lo que nos imaginamos.

La voluntad, su incansable y férrea voluntad de hijo de aragoneses, es también otra condición saliente de su carácter. Todo lo que se propone conseguir por medio del trabajo, lo consigue, pues para él ni el tiempo ni la fatiga son obstáculos dignos de tenerse en cuenta.

Cuando le elogian por su tenacidad y su voluntad invencibles, sonríe modestamente y dice:

—Lo que yo hago no tiene mérito alguno. En realidad no lo hago de una manera consciente. Es que cuando me propongo una cosa ya no puedo descansar hasta que la consigo. Mi conciencia vive inquieta lo mismo que si hubiese cometido una mala acción; siento que mi existencia será insufrible mientras no haya triunfado; y por comodidad, por recobrar la calma, reconcentro todas mis facultades para conseguir lo que me he propuesto.

En casi todas las novelas de Blasco Ibáñez hay algún personaje de avanzada edad que es muchas veces el más típico y de mayor relieve.

Podría escribirse un largo estudio con el título de *Los viejos en las novelas de Blasco Ibáñez*. El tío Tomba, el de *La barraca;* el tío Paloma, de *Cañas y barro;* el pescador viejo que tripula la barca del *Retor,* en *Flor de mayo;* el tío Caragol de *Mare Nostrum* y otros personajes de igual clase, se suceden como un *leit motiv* en toda la obra novelesca de Blasco Ibáñez.

Se adivina que estos viejos, sentenciosos y pintorescos, que a veces van a cumplir un siglo de vida, que existen ya como espectros, pero que en su juventud fueron hombres de pelea, son reproducciones de personajes reales que el novelista conoció en su niñez y que han perdurado luego en su recuerdo. Esta suposición es cierta. El novelista se acuerda de los ancianos que conoció en la huerta de Valencia y que tenían un siglo de vida. El uno llevaba todavía los escasos cabellos blancos trenzados sobre la nuca a la moda del siglo XVIII. Sus recuerdos vacilantes de centenario tomaban a veces un carácter terrible. A este vejete, pequeño y enjuto como una momia, le brillaban los ojos diabólicamente al recordar cómo había matado franceses en 1808 al iniciarse la invasión napoleónica.

El otro viejo era más grande, más reposado y más noble en sus sentimientos. Estaba ciego y era pastor, lo mismo que el tío Tomba de *La barraca.* Con una docena de ovejas vagaba por los senderos de la huerta de Valencia. El futuro novelista, que era entonces estudiante, pero huía de la Universidad, conversaba muchas veces con este antiguo guerrillero de la guerra de la Independencia. El pastor ciego le hablaba de sus campañas contra el mariscal Moncey o contra el mariscal Suchet cuando guerreaba a las órdenes de un caudillo llamado el *Fraile*, porque verdaderamente era un religioso tonsurado.

El viejo recordaba cómo había caído prisionero y cómo le habían llevado a Francia, donde permaneció hasta la caída de Napoleón. Creía de buena fé que Francia continuaba después de tantos años tal como él la había visto, y describía como si fuesen trajes nacionales las modas del tiempo del Imperio.

Haber conocido a hombres de la época de Napoleón y escuchado sus relatos, no es algo insignificante. Se comprende que estos encuentros hayan influído en los recuerdos del novelista haciéndole crear una serie de personajes viejos, que son uno de los mejores atractivos de sus libros.

En las mujeres de sus novelas también hay, indudablemente, la influencia de personajes que Blasco Ibáñez ha conocido y estudiado en la realidad. Pero como ya dije en este punto, la discreción del novelista se resiste hasta a las más suaves indagaciones. No quiere decir nada y hasta muestra cierta molestia si alguien supone en presencia suya que una mujer de sus obras se parece a tal o cual dama española o dama hispano-americana.

Una originalidad de Blasco Ibáñez es la poca afición que muestra por el teatro.

Se abstiene de decir si es un arte inferior o no lo es, y si la novela resulta superior al teatro. Él no asiste simplemente al teatro, porque se aburre. Tiene tal visión de la realidad de la vida, que en una obra dramática salta inmediatamente a sus ojos todo lo que tiene de convencional: lo que se llama *ficelles* en el argot escénico.

—Yo quisiera —dice— librarme de ver esto, desearía ser público como los demás y divertirme, pero no puedo.

Muchas veces, cuando los oyentes lloran de emoción, a mí me dan ganas de reir, pues veo lo absurdo y lo inverosímil de la situación que conmueve a los demás.

Cuando oye hablar con elogio de una obra dramática, compra un ejemplar de ella y lo lee a solas. Siempre encuentra más hermosas las obras dramáticas cuando las lee él mismo que cuando las ve sobre la escena interpretadas por los actores.

En España le han invitado muchas veces a escribir para el teatro y no ha querido.

—Si me lo propusiera, haría obras de teatro como las que hace cualquiera de este oficio. Un hombre de imaginación sólo tiene que aprender las recetas y las malicias profesionales. Pero es que no quiero, es que va contra mis gustos. Resulta para mí algo así como si me propusiesen hacer crochet u otro trabajo contrario a mis gustos.

Él sólo comprende la emoción artística dada por la lectura solitaria o por la música entre poca gente.

Su afición a la música le hace asistir a la ópera. Pero sólo acepta la ópera como una transacción. Lo que él ama verdaderamente es el concierto.

Este hombre que ha vivido entre muchedumbres, detesta la muchedumbre del público cuando llega el momento de la emoción artística, y prefiere la lectura a solas o la audición musical con los ojos cerrados o en una postura abandonada y cómoda.

Las mil personas amontonadas en una sala de teatro le infunden horror.

Hay que oirle cuando expone los motivos de su aversión al teatro.

—Los teatros —dice— sirven su ración de arte en los dos momentos peores de nuestra existencia diaria: después del almuerzo de mediodía o después de la comida del anochecer, cuando todos están en plena digestión y tienen una mentalidad de serpiente boa. El autor se ve obligado a dar verdaderas cucharadas de mostaza para que el espeso paladar del público muestre cierta sensibilidad en tales momentos... Además existe el terrible inconveniente de las aglomeraciones. A veces he leído un drama encontrando en él una frase que me ha entusiasmado. Luego he ido a verlo en el teatro y me he dicho varias veces: *Ahora va a venir la hermosa frase*. Y ha caído el telón finalmente, sin que oyese la frase. Y sin embargo la habían dicho seguramente. En el preciso momento una puerta de palco que se abre, varios señores que tosen a la vez, cualquiera otra circunstancia fortuita, sirven para borrar y suprimir un hermoso efecto ¡Cuánto mejor el libro, la lectura a solas, en la que es uno a la vez actor y público, en la que la imaginación puede fabricar los decorados más ricos y los personajes más extraordinarios, sin necesidad de empresarios ni de cómicos!

El cinematógrafo le seduce un poco más que el teatro y él explica el por qué de esto.

—El cinematógrafo no tiene nada que ver con el teatro, como creen muchos. Con el único género literario que guarda relación es con la novela. Así se explica que las comedias llevadas al cinematógrafo resulten siempre aburridas, y en cambio las novelas obtengan éxitos. Un film no es más que una novela expresada por imágenes. El teatro tiene una unidad de espacio. Todo debe pasar en la escena, todos los personajes deben converger a la escena y no pueden ocurrir muchas cosas al mismo tiempo. En la novela, como en el cinematógrafo, se pueden desarrollar a un tiempo varias historias que ocurren en los más distintos lugares de la tierra, y al final vienen a fundirse en una acción común. Se puede cambiar a cada momento de lugar y de personajes, lo que en

el teatro sólo puede hacerse de un modo limitadísimo. Una obra de teatro sólo puede tener tres o cinco actos con algunos cuadros más. Una novela o un film pueden tener centenares de decoraciones y de cambios de escenas, todas las que considere necesario el autor para conseguir su efecto.

Blasco Ibáñez se muestra actualmente preocupado por el cinematógrafo. Las principales casas de Nueva York han adquirido todas sus novelas para hacer de ellas obras cinematográficas.

El film de *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* hecho recientemente por la casa *Metro* de Nueva York, es el más grande y el más costoso que se conoce hasta la fecha. Según dicen los periódicos ilustrados más célebres de Inglaterra y los Estados Unidos, la casa *Metro* ha gastado en él medio millón de libras esterlinas, o sea más de doce millones de francos oro. Catorce mil personas aparecen en él. Un pueblo entero fué construído para que la artillería lo deshiciese al final.

Durante su permanencia en los Estados Unidos, Blasco Ibáñez vió de cerca el funcionamiento de las principales casas cinematográficas y de los artistas más célebres americanos.

Tal vez su preocupación dominante en este momento es encontrar una nueva forma de la novela cinematográfica.

Es un deseo vehemente en el que colaboran a la vez el novelista y el hombre de acción, siempre ansioso de luchas con lo desconocido, de audacias y de nuevos descubrimientos.

Varios detalles para terminar.

Ya hemos dicho que Blasco Ibáñez no ha jugado nunca. Hasta hace poco era un fumador famoso, un fumador que podríamos llamar inverosímil, pues muy pocos han llegado como él a un límite tal en este llamado vicio. Fumaba cigarrillos, fumaba pipa y fumaba grandes cigarros. En realidad vivía únicamente para tragar humo, y sus comidas habían llegado a ser un simple pretexto para fumar a continuación varios habanos. Cuando escribía, el humo escapaba por debajo de la puerta cerrada como si empezase un incendio. Entrar en una habitación donde él estuviese desde una hora antes, era correr un peligro de asfixia. Llegó a fumar por día venticinco cigarros habanos. Empezaba a fumar en la cama antes de levantarse y el último cigarro era también en la cama antes de dormirse.

—Si no fumase no podría escribir. Estoy seguro de ello—decía el novelista.

Este exceso que era ya casi monstruoso, había de tener un final.

Blasco Ibáñez no quiso hacer caso nunca de los consejos de los médicos, hasta que en 1919, poco antes de embarcarse para los Estados Unidos, un accidente repentino y angustioso le aviso el peligro.

—Escoja usted —le dijeron los médicos— entre morir fumando dentro de poco o vivir largo tiempo sin fumar.

Ya he hablado de la voluntad de Blasco Ibáñez. Para que resultase más suave esta abstención, los médicos le recomendaron que fuese disminuyendo su cantidad diaria de tabaco paulatinamente hasta llegar a la completa supresión. Pero este hombre es violento en sus resoluciones.

—Si debo dejar de fumar, cuanto ante será mejor.

Ya no ha vuelto a tocar un cigarro. Ahora hasta le molesta el humo del tabaco. Bastó con que su imaginación diese una orden a su voluntad. Y no fué necesario más.

En cuanto a escribir, pasó algunos meses sin hacerlo, pero un día en Nueva York le encargaron un cuento y lo escribió en unas cuantas horas. Sólo al terminarlo se dió cuenta de que lo había escrito sin tener un cigarro en la boca.

Él, que en su juventud decía paradójicamente que había que huir de los defectos y cultivar todos los vicios, se contempla ahora a sí mismo con una tristeza algo cómica. Sus libros se venden muchísimo, es uno de los autores que ganan más dinero en el mundo:

—Pero no juego, no bebo, no fumo. ¿De qué puede servirme el dinero?

Luego sonríe amablemente y añade:

—¡Pero queda lo otro!... Queda lo otro, que es la primera de las alegrías de la vida.

Un pesimista podría decirle que *lo otro* también se irá con los años, como se fueron los anteriores placeres. Pero esto no reza con Blasco Ibáñez que es de una juventud serena y casi eterna.

Él está convencido de que la juventud es un acto de voluntad y que siempre será joven el que tenga la voluntad de serlo.

— La juventud - dice— está en la imaginación más que en los músculos. Yo pienso llegar a los ochenta años, y si puedo, en esa época, raptaré a una muchacha de quince. Será un hermoso final de vida.

Otra afirmación de lo que pudiéramos llamar la filosofía práctica de su vida corriente, es que en el mundo todo acaba por arreglarse y no hay que entregarse a la desesperación por cosas que se creen irresolvibles. Esta convicción es preciosa para el que posea un carácter nervioso y arrebatado en los primeros momentos de emoción, como le ocurre a Blasco Ibáñez.

—Todo se arregla bien o mal — añade—. Las más de las veces se arregla mal; esto es indiscutible. Pero nada queda sin arreglo.

En la actualidad trabaja... lo mismo que siempre. ¿Cómo podría vivir Blasco Ibáñez si no trabajase? Se ocupa en una novela mejicana, *El águila y la serpiente*, que no tiene prisa en terminar. A la vez escribe cuentos para importantes publicaciones de Europa y América, y sobre todo planea novelas que en su imaginación tienen una doble forma: la del volumen impreso y la del film cinematográfico.

Su forma novelesca va a cambiar una vez más. Se adivina en él una evolución próxima como resultado de su viaje a los Estados Unidos. Presiento que en lo futuro los que hablen de él tendrán que crear una nueva división para las novelas que está preparando.

En la actualidad vive en Niza en una villa situada a la salida de la ciudad, en el camino que va a Monte-Carlo.

De los Estados Unidos se ha traído un hemoso automóvil de camino, que por el momento constituye su mayor placer. Él prefiere la marcha a pie, como todos los que se ven obligados a trabajar largas horas ante una mesa. Además es incapaz de tener un automóvil por vanidad. Si ama el Cadillac veloz, cómodo y costoso, que trajo de América, es porque le permite hacer viajes a su capricho y en el momento que lo desea, sin sujeción a horarios ni a itinerarios.

Para un productor incansable, el automóvil es un placer y al mismo tiempo un reconstituyente.

El novelista trabaja por las tardes en la tibia atmósfera de Niza, a la vista del mar y rodeado de palmeras. Y sin embargo horas antes durante la mañana ha estado a dos mil metros de altura, en los campos de nieve virgen de los Alpes.

Sólo el automóvil puede realizar estos bruscos cambios tan beneficiosos para el trabajo y la salud de un escritor de incansable y vigorosa producción.

CAMILLE PITOLLET.